



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

Prolegómeno del personaje del naco: acerca de su búsqueda en la historia popular mexicana y la impronta de la historia mexicana en la construcción de personajes estereotípicos nacionales.

Diego Robleda Navarrete

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director: Dr. Enzo Segre Malagoli

Asesores: Dr. Raúl Nieto Calleja

Dr. Raúl Enríquez Valencia.

México, D.F.

Julio, 2011



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ACTA DE EXAMEN DE GRADO

No. 00089

Matrícula: 209380336

PROLEGOMENO DEL PERSONAJE DEL NACO, ACERCA DE SU BUSQUEDA EN LA HISTORIA POPULAR MEXICANA Y LA IMPRONTA DE LA HISTORIA MEXICANA EN LA CONSTRUCCION DE PERSONAJES ESTEREOTIPICOS NACIONALES

En México, D.F., se presentaron a las 12:00 horas del día 26 del mes de julio del año 2011 en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los suscritos miembros del jurado:

- DR. ENZO SEGRE MALAGOLI
- DR. RAUL ENRIQUEZ VALENCIA
- DR. RAUL NIETO CALLEJA




DIEGO ROBLEDA NAVARRETE
ALUMNO

Bajo la Presidencia del primero y con carácter de Secretario el último, se reunieron para proceder al Examen de Grado cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

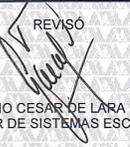
MAESTRO EN CIENCIAS ANTROPOLOGICAS

DE: DIEGO ROBLEDA NAVARRETE

y de acuerdo con el artículo 78 fracción III del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

APROBAR

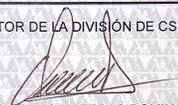
REVISÓ



LIC. JULIO CESAR DE LARA ISASSI
DIRECTOR DE SISTEMAS ESCOLARES

Acto continuo, el presidente del jurado comunicó al interesado el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.

DIRECTOR DE LA DIVISION DE CSH



DR. JOSE OCTAVIO NATERAS DOMINGUEZ

PRESIDENTE



DR. ENZO SEGRE MALAGOLI

VOCAL



DR. RAUL ENRIQUEZ VALENCIA

SECRETARIO



DR. RAUL NIETO CALLEJA

SI SE TRATA DE AGRADECER:

Al Dr. Enzo Segre por estar detrás del tema y apoyar en todo momento esto que aún empieza; al Dr. Raúl Nieto, por sus coscorriones y conducir mi mente por rumbos mejores; al Dr. Raúl Enríquez, por tomarse el tiempo de leerme y sumarse al naco; A Aura por las charlas y sus puntos álgidos. A los Robleda Navarrete, por soportar el hongo maldito.

A todos, una disculpa si en algún momento fui demasiado naco.

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.....	4
O (Cero).....	11
I. SIGLO XVIII.....	15
II. SIGLO XIX.....	27
III. REVOLUCIÓN MEXICANA.....	49
- Samuel Ramos.....	54
- Octavio Paz y el mexicano perdido en el laberinto.....	59
- Roger Bartra y el Axolote.....	71
IV. NAQUITUDES DEL SIGLO XX DANDO ARAÑAZO AL BINARO SIGLO XXI.....	74
- <i>¡Ah qué indio tan naco!</i>	78
V. EL NACO EN SU REFLEJO CON LOS VIDRIOS DE LOS EDIFICIOS.....	89
VI. CRÓNICA ENTRE AIRES REFLEXIVOS y/o CONCLUSIÓN LICENCIOSA.....	102
VII. BIBLIOGRAFÍA.....	111

INTRODUCCIÓN.

Aparecemos frente al espejo y notamos que estamos ahí sin nada más, es una manera de percibirnos. Pero si se es más juicioso, podemos ver los diferentes cambios que tiene nuestro rostro día a día: nuestro transcurrir en el tiempo. Nos damos cuenta brevemente que los hechos suceden, y el tiempo pasa, la historia se guarda, estamos frente al instante con sus debidas huellas.

El presente texto se perfila como un rastreo, una breve revisión en la historia de los personajes que han surgido en el sector popular mexicano, desde su configuración en el Siglo XVIII, hasta la actualidad. Para esta tarea he tomado algunos autores como base, y desde ahí elaborar algunas reflexiones sobre las diferentes metáforas creadas para enmarcar lo propiamente mexicano en el transcurso de la historia; dichos personajes estereotípicos han servido para transmitir la idea de lo propiamente mexicano, curiosamente, un mexicano siempre ubicado en el sector popular.

Ahora bien, parto del naco, un estereotipo más de lo mexicano: es personaje surgido en un tiempo en donde no es el único y se integra e interactúa con otras construcciones simbólicas del mexicano en el siglo XX y XXI. Así, el naco sirve para destapar el cofre de donde surgirán otras problemáticas. Sé que me acerco a un tema ya gastado y que puede quedarse en la superficie, pero que sin embargo está ahí, en el cotidiano, interactuando o formando parte del día a día, se nombra, se dibuja, se expresa, es parte de nuestra manera de entendernos como mexicanos, una forma cargada de sentidos dotados por diversas cantidad de actores de la vida social, económica y política mexicana.

Así, mi tema, en su incipiente progreso se inserta en lo entendido como cultura popular. Pensadas aquí desde una óptica como la presentada por el autor José Manuel Valenzuela Arce,

Las culturas populares refieren a conformaciones socialmente significativas. Son ordenamientos colectivos semantizados a partir de los cuales los grupos

subalternos conforman el sentido de sus vidas. Por ello crean, recrean, se apropian y resisten los elementos provenientes de la clases dominantes. (2003: 212).

Como vemos, para la existencia de las culturas populares habremos de tomar en cuenta que se da una relación entre los sectores subalternos y el sector dominante, dicha dinámica sucede en cuanto a pensamientos, estructuras del ejercicio del poder, acumulación económica. Persiste, en el transcurso de la historia, una tensión en la relación entre los sectores subalterno y dominante. Este trabajo echa un vistazo a ciertas relaciones en la historia mexicana, tratando de ubicar algunos ecos de esos tiempos en el naco para comenzar a diseccionarlo y entender sus surgimientos y lo difícil que se vuelve identificarlo. Pero importa aún más saber de qué manera se estaban entendiendo los mexicanos al surgir el naco y cuál es el mensaje enviado a través de ese personaje.

Para reforzar la cuestión de la cultura popular, acudo a Guillermo Bonfil Batalla, que en su texto, *Pensar nuestra cultura*, presenta una postura acerca del tema,

Un primer rasgo que llama la atención es que la cultura popular no se define ahora en términos culturales sino en términos sociales. Esto es: no se intenta conceptualizar a la cultura popular a partir de ciertos contenidos específicos o la presencia o ausencia de determinados rasgos; el camino consiste, en cambio, en identificar como cultura popular a lo que portan sectores o grupos sociales definidos como populares, aun cuando las características culturales de tales grupos pueda variar y contrastar dentro de un espectro muy amplio. (1991:58).

No es gratuito que identifique al naco dentro del sector popular. Si bien podría decirse que este trabajo parte del estereotipo, es notable el sentido que refiere una adscripción del naco en la cultura popular. Sin embargo, existe también otro sentido en el naco, aquel que surca las clases y círculos y ya no sólo se ubica en los sectores populares, sino, se establece, siempre con carga negativa, jocosa, en otros sectores de la población mexicana, navega por las aguas de la nación, pero al final del día, los sectores populares parecen abrazarlo hasta morir.

El naco es pues una manera de entender la vida, apropiada e interpretada por los individuos, acoplada a su presente: “Por tanto, las culturas populares emergen a partir de una *apropiación desigual*, del capital cultural, una *elaboración propia* de sus condiciones de vida y una integración conflictiva con los sectores hegemónicos (Valenzuela, 2003: 218).

Entre tanto, en este trabajo se rescatan algunos personajes de la historia mexicana como el lépero, el pelado, el campesino, el cholo, todos vistos desde una perspectiva particular: autores que han trabajado el tema y han desentrañado la historia mexicana desde el sector popular. Con este trabajo inicial, me sumo, aunque breve, a ese entendimiento desde el naco, ese personaje ambiguo que va y viene, que parece estar desapareciendo como tal, pero deja huella en el mexicano.

También, la revisión de la historia percibida desde los sectores populares, invita a entender la posición de la sociedad mexicana actual, envuelta en tantos estímulos tecnológicos, económicos, artísticos, festivos, oficiales, no oficiales, internacionales. Una revisión que sin duda arroja preguntas a responder.

TE CONOZCO NACO.

El Naco. ¿Qué es?, ¿quién es?, ¿qué hace?, ¿por qué naco? Estos cuestionamientos pueden ser respondidos desde una óptica de lo cotidiano, de eso que vemos y, también, lo que nombramos. El naco se escucha en voz de la gente que camina por el Distrito Federal, “todos llevamos un naco dentro”, ¿cómo saberlo? Se ve, se siente cuando nosotros somos catalogados por el otro como nacos, cuando nosotros somos la diana del flechazo. Y también, de nacos sabemos todos un poco, eso se puede saber si a una persona en la calle, a un familiar, entrando a un blog en Internet, se les pregunta qué es lo naco, quiénes son, seguramente tendrán una respuesta. Enunciados que irán sobre una misma línea: el mal gusto, el hablar mal, la poca educación, la “poca cultura” (entendida como la falta de conocimientos), el exagerado gusto por exageradas cosas (oro, brillantes, ropa de imitación); y se podrían seguir enumerando cuestiones que

nos lleven a destejer lo que en el cotidiano entiendo como naco. Sin embargo, esta cuestión, este término, mote, insulto, tiene una raíz humana e ideológica, una historia que se ubica dentro del marco geográfico de la República Mexicana, particularmente en el centro, la capital.

El naco se ha ido conformado con el tiempo, es dueño de una transformación de un sector de la población mexicana. Si bien, el naco como ahora se le conoce, como lo vemos, no existía en tiempos en que el pelado tomaba su lugar, debido a obvias diferencias sociohistóricas, a cambios en la manera de organización social, ciertos rescoldos van quedando durante esa transformación.

Varios autores ubican a lo naco emparentándose con lo indio, con la piel morena, con ese sector de la población que se fue quedando atrás en el movimiento de la modernidad y se plasmó en el lienzo del campo: ese *indio* que se volvió campesino, dueño de tierras, figura emblemática de la Revolución que ha quedado trazada en los murales de Rivera, Siqueiros y Orozco.

Así, escuchando los ecos de autores como Bonfil Batalla, Philippe Schaffhauser, Enrique Serna¹, se puede encontrar una ubicación directa del naco con lo indio. De estos autores se pueden obtener pretextos para ir ubicando al naco y sus antecedentes.

Pero, ¿qué importancia podrá tener ubicar el pasado del naco? Sirve, fundamentalmente, para observar de dónde surge ese tono peyorativo del término, esa categoría que los otros otorgan al naco. Y para esta razón es necesario acudir al tema de lo mexicano, porque es sin duda ahí en donde encontraremos pistas sobre ese añejo resentimiento, esa marca que queda indeleble en la historia hasta nuestros tiempos; momentos en donde las cosas han cambiado, y si bien el término sigue siendo despectivo, “triste naco ni sabes leer”, “eres bien naco, no te sabes comportar”,

¹ Cada autor, desde su tiempo y disciplina ha abordado lo naco encontrando esa similitud y metamorfosis. En el caso de Philippe Schaffhauser podemos encontrar un libro acerca de la Naquez, único quizá que aborda dicha temática.

“ya viste al naco de Fox con sus botas de cuero”, podríamos, quizá, comenzar a hablar de particularidades en el naco, con aspectos identificables, y todavía más importante, una reivindicación del estigma de ser naco, una especie de orgullo fundado en el rechazo, en las miradas extrañas y los comentarios en cuchicheo. Un personaje que no es ya totalmente indígena, como mencionara Philippe Schaffahouser en su libro *La naquez: estudio de una categoría cultural mexicana*:

“(…) creo necesario ir un poco más lejos que alguna monografía sobre la “naquez” cuyo par de preguntas claves sería ¿qué es la “naquez” y quiénes son los nacos? Esto supondría no sólo buscar alguna esencia naca sino que consecuentemente existan nacos, como si éstos conformaran un grupo étnico específico, un grupo indígena adicional y aunado a los 52 registrados por el Instituto Nacional Indigenista” (2003: 37).

Esta visión del naco como una extensión del indígena parece ser modificada en estos tiempos, en el presente el naco tiene cimientos más que raíces, cimientos hechos de concreto, de varilla, de ciudad, su visión se ubica en lo que representa la capital para ellos y en la forma en que la habitan. Su pasado está ahí, y posiblemente no sea el suyo, es “su” pasado para este trabajo que intenta buscar en las relaciones sociales hasta qué punto se encuentra el naco hoy y cómo y en dónde se encuentra. Una situación que se desarrolla en la Ciudad de México y que poco eco tiene en el interior de la República.

El naco, en su transformación ha sido insertado de diversas manera en la vida del mexicano, en la televisión, en la literatura, en el cine, en las expresiones artísticas que a favor o en contra, en búsqueda de una estética o como crítica, han comenzado a usar los rasgos del naco que para todos son visibles y han sido levemente mencionados aquí: su habla, su manera de vestir, su estética², todo lo que en apariencia es visible: el estereotipo, la imagen reconocible del mexicano común, de

² Philippe Schaffahouser, otorga gran importancia a la parte estética al observar lo naco y la naquez, de tal manera, será un punto a observar en el transcurso de esta investigación.

cabellos negros y mirada pesada, de humor alburero y ética manera de divertirse. Sin duda, lo naco, no puede desprenderse de lo mexicano.

Es por lo anterior que se vuelve menester en este trabajo dar revisión a lo que se ha hecho con respecto a lo mexicano. Los autores necesarios son pues Samuel Ramos, Octavio Paz, Roger Bartra. Estos autores han marcado la pauta en cuanto a estudios de lo mexicano se refiere, sin embargo, poca atención han puesto a la figura del naco, tal vez por que a su tiempo el naco era ocupado por otros, por el lépero, el pelado, el obrero, el nuevo rico, el campesino. Pero se ha venido hablando de la importancia del pasado y de la búsqueda y es en estos autores en donde podemos mirar los estereotipos del mexicano, que de poco, se han ido vertiendo en la figura del naco. Pues si bien, no se puede hablar en general como la canción, “Si lo mexicano es naco y lo mexicano es chido/Entonces verdad de Dios/ todo lo Naco es chido”³, podemos encontrar en la mente de los mexicanos ese pensamiento de que todos llevamos un naco dentro; ¿será acaso que se refieren una especie de pleonasmó, lo naco igual a lo mexicano, es por eso que todos tenemos algo de naco? Seguramente no, responder a tal pregunta sería estéril quizá, pues en el marco de las relaciones sociales la diferencia es grande, y se subraya más aún cuando se vive entre clases sociales bastante bien delineadas.

Lo naco, a manera de provocación para la investigación, puede ir más allá de lo naco en sí, puede tener alcances escondidos con respecto a lo que somos y lo que no queremos ser, ¿renegar de nuestro pasado? Es posible, es posible que nos miremos en el espejo de la historia y no nos agrademos, entonces nos defendamos por medio de la agresividad del pelado de Samuel Ramos, o el mexicano festivo y derrochador de Octavio Paz, ese mexicano violento y perdido en su identidad; o también la defensa llegue por la eterna duda de lo que somos, esa idea del mestizaje, ese animal en trance

³ Canta la Botellita de Jerez en su *Guacarock de la Malinche*. 1987.

que es el ajolote, con el cual Roger Bartra aborda metafóricamente al mexicano, lo que no somos, lo que no queremos ser o nos desagrada.

0.

Partir de un punto para llegar a otro. Idea que suena fácil y hasta cotidiana. Pero qué pasa si al tiempo se le juega una broma y desde el presente comenzamos a revivir algo del pasado: es historia; el momento que habitamos está lleno de días pasados, guardados en innumerables pretextos. Ahora, en este momento, he tomado un pretexto para voltear la cabeza y mirar un poco al pasado, los tiempos viejos de México. Una metáfora que permita entender una parte de la sociedad mexicana en una de sus múltiples facetas, a veces pensadas y generadas como estereotipos. Revisar los pretextos de la historia como personajes que nos dejan ver una manera de habitar y sus formas de coexistir con su tiempo, con las condiciones que un contexto determinado les permite, una vida nacional llena estímulos como el arte, la ciencia, los medios de comunicación, el Internet, la sociedad en sí y su conformación en el presente a partir, también, de su relación con estímulos, ideas, conocimientos provenientes de cualquier parte del mundo.

Pensar en nuestra vida cotidiana me parece importante y observarla a partir de un estímulo en particular podría permitirnos establecer a qué clase de figuras estamos atendiendo, a qué ideas estamos reaccionando como sociedad mexicana, en específico, como habitantes de la Ciudad de México. El tiempo nos hace pensar en su vida cíclica al mirarnos repetidos, o, peor aún, estancados en ideas ya concebidas. La manera en que se han generado los estereotipos de lo mexicano, o la mexicanidad, han variado con el paso de los siglos, pero aun con los segundos tragados, se pueden observar ciertas características que obligan a voltear y mirar ideas matriz, o, quizá, transformaciones de una misma figura inicial.

El pretexto: el naco. Una motivación para hurgar en los tiempos ajenos y los cotidianos de antaño, en las maneras de relacionarse de algunos antiguos habitantes, para quizá comprender de qué manera nos estamos observando como mexicanos, o, menos pretencioso, como capitalinos frente al entorno social que habitamos. ¿Con qué objetivo? Con el de ir descubriendo las ataduras de la mente en cuanto a nuestra situación de Mexicanos, de seres humanos habitantes de una comunidad, de una

sociedad con necesidades y exigencias específicas. El naco, lo naco, la naquitud, la naquiza, pueden sonar a personajes, condiciones, actitudes algo superfluas, todas cargadas de prejuicios que dotan al estereotipo de variedad de interpretaciones. Un objetivo más es encontrar algunas cuantas ideas aún arraigadas en nuestra ideas de ser mexicano.

No pretendo buscar en la mente de los mexicanos, ni mucho menos esto es un intento de ensayo sobre la psicología del mexicano; este trabajo podría parecerse a una revisión histórica a manera de estudio cultural, ubicándose en periodos particulares de la historia de México, partiendo del siglo XVIII, hasta momentos de la posrevolución, encontrándonos con textos que llamaron la atención y se convirtieron en referencia al hablar de lo mexicano. Desde luego, al pasar los ojos por la historia debemos poner atención en detalles particulares, cuestiones concretas que, desde una óptica personal y atendiendo a la atención puesta por otros autores, han ido moldeando la idea de lo mexicano desde la intelectualidad, pasando por las clases dominantes. Así, resulta importante fijar la mirada en lo popular en la Ciudad de México, y más que fijar la mirada, concentrarnos en algo particular, sin pretender abarcar una totalidad.

Conviene para este trabajo hacer un corte en la historia y comenzar desde un tiempo en donde lo popular comienza a ser la contraparte de algo más, de lo recatado, lo fino. Lo popular como un conjunto de prácticas, tradiciones, maneras de hablar y habitar el espacio de forma particular, en algunas ocasiones, a fuerza de verse obligadas, al ser imposición, al existir prohibiciones que obligan a buscar otras alternativas, el mexicano que se las sabe todas, y si no existe, lo inventa.

Ahora bien, al ser el naco una figura nacida, creada y particular de México (mas no exclusiva), es conveniente partir del momento histórico en donde los estereotipos y figuras de lo mexicano comenzaron a surgir de una manera más obvia, tanto en la historia como en los estudios que se han realizado acerca del tema. El surgimiento del nacionalismo.

¿Qué me preocupa del naco en este momento? Muchas cosas, es una palabra que se vuelve complicada al tratar de definirla; contradictoriamente es una palabra que en cada voz (voces de México particularmente) obtiene un significado distinto, una disímil manera de asimilarla. Naco, por decirlo de alguna manera, es un terreno habitable para cualquier valiente que lo mencione, pero también, es un llano espinoso, que si se le cuestiona con un poco de ligereza atrae otros tantos cuestionamientos, interrogantes que tienen que ver con la historia, con los antiguos habitantes de este país forjado entre razas y castas.

Sí, un país que de contener entre sus territorio ideas sobre la existencia, el espacio, el tiempo, la vida y la muerte, totalmente apartadas de los principios de occidente, fue transformado a tunda de deidades, ideas, tradiciones provenientes de aquella España del Siglo XVI: la gran Tenochtitlan era descubierta y los cambios se avecinaban.

Sonarán bastantes lejanos estos tiempos para lo que en este escrito se intenta buscar, y aún más quisquilloso es el preguntarse hasta dónde el naco guarda relación con la historia de México. Podríamos sin duda encontrar una especie de antepasado en la división de castas de la Nueva España, aquella separación que otorgaba mayores beneficios a unos que a otros simplemente por la mezcla (o no) de sangre contenida en su cuerpo. Sin duda el naco podría guardar alguna parentela entre aquellos tiempos. Sin embargo, en ese fragmento de la historia, aún no se tenía noción de estereotipo alguno, en cambio, se describía la vida, se le narraba, se elaboraban crónicas y reportes para dar razón de las actividades realizadas; el mestizo era mestizo, entre tanto, porque así lo hacía parecer, pero aún más importante, porque lo llevaba en la sangre, tal como el criollo, el indio, el español, el saltapatrás, mulato, negro. *La pintura de castas* daba testimonio de estas mezclas y su posición en la vida social. Pero sin dudar, a lo que se otorgaba mayor importancia era la combinación sanguínea, así eran retratados. Carlos Monsiváis, multicitado y un preocupado por la cultura popular, aseguraba acerca de las crónicas,

En el siglo XVI la crónica es un gran instrumento de afirmación de los conquistadores. A la gesta de tan brava y leales súbditos de la corona española le corresponde el canto homérico que combine intimidación y relatos majestuosos, ojos maravillados y la sangre que chorrea por los altares (...). Los cronistas de las Indias observan, anotan, comparan, inventan. Su tarea es hacer del nuevo mundo el territorio habitable a partir de la fe, el coraje, la sorpresa destructiva ante los falsos ídolos, la instalación de costumbres que intentan reproducir los peninsulares. (Monsiváis, 1980: 15)

Y así lo hicieron, y entre las descripciones, se dejó en papel al habitante del nuevo mundo, de lo desconocido. Esas distintas maneras de habitar el espacio.

Entre tanto, el naco tiene que ver con la diferenciación, con el estereotipo y la marca invisible otorgada por los otros, entre los otros. El naco en nuestro presente es una figura que deviene en actitudes, comportamientos, habla particular, y, si nos ponemos un poco más estrictos, con cuestiones raciales, económicas y sociales. También, es un personaje que ha transitado por distintos lugares, por distintos espacios que le han frivolidado (artes, objetos de consumo, moda), le han otorgado importancia definitiva entre los habitantes de la Ciudad de México (Monsiváis), el naco es, de nuevo una provocación en los labios, la mirada, oídos, pensamientos. Así, el naco es nuestro pretexto para encontrarnos en los fantasmas del pasado, mediante un recorrido y una nada exhaustiva revisión de textos sobre el tema, con el fin de descubrirnos entre algunos personajes de la historia, creados por una extraña maquinaria.

I.

SIGLO XVIII

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones españolas), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar la naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia.

Alfonso Reyes, *Visión de Anahuac*.

Y si hablábamos de una figura inicial, habría que comenzar a pensar en lo más aproximado a la primer idea de lo mexicano: el indígena, ataviado de las novedades de la España; la construcción de una figura representativa capaz de edificar una conveniente forma de lo mexicano, podría comenzar a pensarse desde el momento en que existió un intercambio, una manera diferente de enfrentar la historia. El pasado indígena, de los primeros habitantes, comienza a mirarse lejos, huele a nostalgia, a recuerdos y leyendas, a mitos, ideas que en su concepción distaban del pensamiento que navegando el Atlántico llegaría a otro continente.

Entonces, traigamos mejor ante nosotros aquellos momentos históricos en donde la organización social, económica y cultural generó e impulsó cambios en lo recién llamado popular, a veces ligado con los sectores más pobres, de menor linaje. Lo popular pensado como una franja de la organización social del México del Siglo XVIII, y también pensado como el resultado de varios factores como la migración, la conservación de tradiciones regionales y ancestrales ante los inminentes cambios que traía un nuevo orden, permeado de ideas de la Ilustración francesa y su apuesta por la razón como una nueva manera de acceder al progreso humano.

Ya la Conquista había significado un cambio radical que empujó a un ordenamiento distinto, que trajo las nuevas creencias, deidades y edificios, tal como lo relata Manuel Orozco y Berra,

En los XVI y XVII, tiempo en que nuestra historia corresponde al estado inseguro de la Conquista, a la preponderancia del principio religioso, se alzaron por todas partes iglesias y monasterios, unos a expensas de la munificencia de los reyes, fundados otros por la piedad de los particulares. (1973: 68).

A esta preponderancia de la Iglesia y sus preceptos fundamentales, se suman las ideas que posteriormente vendrían llegando a la Nueva España: se comenzó a impulsar la educación y se construyeron las primeras universidades en el centro del país. En su misma narración, el autor arriba citado, nos revela,

En el siglo XVIII, en que se afirmó el poder real, no faltaron las fundaciones piadosas ni la erección de monasterios, aunque entonces se suprimió a los jesuitas y desaparecieron los órdenes de los benitos y de San Antonio Abad. Recibió notables mejoras la parte material de la ciudad, en el empedrado, en el establecimiento del alumbrado, de la limpia, de la corriente de las aguas. Los colegios, las escuelas, recibieron gran fomento, con otra clase de enseñanza, mezcla de educación cristiana, científica, de donde nacieron el colegio de Minería, la academia de San Carlos, y la reforma de los otros institutos. (Orozco, 1973: 70)

Se pueden notar en esta cita algunos puntos importantes: por un lado, se busca darle una nueva cara a la ciudad mediante una limpieza, salir de la oscuridad que hacía de la Nueva España⁴ un sitio que albergaba bajo sus anocheceres algunas actividades que se ubicaban fuera del recato de la nueva ordenanza, en tal caso, se busco darle luz a la

⁴ Quisiera compartir un párrafo de la novela *Ángeles del abismo* (2004), de Enrique Serna, para motivar a pensar en el ambiente de aquel México colonial: “Como había llovido toda la noche, prefirió quitarse los chapines para no terminar de arruinarlos en el lodazal de la calle. Caminó por el borde de la acera sorteando a brinquitos los grandes charcos donde nadaban mangos podridos, ratas muertas y bostas de vaca. Una carreta con cueros de pulque se había quedado atascada en un hoyanco del empedrado, y su conductor intentaba sacarla a empujones con ayuda de tres macehuales.”

ciudad, hacer de los tránsitos, visibles espacios en donde las bajas conductas se replegaran en busca de otra oscuridad. Al tiempo de este cambio, también se comenzaban a dar otro tipo de variaciones, ya no tanto en la fisionomía del lugar, sino en cuestiones competentes al ordenamiento de la población, variaciones en la vida cotidiana, que retomando a Juan Pedro Viqueira, atendía a una recepción de ideas provenientes de la ilustración francesas, concepciones que tenían ya varios años rondando por Europa y llegaban al México colonial,

El fin del siglo XVIII habría sido en la Nueva España, entonces, una época de rica, variada y agitada vida social. Las diversiones públicas, los cafés, los paseos, los bailes habían proliferado.

Esta profunda transformación de las costumbres no habría quedado relegada sólo a estratos sociales superiores, sino que, a partir de estos, se habría extendido al resto de la sociedad (...) este afrancesamiento se acompañaba de un gusto por las diversiones populares, y porque de ellas, en los bailes por ejemplo, se mezclaban “personas de todas las clases sociales”. Así, la mitad del siglo XVIII se habría caracterizado por un “relajamiento de las costumbres” en todos los niveles de la sociedad”(Viqueira, 1987: 15)

Dentro de los cambios y adaptaciones que se daban a la nueva manera de vivir en el México del Siglo XVIII, se puede resaltar lo que es para Juan Pedro Viqueira, la tesis de su trabajo: el relajamiento de la vida social. Y, si bien tal enunciado, en primera instancia hace énfasis en el hecho de que tanto sectores privilegiados y algunos menos favorecidos económica y socialmente, aprovechaban de una manera distinta su tiempo libre, también, la tesis del autor nos hace pensar que comenzaba a existir una distinta manera de relajamientos, pues la entrada a ciertos lugares, el acceso a juegos, permisos para realizar comilonas y festines, les era otorgado sólo a algunos sectores de la población, evidentemente, a los de mejor posición y alcurnia, mientras, por otro lado y como veremos más adelante, las típicas maneras de esparcimientos del sector popular eran revisadas y sentenciadas frunciendo el seño en actitud reprobatoria.

En lo local, también se comenzaron a dar otros factores que fueron favorables para el impulso de la recreación social, así lo menciona Viqueira,

“No está de más señalar que esta idea de un “relajamiento” generalizado de las costumbres forma parte de una caracterización más bien positiva de la situación económica, social y cultural de la Nueva España en ese siglo: penetración del pensamiento ilustrado, de la filosofía y de la ciencia modernas (...) todo eso acompañado y sostenido por un “auge de riqueza” debido al enorme aumento de la producción minera.” (Viqueira, 1987: 16)

Asistía a la historia, una nueva manera de habitar la ciudad, de rehacerla, y también de dividirla, una de las posibles razones por las cuales los personajes en la vida mexicana colonial comenzaron aparecer. La división y selección de personas al acceso de las diversas “relajaciones” mencionadas por el autor, pudieron haber funcionado a manera de clasificación, que si bien ya se venía dando en el orden de castas, podría parecer que ahora se daba en otros sentidos y tomando en cuenta rasgos como la pobreza, el estatus en la sociedad, los modales y educación, aprendidos por algunos en los centros educativos recién construidos. No obstante, dicha manera de clasificar sería un resultado de las clasificaciones por razas, sólo que ahora, se le sumarían otros rasgos más, que comenzarían a definir la idea de lo popular por lo menos en aquellos tiempos. En tal caso, y retomando nuevamente a Viqueira y su texto *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la Ciudad de México durante el Siglo de la Luces*, en donde parece plantear una escisión en las actividades realizadas durante el tiempo libre,

En realidad, sabemos con plena certeza que el Estado español y con él los estratos más altos de la sociedad novohispana, sufrieron una radical transformación y entraron con paso firme a la modernidad, pero lo que desconocemos es si las clases populares siguieron a su manera el camino en ese siglo. (Viqueira, 1987: 19)

Es cierto también que la organización social de aquel México, como se ha dicho, planteaba una división bastante clara, ahora bien, al encontrar estas licencias

otorgadas a algunos sectores, más allá de dividir en muchas más fracciones la sociedad colonial parecía agrupar en dos a la población, los que podían acceder y aquellos que no, entonces se conjuntaba en un mismo grupo a aquellos denominados despectivamente como la plebe, quizá, una de las primeras personificaciones de lo popular en el tiempo novohispano. Lo popular comenzaba a tomar rostro y era dibujado por aquellos que lo rechazaban, que con sus evasiones estaban dando pinceladas a ese primer rostro de lo popular, deviniendo también, en que aquello que hace la plebe son diversiones y costumbres populares, ambas, como hemos dicho, muy a menudo retomadas de los antepasados, de los indios y sus conocimientos heredados, los negros, la población que al ser segmentada se buscó entre similares.

Bien, lo popular entonces aparece de manera aún más nítida y colorida, es nombrado y se hace presente, lo popular se comienza a ver en figura de algunos, pero no hay que olvidar que eso llamado popular son un conjunto de características y rasgos específicos que se conjuntan bajo el nombre de popular, veamos lo que el autor, Ricardo Pérez Montfort, comenta acerca de lo dicho, “Entre una variedad inmensa de temas y proposiciones, la expresión popular festiva mexicana tiene por lo menos tres elementos imprescindibles: la lírica, la música y el baile” (Pérez Montfort, 2007: 17). Los tres elementos mencionados por el autor, podrían observarse en el tiempo novohispano que hemos mencionado; si bien el Pérez Montfort se refiera la expresión popular festiva, es claro que dentro de los estereotipos y personajes que pasan por el barniz de lo popular se suele mencionar y caracterizar los tres rasgos comentados.

Podría mencionarse también, que el espacio de relación y esparcimiento de la clase popular era y es, la calle, pero a mediados del Siglo XVIII, la calle⁵ podría ser punto de encuentro o tropiezo, de las clases habitantes de la capital, lo que, en cierto modo ponía en juego los diversos mecanismos de clasificación y señalamiento tanto de

⁵ Me permito, para invitar a la imaginación, un breve diálogo de la obra *El hombre de la Situación (1861)*, del Escritor, Manuel Payno. Habla Mr. Ricardo Raymundo Ricochi, “He residido en Cuba mucho tiempo y viajado por España y por las Américas. Hace algunos años vine a México, y como este es un país encantador, aunque los caminos son pésimos y los ladrones y los mendigos pululan por todas partes, me hice el ánimo de acompañar a mi amigo Fred.”

la clase alta, como la popular. Para mencionar algo de esto, acudiré nuevamente a Juan Pedro Viqueira, que relata,

Durante el día las calles conocían una gran animación. A la muchedumbre plebeya de peatones, se sumaban la élite a caballo o en finos carruajes y los numerosos carros que transportaban alimentos y materiales de construcción. Las calles se cruzaban con una reducida, pero aún activa, red de canales o acequias a través de la cual llegaban de los pueblos chinamperos cercanos frutas, verduras y otros alimentos que demandaba la ciudad.(Viqueira, 1987: 134)

El cuadro parece ofrecer una opinión cordial y hasta feliz, resaltan los personajes que daban vida al lugar y la manera en que el autor les nombra. La clase popular comenzaba a ser llamada muchedumbre plebeya en contraposición de la élite. Hasta este punto hemos podido observar cómo las influencias del pensamiento extranjero, sumadas a las necesidades propias de un espacio como lo era el centro de México, más otros factores como la migración del campo a la ciudad, la conservación de antiguas tradiciones, la búsqueda de un cambio vertiginoso en la vida nacional, todas éstas razones y quizá otras más, ayudaron a delinear la población del México Novohispano, más allá de censos poblacionales⁶ que arrojaban la cantidad de habitantes de tal o cual casta, el progreso o desarrollo que se fue dando estableció líneas divisorias en otra parte de la vida, el del esparcimiento y recreación, terrenos donde los seres humanos dan rienda suelta a sus peores y mejores ánimos, en donde, a veces y por momentos, el tiempo parece no importar, las inquietudes se ahogan en buen trago de bebida *mareativa*, para resurgir en el sentimiento más que embriagado; puede no necesitarse el elixir etílico, puede simplemente haber bailes, gritos y festividad, energía desbordada; el tiempo libre para el ser humano lo ubica en una zona de elección de acuerdo a sus posibilidades, como también obedece a las ganas de *matar* el tiempo libre, de hacerlo trizas y perderse con él, para luego volver al andar cotidiano, a una

⁶ Para más información sobre esto, acudir al texto de Manuel Orozco y Berra, *Historia de la Ciudad de México, 1973*.

rutina de siete días y veinticuatro horas. En el tiempo libre, la clase popular se formula sus propias metáforas, su manera de entretenerse, en el caso del México Novohispano, bailando los jarabes, cantando coplas que hablaban de su tiempo, de su instante.

Encuentro entonces esa fragmentación en el nombramiento de la muchedumbre, pero para ser nombrados, habrá aquel que los nombre, ¿quién es el otro?, en una libre acepción y nombramiento, que quizá se encuentre lejano a este momento histórico, quisiera traer a el *apretado*, no de manera gratuita, y parto de aproximaciones propias para nombrarlo en este instante. Si bien, como menciona Viqueira, comenzaba a darse una relajación en las costumbres, en el tiempo libre, en el desahogo gozoso, habría que contraponerle, no a fuerza de querer encontrar una figura contraria, ni en un afán dicotómico, sino, simplemente para poner a jugar personajes, al *apretado*. De manera que el *apretado* tendrá sus características particulares, acudo a Jorge Portilla, que en su texto, *La Fenomenología del Relajo*, enmarca,

Apertado se llama, en el lenguaje vulgar de la Ciudad de México, al hombre afectado de espíritu de seriedad. (...) Parece que su uso primero fue designar al hombre cuidadoso de hacer valer su puesto en una jerarquía de clases.(...) El *apertado* se tiene a sí mismo por valioso, sin contemplaciones y sin reparos de ninguna especie. (...) El *apertado* cuida su aspecto, expresión de su ser íntimo. (Portilla, 1966: 87)

Estamos ante un personaje que si bien no comparte el espacio ni el tiempo del que hemos venido hablando, traerlo aquí, funciona para ver de qué manera se estereotipaba la otra cara de una moneda, una moneda que podría entenderse como la vida nacional: por un lado, tenemos a los héroes de la patria, figuras nacientes de ese México conquistado, y por el otro lado, los símbolos que recuerdan el México precolombino, el águila sobre el nopal, o aquellas otras monedas de mi infancia que llevaba en relieve a la Diosa Coyolxauhqui, o la moneda aún en uso que lleva el centro del Calendario Azteca. Volviendo a la idea, el *apertado* es otra faceta del mexicano, la parte que por momentos se esconde y se escuda detrás de lo impuesto, de lo que genera orgullo

nacional, resalta los valores más impetuosos, lo que motiva al pueblo, al populacho. Es ahí, mediante la muestra de la otra parte, que nos podemos dar cuenta de cuáles son los cimientos de las ideas nacionalistas, de los estereotipos culturales creados para y en México, podemos atisbar el interés de aquellos que generan los estereotipos, las ideas, los discursos dominantes, tomando de la historia la pedacería que es conveniente para unir al pueblo en una imagen. El apretado, surge pues como otro pretexto de la historia para recabar pistas y espiar en las faldas pudorosas del nacionalismo.

Pero volvamos al siglo XVIII. Hemos apuntado antes que las diversiones y actividades de las clases más pobres eran aquellas que se reprimían, buscando a toda costa establecer un orden, o mantener bajo un estricto escrutinio las fiestas de dicha clase. Y para dar muestra de esto, atendamos a Viqueira,

Ante esta preeminencia de la calle en la vida social de la capital novohispana, un estudio como el que hemos emprendido sobre las diversiones públicas, no podíamos omitir el análisis de las diversiones callejeras (...) Con respecto a estas diversiones, las autoridades virreinales no establecían una jerarquía entre ellas, que iba desde las francamente nocivas a las beneficiosas para la sociedad. Esta jerarquía reflejaba en buena medida la de los grupos sociales que gustaban de dichas diversiones. Así, el carnaval en el que participaban, sobre todo los indios de las afueras de la ciudad, fue la diversión combatida con más tenacidad, mientras que los paseos que eran del agrado de la élite y los ilustrados fueron constantemente alentados. (Viqueira, 1987: 137).

Este pasaje me despierta inquietud con respecto a la importancia de la calle, del espacio público, pues si bien es notorio que la búsqueda de una especie de limpieza de lo mexicano mediante el crisol de la ilustración, la calle aparece como un sitio de pugna, es el territorio visible ante los ojos de lo extranjero, se pueden crear bellas fachadas al más puro estilo de vanguardia en Europa, pero lo que sucede en la calle, es de la calle, permanece y pertenece a quien lo hace. Este tema se vuelve interesante y quizá medular para una indagación posterior, pues nos podemos dar cuenta cómo los

territorios en donde habitan las personas llevan un sello particular, y lo podemos ver con el ejemplo arriba citado, la calle se vuelve motivo de preocupación para dar una buena impresión, es el esqueleto que intenta vestirse con las mejores galas, aunque esto implique hacer a un lado a las personas. La calle es en donde la gente se desenvuelve, marca territorios, nace y se hace, la calle es en donde particularmente aparece lo popular, quizá porque es su sitio, porque representa hacerse parte de algo, de su país, de su nación, de su colonia, su barrio.

Y también, cuando lo popular llega a otros terrenos es completamente rechazado, o, en el mejor de los casos, retransformado, adaptado y domesticado, es así como el jarabe tapatío es, a veces, infaltable en las celebraciones presidenciales; se sirven los platillos típicos, aquellos que saben bien pero “mejor en el comal de la marchanta”. Lo popular, pues, visto así, llega a un punto de caricaturización, ¿con qué fin? Con el fin de vernos a nosotros mismos (que se me disculpe si pecho de popular) y mirarnos con orgullo, vitorear nuestra imagen que poco a poco se va haciendo trascendental entre chistes y malas famas. Porque así somos y así debemos quedarnos.

La calle entonces, me surge como el espacio a ganar, en donde se puede ver en qué momento estamos y apelando a qué ideas, que figuras, cuáles estereotipos se están poniendo en juego. La calle puede ser esa hoja en blanco en donde se comienzan a escribir las maneras de clasificar, se hacen los estereotipos. La calle es donde nos observamos, donde ponemos en juego nuestros sentidos y nos percibimos con otros en un espacio. Y noto también, una inclinación y fascinación por lo popular, aventurarme a decir el porqué, sería una tarea arriesgada en este momento.

Ahora es preciso volver a la historia, pues si bien comenzamos a vislumbrar los primeros rasgos de lo popular en el siglo XVIII, es prudente en este instante echar ojo a la idea de un nacionalismo propiamente mexicano. Y es en ese mismo siglo, que contagiado por los cambios de pensamiento que se daban en el mundo, y en particular en España, el nacionalismo comenzaba a hacerse presente en México; por un lado se encabeza una búsqueda de lo propio indagando en aspectos ancestrales, una idea que

buscaba lo propiamente mexicano, aquello que trataba de retomar flashazos de un México precolonial. Pero aquellos que iban en la búsqueda de esa idea de nacionalismo distaban un tanto de la población indígena, de los conocidos relajados, la clase popular, entonces su lugar en el México Novohispano tenía un punto crítico, ya que el nacionalismo y sus vistas al futuro era cuestionado por clases con diversos intereses, distantes a los de una clase popular. Ricardo Pérez Montfort, en su texto, *Estampas del nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, menciona sobre el tema,

Varios autores consignan los orígenes del nacionalismo propiamente “mexicano” hacia fines del siglo XVIII. Si bien su antecedente más relevante, el patriotismo criollo⁷, tuvo algunas expresiones importantes desde el siglo XVI, no fue hasta la segunda mitad del siglo XVII cuando la reivindicación de ciertos valores claramente como “mexicanos” adquirieron relevancia en algunos sectores de la conciencia novohispana (Pérez Montfort, 1994: 15).

El rumbo de México comenzaba a tener nuevas direcciones, direcciones que parecían apuntar a un orden, pero el orden significaba acaso encuadrar a cada clase en el lugar que le correspondía, hacer de la clase popular un maniquí que iría cambiando con el tiempo dependiendo de los mismos mudanzas que el país tuviera, cambiando los ropajes y las formas, pero manteniendo un orden de lo que debía ser. La división de los habitantes parecía buscar ese orden, y mediante éste, se iban arraigando los

⁷ Tomo prestada una cita del artículo titulado *El concepto de nación y las transformaciones políticas en Iberoamérica (1750-1850)*, de Fabio Wasserman, encontrado en la red. “En México(...) escritores criollos reaccionaron frente a los prejuicios de los europeos hacia América y sus habitantes. Así, el canónigo Juan José Eguiara y Eguren propuso a mediados del siglo XVIII la creación de una Biblioteca Mexicana para dar cabida a los escritores “de nación mexicana” que incluía también textos indígenas. Precisamente, uno de los elementos que favoreció la consideración de ciertos reinos o provincias como naciones fue el señalamiento de elementos indígenas capaces de singularizarlos tal como lo hicieron algunos jesuitas. Ahora bien, la reivindicación de estas particularidades u otras quizás más significativas como la veneración de la Virgen de Guadalupe en México o la de Santa Rosa en Perú que alentaban lo que algunos autores dieron en llamar “patriotismo criollo”, no implicaba necesariamente una traducción en clave independentista: a fines del siglo XVIII la nación entendida como pueblos sujetos a un mismo gobierno seguía teniendo a la Monarquía como referente.

estereotipos populares. Luego de un incidente en unas trajineras en la Viga, en el año de 1797, esto aconteció,

(...) se citó a las dueñas de las trajineras para darles a conocer la nueva disposición que prohibía alquilar por asientos, a personas desconocidas entre sí, las canoas. (...) Esta prohibición de fletar las canoas de menudo es muy reveladora de la mentalidad de las autoridades novohispanas. Para ellas el desorden nacía de la mezcla, de la desaparición de las barreras entre personas de “distintas cualidades, sexos, condiciones(Viqueira, 1987: 151).

La conformación de una nación incipiente necesitaba de nuevos personajes instaurados en un ambiente de nuevo orden, de verdadero orden. Las figuras estereotipadas podría servir de modelos a seguir, y también, como hemos mencionado, de figuras ejemplares. Así, la idea de lo popular se hacía más notoria, y la búsqueda de un nacionalismo mexicano lograban rescatar rasgos esenciales en un sector de su población. Sin lugar a dudas, podemos encontrar que, dentro de lo que hemos podido decir, lo popular, las figuras nacionales, los estereotipos de lo mexicano guardan su familiaridad con lo precolonial por antonomasia. Quisiera citar otro ejemplo del mismo autor, que me resulta revelador para ver desde dónde se entiende lo popular. Hablando de las prohibiciones en las fiestas religiosas,

El sentimiento religioso interno debía guiar y limitar las manifestaciones externas de culto; todo aquello que no estuviese a tono con la solemnidad, recato y gravedad requeridos en estas ocasiones, debía desaparecer. Así, las fiestas religiosas ya depuradas de sus desórdenes, abusos y supersticiones, es decir, de todo aquello en que se manifestaba su carácter popular, podrían finalmente desarrollarse en estricto apego a las normas de la Iglesia y del orden público. (Viqueira, 1987: 153)

El ejemplo obliga a pensar en lo propio de lo popular en el siglo VXIII, que como ya habíamos visto con Ricardo Pérez Montfort, en cuanto a una noción festiva, consta de la lírica, la música y el baile, ahora, con este vistazo al pasado, vemos que también las cuestiones que se relacionan con la jovialidad, el entusiasmo y la pachanga, son propio

de lo popular, características otorgados por otros: los que miraban con desden lo popular. Es pues importante cuestionarse sobre aquellos que dictan lo que es popular y lo que no, hasta nuestros tiempos, lo popular es popular porque así lo conocemos y porque de buscar estos rasgos en una actualidad, encajarían y nos darían resultados un tanto similares. Lo popular busca aclimatarse a los vientos de orden y calma que imperan en un contexto y tiempo específico, buscan hacer del cotidiano una fotografía en donde todo salga bien maquillado, con los retoques perfectos, con los colores nítidos para que lllore la pupila, para que el corazón lata con emoción y de nuestras gargantas ardientes como metralla de guerra se dispare el grito de unión, de batalla, de *sonoro rugir del cañón*, de reconciliación, de armonía, de paz, de amor, el infalible, ¡VIVA MÉXICO!

II.

SIGLO XIX

El siglo XVIII parecía concluir entre grandes cambios en un territorio cada vez más moldeado; la Nueva España se dividía con mayor claridad, los espacios eran ganados, reservados o quitados, la calle seguía siendo la disputa y el gran escenario en donde se podía observar una marcada diferencia. La élite buscaba por distintas maneras hacer de ese territorio, su territorio, el que parecían merecer y al que habría que cambiar algunos cuantos detalles, para hacer de éste, un lugar decoroso y habitable. El sector popular se enfrentaba a las decisiones de los viajeros de las carrozas jalados por caballos de alto costo monetario. Los trabajos de fuerza física y algunos otros ligados a las artesanías, se reservaban para la clase baja, el cada vez más nombrado sector popular.

Para las clases trabajadoras, la segunda mitad del siglo XVIII no sólo trajo un aumento de la explotación y de la miseria – contrapartida rara vez mencionada del auge minero y del enriquecimiento de las clase altas -, sino que además el gobierno les prohibió emborracharse, lanzar cohetes, mezclarse hombres y mujeres en las danzas religiosas, distraerse pues en los días de fiesta. No bastaba ya con trabajar más cada día, vivir amontonados en las vecindades y arrabales de la ciudad, padecer una discriminación racial acrecentada, sino que había también que mantenerse sobrio y participar con ánimo grave y severo en las procesiones. (Viqueira, 1987: 160).

El panorama presentado por el autor, parece aterrador, al sector popular se le buscaba hacer invisible, borrarlo de un mapa en el cual, en algún momento, figuraban como habitantes legítimos. La vida de una nación se presentaba compleja y cargada hacia las buenas costumbres y el recatamiento, un atisbo de lo que sería México en tiempos futuros. También, tales prohibiciones, y por qué no decirlo, humillaciones, privaciones, fueron quizá configurando un rencor hacia la clase poderosa, aquellos que ordenaban y estipulaban las nuevas normas, muy parecidas a las impuestas en la Península. Ese rencor, esa búsqueda de una salida debía encontrar su válvula de

escape. Al paso de los años, los habitantes de la Nueva España, conocerían toda clase de despojos, las posibilidades de disfrutar el tiempo libre, uno de ellos. La rabia contenida encontraría terreno fértil para los criollos ávidos de una posición en el sector que tomaba y efectuaba las decisiones del país. Los criollos que, en parte españoles, distintos a los indígenas, mulatos, mestizos, se promulgaba como los auténticos y legítimos habitantes del nuevo mundo.

No obstante, ante las declaraciones arriba citadas de Viqueira, me surge una incógnita, ¿qué tanto los sectores que se han denominado como populares se asumían como tal? Pues entre tanto, su música, su manera de vestir, de apropiarse del espacio, de divertirse, era aquella a la que estaban acostumbrados, y aún más complejo, era, muchas veces, a la que les dejaban acceder. Los sectores populares, tal vez, poco tenía idea de que pertenecía a *eso*; por otra parte, se buscaban entre sí, entre los iguales, entre los que se asumían como habitantes de una tierra en donde no eran tan bienvenidos, donde la cruz buscaba arrebatarse ese estigma del cual no sabían eran blanco. Así, el sector popular se volvió tal por la separación, la cada vez mayor segmentación de una población.

Entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, se avecinaban cambios en el mapa nacional. La diferencia excesivamente marcada entre la población y también un incremento de ésta debido a algunas migraciones buscando en el centro del país, en el centro del cambio, alguna oportunidad diferente de vivir, cuestión que se antojaba compleja.

La población de la Nueva España en general, y la de su capital en particular, se incrementó en forma notable en el siglo XVIII, a pesar de muchas hambrunas y epidemias que hubo en ese siglo y que hicieron que el crecimiento de la población no fuera continuo sino de lo más irregular, sujeto a repetidos retrocesos (Viqueira, 1987: 203).

El aumento de la población no sería impedimento para que, en el cotidiano nacional, se establecieran unas mayores condiciones de desigualdad, dejando tatuada una diferencia entre unos y otros. Las exigencias al respeto de la vida, del trabajo y la

buena retribución que comenzaban a brotar en distintos países de Europa durante el Siglo XIX, azuzaban revoluciones y el ambiente social trataba de buscar distintos intereses. En la Nueva España, el ambiente se volvía un tanto más marginal entre los sectores populares, y por otro lado se comenzaba a gestar un pensamiento que se ha denominado como Patriotismo Criollo, el cual hemos mencionado antes. Acudiré a un par de citas de los autores Ricardo Pérez Montfort y Pedro Viqueira, para acercarnos a lo acontecido en los inicios del siglo XIX,

Con el fin de enfrentar el estigma que les impedía el acceso al poder político, los criollos recuperaron parte del pasado indígena, con una fuerte carga mestiza (...) Sí reconocían alguna presencia india, generalmente legendaria y mítica, en la formación de sus rasgos y signos particulares; pero fueron las referencias al origen mestizo y la revaloración de sus dimensiones populares, lo que proporcionó los elementos aglutinadores de su patriotismo(...) (Pérez Montfort, 1994: 15).

Por otro lado, Viqueira menciona,

En 1854 (...) se ordenó que las pulquerías se trasladasen del centro de la ciudad a sus afueras. Así, los gobiernos independientes, a diferencia de los coloniales, con tal de excluir los desordenes del espacio público ocupado por la clases altas, aceptaron que las pulquerías se instalaran en los barrios de los afueras de la ciudad, perdiendo en buena medida con esto el control sobre ellas y permitiendo que se volvieran lugares de reunión exclusivas de las clases populares. La época de oro de las pulquerías se había iniciado. (Viqueira, 1987; 219).

Observamos en tiempos que distan muy poco, variadas maneras de percibirse en la Nueva España, por un lado, la búsqueda de una reivindicación, rescatando figuras y recuerdos que tantos estudiosos identifican en lo propio de lo mexicano: lo indígena, sumado a la gran herencia de España, con su idioma y particulares maneras de identificarse con el mundo, la religión como estandarte y la figura de la Virgen de Guadalupe, el mito bajo el cual se cobijarían los habitantes de lo que pronto sería

México. La conformación de un nuevo grupo cargado de ideas, rencores y ciertas licencias en el México decimonónico, comenzaba a dejar latente la postura de criollo: exigía lo que a sus ojos era su derecho y privilegios, por encima del indio, al cual respetaba en la historia. El criollo se sabía privilegiado en la escalera de las castas y se enfrentaba a sus iguales peninsulares. Buscaba esos derechos otorgados de sangre. El sector popular, al tanto, se movía por la ciudad, asistía a las escuelas para recibir los conocimientos que intentaban, entre tanto, acercarlo a la civilización, a los valores que debía saber para poder desempeñarse en ese territorio. Los sectores populares comentaban los dicho en la iglesia, trabajaban sus horas y se reunían en sitios como las pulquerías: hogar de los destinados y los perniciosos. Las pulquerías⁸ y el elixir al que tantos autores le han otorgado gran importancia, porque se convirtieron en espacios, como hemos visto, de gozo privilegiado, permitido y tantas veces sancionado por las autoridades de una Nueva España que no alcanzaba a comprender tales actitudes frente al neutle.

En las pulquerías, se dan las relaciones entre la clase popular, que podía identificarse en esos lugares de regocijo y mareo mental. Las pulquerías que hoy en día gozan o padecen ese estigma, esa marca de ser un lugar a visitar por los extranjeros, de ser esa exotividad de siglos pasados. La pulquería aparece como una especie de misterio en donde las perdición se hace viscosa y entra fría y agria por la garganta del viandante en busca de espacios para beber un poco y olvidar algunas experiencias de su andar. Esa pulquería pensada como un espacio en donde el tiempo se hace liviano y donde transitan los variados personajes mexicanos, la clase popular encuentra, por razones económicas, de segmentación, un sitio en donde puede

⁸ Armando Jiménez, cronista y gran conocedor de la historia y la geografía de la Ciudad de México, otorga un buen capítulo a las pulquerías de la capital en su libro *Lugares de gozo, retozo, ahogo y desahogo en la Ciudad de México (2000)*. De tan interesante revisión extraigo este párrafo, “Antes de la Conquista había expendios de pulque. *Ocnomacoyan* del náhuatl *octli*; pulque; *manaco*, comercia; *yan*, lugar; lugar donde se vende pulque. (...) Durante el virreinato se dictaron numerosas disposiciones relacionadas con tales comercios: algunas prohibiéndolos: otras, autorizando la venta bajo determinadas condiciones, como vedar que hombre y mujeres tomaran juntos. Los establecimientos deberían cerrar al ponerse el sol; las transacciones se harían en efectivo; no habría comida, música ni bailes; tampoco se podría instalar en cualquier lugar y serían en total treinta y seis, no más de las cuales veinticuatro estaban destinados a hombres y doce a mujeres”

socializar, ahí se dan cita el raterillo, la madre con sus hijos, el trabajador que lo gasta todo y pierde hasta la memoria. Las pulquerías, son en la historia de México, esos lugares en donde desde tiempos remotos se intentó conjuntar al sector popular y que con el tiempo se fueron haciendo de su propia reputación, de su historia, pero basta con darse una vuelta por los locales aún vivos para observar una estampa de lo mexicano, aquella foto en donde dos bigotudos brindan con su *cacariza* en mano, sosteniendo en la otra o reposando en su hombro, alguna prenda.

La pulquería, debido a su preponderancia, y acaso reserva al sector popular, indígena, por ser el pulque la bebida de sus dioses, es el sitio en donde se pueden encontrar algunos de los estereotipos de lo mexicano, en donde reposan, porque es de los sectores populares de donde se extraen esas ideas de lo propio, de lo que pertenece y engrandece, pero de dientes para afuera porque qué pelados y qué groseros esos de la pulquería. La pulquería, a diferencia de la calle, es un espacio ganado, pareciera otorgado, para el regocijo y el disfrute del alipús.

Volviendo a la historia, la Independencia de México, como muchos autores han señalado, surge de la iglesia, que en aquel entonces gozaba de estímulos educativos llegados de Europa, de aquellos alumbramientos de la Ilustración. Atendiendo a este comentario, Ricardo Pérez Montfort menciona,

(...) como parte de la influencia que la revolución francesa ejerciera sobre ciertos sectores criollos, pudo percibirse una revaloración de lo popular. Al pretender mayor participación en las decisiones políticas y económicas del mundo que habitaban, aquellos criollos y mestizos trajeron consigo la creencia de representar a un 'pueblo' (...) asumieron la posición de decidir qué era 'lo mexicano' y esto se empezó a identificar con lo que, según ellos, no era español (...) Los mexicanos eran propiamente los sectores formados por ellos mismos que se identificaban como el pueblo. (Pérez Montfort, 1994: 16).

Ante esta cita, la conformación de lo mexicano, tiene aún tintes bastante trastocados, que si bien concede cierta condescendencia al sector popular mexicano, que no por ser llamado popular es propiamente mexicano, no se detiene verdaderamente en

identificar las necesidades que podía tener esa totalidad a la que llamaban pueblo.

Pareciera, desde este tiempo, que se buscaba suspicazmente reunir la mayor confianza de los mestizos y hasta de los mismos indígenas para mantenerse fuertes ante lo que podría ser un movimiento armado, una insurrección en busca de algo, algo que se escurría entre la mente de los criollos, que, a falta de una voz que pudiera incidir en las decisiones del país, se reunía y se inventaba su manera de habitar.

Lo explicado por Pérez Montfort, toma sentido si se le piensa de tal manera: establecer la normas y el reparto de territorios y tesoros parecía no convenir a la población criolla. La Nueva España, era pues, el semillero preciso para fundar un país en donde las preocupaciones y necesidades de algunos fueran resueltas, lástima que el sector popular, los que trabajaban y se encuartelaban en sus casas para divertirse u obedecían los mandatos para encontrarse en un lugar, aún no tenían una voz que regulara entre criollos, mestizos, españoles, mulatos, las necesidades de cada uno. La clase popular se iba encajonado más, quedando como una instantánea en la foto del recuerdo de un pasado muy antiguo.

Mientras tanto, algo se conformaba entre ideas de cambio y una nación incipiente,

Así, combinándose con toda clase de símbolos, proyectos futuros e interpretaciones del pasado, los acontecimientos festivos -con una connotación de amplia participación popular – poco a poco fueron creando diversas imágenes, actitudes y referencias obligadas que intervendrían directamente en la formación de las representaciones más apreciadas del naciente nacionalismo mexicano (Pérez Montfort, 1994, p. 16).

En la idea de una benevolencia criolla, las castas y clases parecían conjuntarse en el pueblo, con un fin común, parecía que las líneas desaparecían y se dibujaba al mexicano como ese individuo fruto de una mezcla, de un contacto entre dos maneras de percibir el entorno, el cotidiano, la historia. Sin embargo, a este optimismo de la historia, que sin duda es importante para la conformación de un mexicano que hasta ahora tiene sus huellas, a ese idea le faltaba una ubicada manera de proponer la

organización del país, o de la capital. Pues si persisten los personajes en lo popular, en las relaciones sociales, aún permanece la diferenciación, la peculiar manera de dividir y segmentar a la población y su entorno. Basta con mencionar la jerarquización de héroes en donde el cura Miguel Hidalgo toma mayor relevancia por encima de algún otro compatriota a favor de la misma causa. El sector popular, en cambio, se caracteriza por la piel morena, por ser luchador y digno de una tierra que le pertenece, por la cual lucha, pero al final tiene que habitar sin mayor satisfacción.

Una ventana para mirar tales episodios de la historia, identificar los personajes de la historia, son las novelas, la historias creadas desde el siglo XIX, relatos que se ubican en lo que hoy se conoce como novela costumbrista. En estas historias la mirada era dedicada, la pluma vertía detalles que antes los cronistas no había visto. Pero no podía negarse la herencia de los grandes cronistas del México antiguo. Con la novela costumbrista se retrató a un México de manera casi total, se contaban historias sobre los protagonistas de la ciudad. El territorio lo permitía, aún no era lo que es hoy y la población era, de tan poca y segmentada, identificable. Los estereotipos y personajes estaban ahí y habrían de rescatarlos. Así, desde la novela mexicana que se realizó en el siglo XIX, se pueden identificar algunos otros personajes y estereotipos de la clase popular mexicana, ese sector en donde se conglomeran mulatos, mestizos, criollos, indígenas...

(...) El México que aparece en la novelas y en la crónicas del siglo XIX presenta una imagen que por su mismo afán nacionalista y moralizante muestra las distinciones y orgullos propios de un país; pero también incorpora aquellos espacios que dignos de ser corregidos, de los que no se habla tan abiertamente y a los que hay que poner atención (Pérez Montfort, 1994: 48).

En la novela costumbrista, se abordan temas que parecían descubrir un México escondido, una manera de hablar particular, ropajes, descripción de sitios, de grupos en que la gente se reunía, de lugares. La novela costumbrista busca colocar en la creación literaria a un México particular, a uno que sólo aquellos ojos pudieron ver y recrear. Del comentario arriba citado, conviene resaltar la importancia que tuvieron

dichas novelas para la creación de los más citados y comentados estereotipos y personajes del siglo XIX. Ante la mirada de los escritores y bajo sus juicios se moldean algunas figuras de lo mexicano, que si bien se encuentran en desuso, forman parte de la gama de máscaras que ha tomado (o le han puesto) al mexicano, basta con mencionar que el personaje principal de la novela *El periquillo Sarniento (1816)*, escrita por Joaquín Fernández de Lizardi, es un individuo que encaja con las características otorgadas al pelado. Y también importan los lugares en donde se desarrollaban las historias, ya fuera un local de telas, una hacienda, los paisajes del México antiguo, la calles de la ciudad, sus palacios, fiestas, pulcatas... Los relatos y las historias no eran ya para conocer las costumbres y comentarlas a alguien más, era el reconocimiento del entorno, de lo propio del instante que se estaba viviendo, relatado y hecho un acontecimiento ajeno, con los estímulos del entorno, con las palabras que podían escucharse andando por ahí, con el oído aguzado. Lo mexicano, era re escrito y puesto a la orden de los ojos ahí retratados. El cotidiano se hilaba con argumentos divertidos, interesantes, reflexivos, cargados hacia una posición u otra, pero entre tanto, lo mexicano estaba siendo dejado en el papel y trascendía, a partir de estas historias se conocía a los habitantes de la ciudad, se les estereotipaba mediante su parecido a lo ahí contado.

Estos pretendían ser la síntesis de las características físicas y anímicas de un sector o tipo social y cultural identificable para la mayoría. “El pelado” o “lépero”, “la china”, “el bandido”, “el currutaco”, “el estudiante”, “el chinaco” – que eventualmente se convertiría en charro- “el indio” y tantos otros personajes típicamente mexicanos se fueron conformando en aquellas novelas y crónicas (Pérez Montfort, 1994: 50).

Típicamente, tal vez vistos desde ahora, pero antes era el entorno inmediato, puestos como metáforas de una sociedad, de una específica manera de vivir, de relacionarse. Puntos de vista críticos o no, revelaban la situación por la cual atravesaba el México antiguo, los personajes funcionaban a manera de discursos propio, eran las piezas a partir de las cuales le entraban al juego de México. Los personajes deambulaba por ahí, los escritores los atrapaban y los sometían a sus juicios y puntos de vista, les

dotaban de características y poco a poco se fueron acercando a lo que se fue conociendo como estereotipos de lo mexicano, lo nacional, lo propio, lo que habitaba en nuestro país y era contable, eso, lo que se contaba porque era lo que sucedía: en el tiempo se detenía a los individuos y se encapsulaban para que otros pudieran conocer el transitar de una sociedad. Una nueva manera de contarse, una nueva manifestación artística, que permitía deformar, exagerar, hacer lo propio con la retórica.... Codificar a las personas y a partir de su punto de vista crear una obra, estructurar un mensaje bajo el encontrado pensamiento mexicano, el de estarse siempre descubriendo, de parecer el gato que muerde la cola. Aquellos estereotipos se convertían en relatos palpables, cargados de varias características particulares, la mayoría dotadas por la actividad del cotidiano, y otras por la simple interpretación. Los estereotipos se generaban de una manera vertical, en mayor medida de arriba para abajo, y así se iban pasando, de voz en voz, de mirada escrupulosa y palabras escondidas tras la palma de la mano.

Escritores que desde su manera de habitar y relacionarse en México, daban forma a metáforas; algunos quizá, comprometidos con alguna tendencia, una corriente de pensamiento, como los liberales y conservadores en que se cocía México. Había sus oposiciones, como el catrín, el apretado, que entraban en juego dentro de la historia de México, y se estructuraba una visión, una manera de relatar el presente.

A esto, agrego el comentario del autor Gonzalo Celorio, acerca del *Periquillo Sarniento*,

Como las precedentes, la ciudad del siglo XIX es, ante todo, un espacio moral, la casa propia, que se quiere limpia y digna. *El periquillo Sarniento*, de Joaquín Fernández de Lizardi, que, como signo inequívoco de independencia (...), es un retrato moral y moralizante de la ciudad de México, en el que tienen representación todos sus habitantes, desde los más encumbrados hasta los más humildes, con sus vicios seculares, detractados por las virtudes que han de prevalecer en la nueva patria (Celorio; 1998: 56-57).

Se ponían en juego entonces diversas maneras de apreciarse, de entender su entorno, esa Nueva España de varias tonalidades, de extraños lugares, de particulares maneras de comportarse. En las historias de Lizardi primero, luego de Manuel Payno se puede apreciar la existencia de dos maneras de habitar el país, el espacio. Antes los cronistas ponían atención en lo nuevo, los indígenas; ahora, por lo menos, había dos diversas maneras de habitar en la historia. Y a esto podría decir que no eran aquellos personajes, los principales en la historia de aquel México, eran a los que se les ponía atención, como se puede ver hay otra cantidad de personajes contemporáneos, pero, lo relevante del asunto es que mediante estas representaciones se podía conocer la vida de los mexicanos, de los habitantes de aquel territorio conquistado que seguía su curso y se trataba de entender, de acoplar.

Y hablando de otros pensamientos, hemos mencionado antes algunas incipientes ideas del patriotismo criollo, éste interpretado aquí y en otros textos, como una reacción de un sector de la población mexicana ante su situación, que si bien para muchos no era de necesidades básicas o apropiación de espacios, sí era confrontación en cuanto a cuestiones de decisiones por el rumbo del país en que comenzaban a afianzarse. Entre tales cambios de pensamiento y pugna por un grupo al frente que mediante ideas satisficiera las necesidades, por lo menos, de un sector de la ciudad, preocupados también por mantener su entorno bajo calma.... De tal modo, se erigía una particular visión, una manera de percibir el alrededor, aún con ojos de extraño, de saberse en pensamiento y alma a las glorias de una España colonizadora que de a poco, y en las revoluciones del Siglo XIX iba perdiendo territorios. Para ese entonces era mejor quedarse con la nostalgia de la tierra que llamaba por sus hijos, pero que también había destetado desde hace algún tiempo. La gran madre se debilitaba y la Nueva España era terreno fértil: sería mejor comenzar a construirse una particular manera de ser, de procurar su tranquilo momento. Entre tanto, se conformaba lo que poco a poco sería entendido como nacionalismo, al respecto, David Brading comenta,

El temprano nacionalismo mexicano heredó gran parte del vocabulario ideológico del patriotismo criollo. Los principales temas –la exaltación del pasado azteca, la denigración de la Conquista, el resentimiento xenofóbico en

contra de los gachipines y la devoción por la Guadalupeana- surgieron a partir de ese lento, sutil y con frecuencia contradictorio cambio que se operó en la simpatía a través de las cuales los descendientes de los conquistadores y los hijos de posteriores inmigrantes crearon una conciencia característicamente mexicana... (Brading 1973: 15).

Observamos aquí aún el rescate de ciertas ideas, cuestiones que ayudarán a entender los personajes de los que habla Pérez Monfort, estos pensamientos se colarían entre los habitantes de la Ciudad y comenzaría a formarse una idea del mexicano, una especie de actitud ante la vida. “El poderoso atractivo político” nos comenta Brading, “de estos temas y sus repercusiones populares fue lo que distinguió a la ideología insurgente mexicana...”, así, se acudía a ideas que reforzaban algunos rencores de los sectores populares, se azuzaba el grito por la insatisfacción y desigualdad, un grito que buscaba cobijar a la mezcla de habitantes de un territorio fértil de ideas; un grito que al cansarse susurraba con aliento ibérico, el patriotismo criollo y sus fundamentos servían, entre tanto, de cimientos para naciente nacionalismo y la conformación de lo que sería México.

El ambiente imperante iniciado el siglo XIX en la Nueva España, comenzaba a hacerse caluroso. La religión era el pegamento que unía a la gran mayoría de los habitantes del centro de la Nueva España, sectores ávidos, unos, de reconocimiento ante las nuevas leyes que se imponía, más allá de un reconocimiento como habitantes de la Nueva España, luego vendría la reivindicación; otros, de poder y participación de la toma de decisiones. “El vínculo que unía a esta variada mezcla de razas y clases era más el catolicismo que una conciencia de nacionalidad”, asegura Brading para el transcurso de aquellos años, y continúa en el mismo tono, “La invocación de temas históricos y religiosos como parte de la retórica patriótica servía para reducir la distancia que separaba a la élite de las masas y las unía bajo un estandarte mexicano común contra España”. Habría que, de alguno modo, encontrar algunos destinos que le dieran rumbo a un cambio, un cambio con mejores condiciones para algunos, un cambio que seguía todavía enmarcando una línea, y el sector popular se encontraba cruzando el umbral de los menos beneficiados, de los aún observados con curiosidad,

los que mantenían su relación con el pasado precolombino, como ellos, pero que respiraban las delicias de la España.

La virgen morena, la guadalupana, figura de mucha vigencia en la actualidad, parte arraigada de una serie de personajes de la historia mexicana, de sectores: la religión, la retórica y pensamientos venidos de España e introducidos con el nuevo idioma que sangraba de la boca de los indígenas, comenzaba a tener fruto, se manejaban las ideas correctas y se erigían líderes que podrían encabezar un rumbo diferente. “Por el momento, entonces, los elementos de una nueva síntesis habían aparecido: un pasado clásico regido por la religión natural, seguido de un presente cristiano inspirado en la Guadalupana” (Brading 1973: 29).

Para ese entonces, los sectores populares trataban de encontrarse su lugar bajo los nuevos movimientos que trataban de acomodar el territorio, el nacionalismo comenzaba a sentirse frío en los machetes y cuchillas que portaban los unidos a la insurgencia. El ambiente parecía imitar algunas revoluciones que se daban ya en Latinoamérica y otras ya dadas en Europa. Con la entrada a tientas del nacionalismo, los personajes de la historia popular se fueron quedando con las ideas de su pasado indígena, su rencor, pero también se fue quedando el ánimo de cambio en los líderes y hombres que apoyaban a los que se sumaba a veces con unos grados de incertidumbre. Un cambio se avecinaba en la sociedad y en la búsqueda del acoplamiento de las nuevas maneras de organizarse, de prendarse a ideas y ganar lugar en el espacio del naciente México.

Ante estos cambios, y el movimiento que buscaba la Independencia de México (romper el yugo de los líderes españoles en México), los personajes que transitaban por la vida nacional, hablando de hombre y mujer, son el pelado y la china. Para mayor descripción de dichos personajes, me permitiré unas citas abundantes que realizará el escritor, Manuel Payno,

El lépero, procedente de padres pobres, artesanos, regularmente, pasa los primeros días de su vida, no entre el chiqueo y el regalo, sino llorando en una mala cuna, porque su madre regularmente es criada de alguna casa, y sus

quehaceres no le permiten cuidar con esmero a su hijo. Cuando ha crecido, se le manda a una escuela donde apenas aprende a mal leer, y cuando mucho a forjar imperfectas letras. El resto del día lo pasa en la calle, tirando pedradas (...) revolcándose en el lodo con algunos otros muchachos de su edad. Los padres por lo regular castigan con infinita crueldad las faltas leves del hijo, mientras le toleran otras graves, como por ejemplo el obsceno lenguaje, y los pequeños hurtos que comete en la vecindad.

El muchacho es grande, (...) es menester ponerle oficio. De hecho, se pone a la dirección de un maestro zapatero o carpintero, y allí tiene que aprender el arte por imitación, a fuerza de golpes y malos tratamientos. Si el muchacho es de mala cabeza, se enfada, huye de la casa paterna, y después de muchas aventuras, acostumbrado a la ociosidad, y necesitado de dinero para sus vicios, se convierte en ladrón, ratero o tahúr perpetuo. Un día lo cogen de leva y ya es un soldado. (...) Si por el contrario tiene buenas inclinaciones, aprende el oficio, se establece, se casa, y entonces como hombre honrado, se le ve con su ancha calzoneras con botonadura de plata, su camisa llena de randas, su mascada sujeta con un anillo al cuello, y su gran sombrero con chaparreras de plata: concurre sin embargo a los toros, a las pulquerías y las procesiones, porque su instinto de mezclarse con el pueblo, y confundirse en esas ruidosas alegrías de la plebe, no lo abandona jamás. (Payno, 1843: 136-137).

Y acerca de la china, nos cuenta,

En cuanto a la china, esa linda y eterna compañera de las aventuras, de las penalidades y de las alegrías del lépero, es menester buscarla en Puebla o en Guadalajara (...). La china no recibe una educación más esmerada que los varones. Se la enseña a coser y a guisar al estilo del país, a leer, y de memorias el catecismo del padre Ripalda; pero cuando ella tiene quince años conoce todo el valor de sus atractivos, y no piensa más que ostentar ese traje nacional tan elegante, tan peculiar de México, tan lleno de gracia y de sal. El cutis de la china es rosada, suave y delicado como una nutria; sus ojos aceitunados, ardientes y

expresivos (...). Este cuerpo tan seductor lo viste con la enagua interior con encajes o bordados de lana en las orillas, que se llaman punta de enchiladas (...).

La china a pesar de las alternativas, no deja de ponerse zapatos de seda, ni enaguas bordadas: es muy aseada en lo interior de su casa, lava la ropa con perfección, guisa su mole y unas enchiladas deliciosas, y compone admirable el pulque con tuna, piña o almendra (...). No hay fandango donde no baile ese jarabe, ese palomo, y esos sones, cuyos autores jamás se conocen, tan alegres y tan bulliciosos. La china es extremadamente celosa, y esto algunas veces la arroja en peligrosas aventuras; es por lo común desinteresada y noble, y posee una inteligencia natural y toda su existencia es de un amor que no varía ni con el infortunio ni con la prosperidad. Cuando su marido está en la cárcel no lo abandona (...) llora y suplica ante los jueces (...).

La china en fin, es un tesoro de hermosura, y un conjunto incomprendible donde sin embargo, así como el lépero, predominan las buenas cualidades, y las malas se desarrollan, por causa de su descuidada educación” (Payno, 1843: 130).

Me he tomado la libertad de poner engrosadas citas, puesto que me arrojan algunas cuestiones. Esta descripción de realidad, que entre tonos irónicos y un humor delicado y de risa discreta, es el relato de un evento en el cual pueden identificarse y cargarse de historia, de sentido, los habitantes del México independiente. Es una descripción que obedece también a las condiciones en que se desarrolla el nuevo proyecto, o el proyecto que siguió a la revuelta insurgente, al movimiento violento. Tales condiciones permitían pensar y dejaban ver esos rasgos, esas historias reales, que se desenvolvían en la calle, en lo popular.

Y es interesante también, cómo con estas descripciones llegan algunos aromas del presente y de la historia de México en general, podríamos encajar en estas ideas otros estereotipos de la mexicana y el mexicano, figuras que se fueron moldeando, cuidando hasta sacarles brillo en otras expresiones humanas posteriores como el cine,

el teatro, la pintura, la filosofía. Huele también a presente porque algunas ideas que parecieran añejas se pueden ver reflejadas en los días de hoy, en un vistazo a nuestro presente, no de igual manera pero incorporadas y aclimatadas en el presente.

El cuadro que presenta Manuel Payno se lee optimista y hasta socarrón, podría ser una imposición de modelos, o una descripción cargada de ideas propias, de atajos tomados en las decisiones. Ésta, que pareciera una estampa feliz, permite al *mexicano independiente* identificarse, y no sólo eso, sino también pensar esa figura, ese personaje como una opción viable para sobrevivirle a la vida, a los cambios y nuevos aires. Estas descripciones nos ponen a pensar en la construcción de los estereotipos a favor de quién, con qué objeto, todo visto desde ahora en aquellos tiempos, pero que sin duda puede motivarnos a indagar más en el presente.

Esos estereotipos de los sectores populares, subalternos, son un camino, una especie de destino que ofrece buenas recompensas, o de las peores la mejor, dejando de vez en cuando una opción para decidir. También vemos las ideas que se suelen tener acerca de la relación entre hombre y mujer, tan replicada y contada, llevada a los parajes de las grandes estrellas del cine en su llegada al cine mexicano. Payno nos invita a ver entre los sectores populares una metáfora que se ha quedado clavada en la mente de los mexicanos, y que entre cambios, adaptaciones y otra serie de estímulos externos, le permite relacionarse en la sociedad, dentro de los parámetros de lo mexicano, de las ideas puestas en la mesa. Estos personajes que en manos de aquellos que podrían emitir un mensaje, ya sea a favor, o en contra, o simplemente descriptivo, podrían pensarse como un mensaje que intente mantener mansas las aguas de los sectores populares. Pero como toda careta, se puede descubrir el rostro que se encuentra abajo, un rostro en búsqueda, que se ha encontrado por razones de la historia, más no de la inercia, ubicados en espacios, en lugares, en tiempos y entornos que los ubica en los sectores populares, en medio de una sociedad de clases, estratificada, ya racial, económica, ideológicamente.

Retomo a Ricardo Pérez Montfort, que opina lo siguiente, acerca del pueblo mexicano. “Y aunque fue este pueblo al que le novelista político pretendía moldear,

criticar o moralizar; también fue en sus cualidades y su creatividad en donde el narrador afirmó su nacionalismo y contribuyó a crear un *estereotipo nacional*". (Pérez Montfort, 1994: 51). Estereotipos fundados a partir de lo popular, y que se irían convirtiendo en su entorno histórico. Así, los escritores y cronistas que vivían la calle, que la observaban, comenzaban a dejar en papel o escuchando en la calle, el ir y venir en un suelo lleno de cambios y embistes de violencia en busca de intereses particulares y modificaciones sociales. Así, fueron surgiendo los lugares en la literatura en donde se podía ir mirando otro espacio, el ajeno, y no para que aquellos que eran descritos se identificaran, tomando en cuenta lo a veces lejana que estaba la lectura de algunos sectores, particularmente el popular. Las historias entonces, los relatos, internaban al lector, sea cual fuer su procedencia, en otros sitios.

Es de llamar la atención, sin embargo, que aún incorporados algunos visos de *descripción folklorista*, varios literatos del siglo XIX mexicano lograron captar acontecimientos y mundos que fueron más allá de la fiesta misma o del nacionalismo. Esto es: a través de las fiestas populares pudieron penetrar a lugares *prohibidos* para sus lectores, como las cantinas, los prostíbulos, los antros y todo aquello que constituía el *bajo fondo*. (Pérez Montfort, 1994, : 58).

Continuaría el autor adjudicando a la fiesta como la ruptura del orden cotidiano, como eso que puede trastocar lo establecido, por eso se busca encerrarle, encajonarle a ciertos espacios, a particulares maneras de ser, quizá sea rígido decir encajonarle, digamos, se le invitaba a mantenerse pasivo hasta cuando las situaciones lo creyeran necesario. El sector popular comenzaba a ser visible en la vida nacional y lo hacia por rumbos trazados con tiza en el suelo mexicano. Y la independencia ya dejaba sus estragos⁹.

En el transcurso del tiempo, sucedieron varias muertes relevantes en México, a fuerza de buscar una estabilidad o la conclusión de ciertos intereses que terminaban

⁹ También, el tiempo en que sucedió y posterior a la independencia, "significó la posibilidad de consolidar un nivel más acabado y concreto de *lo propio*, es decir, la defensa de un *ser*, ya no sólo americano sino particularmente mexicano, generando con ello los incipientes Estados-nación en todo el mundo colonial". Así lo piensan las autoras María Ana Portal y Xóchitl Ramírez (2010: 59).

en la subida a los cargos que detentaban el poder; aconteció la muerte de Iturbide, seguida por la figura de Antonio López de Santa Anna, se comienzan a escribir textos que se introducen en la historia de México, *Ensayo histórico de las revoluciones mexicanas (1831)*; tema que pone de manifiesto las ideas guardadas o contenidas en otros intereses llevados por los mandatarios de la Nueva España y luego la Independencia; se proclama emperador a Iturbide (1822); la proclamación de la república en 1847, se desarrolla la ocupación norteamericana; acontece la guerra de castas en Yucatán... con la instauración de la República se dieron distintas maneras de comenzar a pensar en lo que ya se venía figurando como lo mexicano, aquello que se venía moldeando bajo la bandera del nacionalismo, entre los temas que iban quedando rezagados, pero que de poco surgían a medida que el conocimiento y las nuevas veredas de la razón se iban colocando en el nuevo panorama de México. El tema de lo indígena, que se iba quedando como huella en las descripciones, los relatos, las historias, los personajes que se desarrollaban a través de la historia, era tema de importancia para otros sectores, como lo apunta las autoras María Ana Portal y Xóchitl Ramírez, a propósito de los tiempos del siglo XIX,

Este proceso tuvo necesariamente un impacto sobre la construcción de (...) los habitantes de la naciente nación mexicana ya que se pasó de mirar hacia fuera para confrontar y delinear el “quién soy yo” frente al peninsular; a un mirar hacia *adentro* para consolidar lo “que quiero ser” a partir de un proyecto propio (Portal; Ramírez, 2010: 59).

De tal manera que el indio se iba arraigando en el sector popular, en los límites de la pobreza, un poco gracias a las demarcaciones aún prevalecientes en la sociedad, pero mediante estas preocupaciones y reflexiones de lo que sucedía en el entorno, “Indios y mestizos (...) aparecían en escena en términos económicos, culturales y sociales” (Portal; Ramírez, 2010: 59), lo cual generaba nuevos cuestionamientos, nuevas maneras de identificarse, de pensarse en medio de un proceso y cambios que no cesaban en México. Así,

En el terreno de las ideas continúa el problema de cómo incorporar simbólicamente al indio, como parte de ese proyecto de nación criolla que surge en el México independiente con todas sus diferencias y sus contradicciones frente al mundo blanco. El problema del indio sería entonces analizado a partir de tres ejes primordiales: el racial, el monumental y el lingüístico (Portal; Ramírez, 2010: 60).

Se problematiza a un habitante de México que antes era, por decirle así, parte de la escenografía, que aparecía en los relatos, que era contado, pero que de su incidencia como participante de la construcción de una nación, poco se había preocupado. La vida nacional comenzaba a darse cuenta que ahí, en esa y desde esa preocupación se podrían generar repercusiones para la vida nacional, el indio, sus necesidades y pensamientos, sus acercamientos a la escuela, el aprendizaje más interesado por el español le pondría frente a su instante un nuevo camino, una nueva manera de apropiarse de su momento, de su espacio. Y esas nuevas ideas tendrían una especie de sustento al indagar y mirar que a lo largo del proceso histórico de la construcción de México, se buscaba rescatar el pasado indio para construirse la idea de lo mexicano.

A mitades del siglo XIX, tras la caída de Santa Anna y la promulgación de la Constitución de 1857, Benito Juárez comienza a llegar como vicepresidente en el mandato de Comonfort. Las leyes de Reforma se estipularían,

(...) encaminadas a terminar con la hegemonía eclesiástica e incorporar al mercado las tierras “en manos muertas”. Pero este proceso afectó no sólo a la Iglesia sino también a las comunidades indígenas a las que les fueron expropiadas grandes extensiones de propiedad comunal (...). Este proceso generó una gran tensión entre los indios, quienes eran cada vez más marginados de los fenómenos sociales y económicos de la incipiente nación, y fue perentoria la necesidad de incorporarlos como parte de la identidad nacional. (Portal; Ramírez, 2010: 65).

El indio surgía no porque se hubiera perdido, sino porque lo hacía en el México y la nación, luego de permanecer alejado de ciertas decisiones, de formar parte de una

estampa nacional. Podía comenzarse a pensar en lo indio, más allá de como lo propio, lo actual y pertinente. Benito Juárez, por sus características e historia de vida, parecía poder organizar un aparato que pudiera encontrar instrucciones para sanear esa problemática.

Con esto también, los espacios se modificaron y otros paisajes se hacían presentes en la capital del país, se insertaban y se afianzaban en los territorios de México, los sectores populares, los indígenas, mestizos, mulatos, criollos, que dejaban un poco de ser delineados con ese pincel de las razas, y eran ahora pueblo, pueblo en donde aún latía con saña lo indígena al tiempo que la iglesia moderaba a regañadientes sus enseñanzas. A estos tiempos, Pérez Montfort le otorga esta atención,

Al nacionalizar los bienes del clero, muchos espacios del centro de la ciudad fueron ocupados por quienes resultaron beneficiados por los decretos de Juárez y Lerdo. La nueva traza, que partía en calles y lotes a la mayoría de las grandes propiedades de la iglesia católica, fue sacando a los ricos del centro de la ciudad, dando lugar a un veloz creamiento de vecindades y barrios populares que rápidamente perdía el sabor rural (Pérez Montfort, 1994: 61).

Se escuchan ya los rumores provenientes desde espacios en donde se suele incluir al sector popular, los lugares de donde emanan estereotipos, personajes, los sitios que habitaban los que antes no lo hacían, se comienzan a combinar con mayor claridad las costumbres, las tradiciones, los lenguajes cambian, los nuevos habitantes de la ciudad comienzan a adaptarse a otro espacio. El sector popular, se traslada a otro lugar común.

También, comienzan a proliferar los diarios, las gacetas que daban noticias del presente, notas cargadas de opiniones, crónicas de eventos, de expresiones que se manifestaban en esos tiempos, (cabe mencionar que ya había antecedentes de publicaciones como *El siglo XIX (1840)*, *El Monitor Republicano (1844)*, *El Tiempo (1846)*...). En tales textos se vertían distintas posiciones de pensamiento, desde liberal hasta conservadora, en las cuales se podía interpretar el momento actual que vivía

México. Así, los habitantes en general tendrían acceso a los puntos de vista que les mostraban algo más allá de lo que vivían. Los periódicos, como intermediarios entre autor y lector, cada vez más iban tomando importancia en la pugna de un México que aún no terminaba de cuadrar en las necesidades de sus habitantes. A la llegada de Maximiliano, luego de la intervención francesa le sucedería el periodo de Porfirio Díaz, que traería consigo varios cambios en la organización y rumbo del país, aquí esgrimo algunas anotaciones de María Ana Portal y Xóchitl Ramírez,

Después del largo periodo de inestabilidad política y económica, el último cuarto del siglo XIX estará marcado por una figura controvertida pero fundamental: Porfirio Díaz. Su ascenso al poder y la dictadura que se ejerció durante cuarenta años tuvieron consecuencias (...). En el ámbito de lo político (...) logró consolidar una alianza entre conservadores y liberales (...). En lo económico dio un empuje definitivo a los procesos de modernización (...) con el orden legal de la Constitución de 1857, cuya aplicación se realizó a partir de la reinterpretación de la realidad social que elaboró el grupo hegemónico encabezado por el dictador.

El atraso nacional se explicó a partir del desorden social que había prevalecido hasta ese momento y cuyas causas se relacionaban con la pobreza generalizada y la ignorancia. La solución, entonces, radicaba en el desarrollo de la riqueza social, la cual era escasa y se encontraba en pocas manos (2010: 74).

Llevar el timón de una nación dividida y obtener buenos frutos trajo consigo vicios y algunos huecos en asuntos de importancia nacional, no obstante, los buenos bríos se comenzaban a observar, así lo relata Pérez Montfort, ante la entrada de México a la modernidad y sus ideas,

Con ella quedaría explícito el más contundente triunfo de la sociedad urbana sobre la sociedad rural. La expansión física, la recuperación de la primacía política, el aumento de la población, el cambio en los patrones de comunicación, cierta modernización tecnológica y la incipiente industrialización, serían los

acontecimientos más relevantes de la ciudad de México durante la última década del siglo XIX (1994: 61).

Ante estos importantes cambios en temas nuevos, que buscaban mantener al país a la vanguardia, enfrentando las condiciones históricas, la población trataba de insertarse en la modernidad, los cronistas y la novela seguían por la vereda de un ya pronto en desuso costumbrismo y romanticismo, para dar paso a un modernismo mucho más sofisticado, en donde poetas como Salvador Díaz Mirón se sentía más cómodo, con esas tradiciones que se daban en Latinoamérica y tenían su antecedente en Europa.

No obstante los intentos del periodo del Porfiriato, en el ámbito económico para otorgar beneficios a la gran mayoría de la ciudad, ésta crecía y la población aumentaba, las demandas ascendían y los intereses por un puesto en el ejercicio del poder que ya comenzaba a estancarse en sus ideas, trajo consigo algunas inconformidades entre la población,

La captación de capitales foráneos para impulsar el desarrollo económico, así como la centralización del poder en manos de un reducido grupo de ciudadanos azorados por la *Belle Epoque*, y el positivismo, dio pie a una profunda división de la sociedad mexicana (Pérez Montfort, 1994: 91).

A esto se suma el comentario de María Ana Portal y Xóchitl Ramírez,

Diversos intereses iniciaron el camino de convergencia hacia un punto que se hizo común en la mayoría: el cambio del orden social existente. Se trató de una convergencia momentánea, propiciada por la existencia de un enemigo común (...), la inconformidad de los diversos grupos sociales se hizo objetiva a partir de un vasto movimiento social que abrió nuevamente las puertas a una guerra civil: la Revolución mexicana (2010: 79).

Parecía entonces existir un rezago del sector popular en medio de cambios, de ideas venidas de Europa, de pensamientos que se acomodaban a las estructuras económicas, sociales, políticas, todo con el fin de llevar por un rumbo a la nación

mexicana. Transcurría el tiempo y de las inconformidades surgiría un momento histórico, que a ojos del presente, moldeó aún más la imagen del mexicano, el estereotipo emanado una vez concluida la Revolución, de su acomodo en el espacio, pasada la revuelta violenta, ese estereotipo que aún dejaba escapar tufos de lo indígena, de lo negado, del campo y las necesidades de trabajo, del buen reparto. El siglo XIX, entre tanto, cerraba sus páginas.

III.

REVOLUCIÓN MEXICANA

La segmentación del país se hizo evidente y ya se pensó en la ciudad de México como el punto en donde culminaría la empresa revolucionaria. Lo nacional comenzaba tomar algunos tintes diferentes, se retomaban ideas que aún seguían guardadas en la mente de los mexicanos y que en la historia poco tendría repercusión, de nuevo los líderes aparecieron con la encomienda de modificar en algo la vida nacional. Los sectores populares de la ciudad ahora convivían con mexicanos foráneos, los encuentros de la revolución trajeron intercambios, los mismos que dieron forma al estereotipo de lo mexicano revolucionario, que aun a estos tiempos seguía retomando añejas motivaciones,

Durante esa época de caudillos (...), el nacionalismo como parte medular del discurso político, sin dejar de lado su clásico tono demagógico bien recordaba los aires porfirianos, vivió un momento de esplendor. Fue en ese entonces cuando se delinearon los principales elementos de lo que hemos llamado estereotipos nacionalistas mexicanos. (Pérez Montfort, 1994: 113)

Ya lo mexicano se guardaba, se reforzaba entonces la apariencia de serlo, de parecer el mexicano que busca un mejor porvenir, el que se busca su espacio y lucha por él. El nacionalismo comenzaba llegar a puntos de regocijo, los sectores subalternos se hacían en armas y de ellas salía el fuego del mexicano que tomaba a la historia con violencia, sin tener mucho porvenir frente a él. La lucha inspiraba a pensar en el mexicano como aquél que se levanta en armas por sus pistolas. La primitiva incursión del invento llamado cine, ayuda a dar seguimiento a los acontecimientos de la Revolución, se podían ver los mexicanos ahí, se podían sentir orgullosos, o temerosos de un futuro incierto por el cual se luchaba con el fuego del infierno, expulsando entre balas, llamaradas de rencor.

La unidad en contra de un enemigo común fraguó un “nosotros relativo, momentáneo y confuso, cuyos desencuentros se manifestaron cada vez con

más claridad a medida que se debilitaba el poder contra el cual se enfrentaban (...), la Revolución de 1910 fue gran conmoción social, donde se confrontaron diversos proyectos de solución a los problemas que afectaban al país. (Portal, Ramírez, 2010: 79)

Con el paso de la Revolución y la llegada de diversos grupos congregados por la idea de la insatisfacción de necesidades, se dieron cita en la ciudad, como punto de concentración revolucionaria, mexicanos del norte y sur del país. Algunos se quedaban a probar suerte, otros volvían a casa¹⁰. Esto albergó entre la sociedad mexicana distintas maneras de convivir, identificables por su manera de enfrentar la vida social, política y económica. Comenzaban a escucharse otros acentos, los ropajes, las cananas se convertían en parte del atuendo diario del mexicano con aires de grandeza, porque lucha por su vida, su progreso, aunque éste se vea borroso. En la ciudad se conglomeraban y comenzaban a observar diversos estereotipos, que, como menciona Ricardo Pérez Montfort, son parte del nacionalismo cultural, “Si bien estos nacionalismos culturales gestados entre las élites revolucionarias (...) pretendían elevar el proceso nacional a una dimensión estética que debía ir más allá de la razón, produciendo mitos y símbolos capaces de transformar a la sociedad en que se desarrollaban” (Pérez Montfort 1994: 115). Sí, ya se comprendía que formar figuras, metáforas y dotarlas de un atavío sería más potente al momento de querer atraer nostalgias, de querer, al encumbrar a héroes y llenarlos de historias, dejar en claro un espíritu propio del mexicano que había posicionado a la sociedad en el lugar de tremenda duda en el que se encontraba. Para ir disimulando la inconformidad de los sectores subalternos, de los sectores populares, habría que introducir los ejemplos que otorgaban a la fallida revuelta un poco de decoro y apaciguaba los ánimos de un terreno cada vez más complejo de emparejar.

En el grupo de los revolucionarios se podían intercambiar toda clase de diversiones y juegos, de canciones y atrevimientos de la moral. Así entraron en

¹⁰ Acerca de este tema, la anécdota contada en la película *Vámonos con Pancho Villa (1935)*, de Fernando de Fuentes, puede acercarnos a aquellos tiempos.

contacto los corridos, los bailes propios de otras zonas del país.¹¹ “Como ya se afirmaba, el charro y al china poblana bailando un jarabe tapatío irían convirtiéndose en el cuadro mexicano por excelencia (...). Lo nacional no podía dispersarse demasiado, ni caso a tanta diversidad” (Pérez Montfort, 1994: 119), y así como lo comenta al autor, lo podemos ver desde ahora, en aquellos tiempos, en las fotos de la Revolución y en las imágenes que tenemos en la mente, algunas otorgadas por los libros, otras por el cine, unas más por la literatura que se interesaba en las hazañas de los revolucionarios y sus historias, autores como Martín Luis Guzmán y Mariano Azuela se preocupaba por recrear historias a partir del momento que acontecía. Entre los estereotipos, el charro suplía al pelado, porque el primero tenía entre su composición la características de luchar por su vida, su necesidad, su México, aquel al que con pistola en mano quería pertenecer, asistir al progreso que se iba dando. Su atuendo y actitud le venían bien a la figura de la china, que se quedaba intacta, a no ser por las adelitas que marcaba una diferencia en el pensamiento y acción de la china, pero que poco tuvo trascendencia, porque, quizá, la mujer aún no tenía conciencia de que también podía participar en la revuelta de manera activa, no en labores hogareñas, domésticas.

A la instauración del charro y la china (...) como símbolo de imagen estereotípica nacional contribuyeron por lo menos otros tres factores: la reacción conservadora fortalecida durante la década de los veinte y treinta que terminó por aliarse con la élite en el poder; la rápida evolución e influencia de los medios de comunicación masiva y las mismas necesidades de unión dentro del desbalagado grupo de gobernantes que supo aprovechar dicha imagen entre otras muchas cosas, como recurso discursivo aglutinador (Pérez Montfort, 1994: 123).

¹¹ Acerco aquí, un pasaje de la novela *Escuadrón guillotina* (1997), de Guillermo Arriaga, que si bien no se ubica como un relato fidedigno de la época revolucionaria, contiene algunas descripciones de aquellos días, “ Los festejos por la llegada de las tropas villistas a Tacuba continuaban (...). Se festejaba como sólo el mexicano lo sabe hacer y en donde el festejo es un fin y no un medio. Las parejas bailaban arrejuntadas, pegaditas, dándole gusto al cuerpo, restregando carnes para despertarles la corriente eterna. La música de acordeón que acompañaba los bailes ágil, grave se prestaba para el meneo rítmico articulado”.

Ya se configuraba lo que hasta hoy celebramos como digno de lo mexicano. aún ya existan y se vislumbren estudios que cuestionan dichas formas y figuras de lo mexicano, todavía así, la celebración del quince de septiembre genera gozo y maravilla, recuerdos y gritos de felicidad, ahora con un poco más de rencor, porque quizá se estén agotando las maneras, las metáforas, las figuras de un mexicano. A esto, agrego la opinión de Pérez Montfort, "(El nacionalismo cultural posrevolucionario), se manifestó sobre todo en la cultura y sus diversas interpretaciones del país: históricas, filosóficas y artísticas" (1994:161). Entre estas manifestaciones, se comenzaron a escuchar voces que se atrevían a verter sus opiniones en los textos, que sumaban su visión de lo mexicano, de esta conformación de la nación venida desde siglos atrás. Los pensamientos posrevolucionarios se hacían presentes ya que México se volvía complejo en su organización, y más aún porque el idílico proyecto de la Revolución había dejado vacíos y la historia de México se quedaba con rumbo incierto, ante este panorama surgía pertinente preguntarse acerca de lo mexicano, lo propio después de este acontecimiento que de algún modo alineaba a México con su tiempo y lo ubicaba, entre fallas y escaladas, frente a un horizonte nebuloso.

Aparecerían entonces, estudios que rascaban desde lo indígena hasta lo revolucionario, encontrando su relación, o quizá su correspondencia necesaria. El estereotipo comenzaba a tomar mayor fuerza en ámbitos y de maneras que antes no se pensaban podían generar un orden, pues si ya la segmentación ubicaba a cada uno dentro de un orden específico, ahora, esas figuras, particularmente las obtenidas del desarrollo del sector popular podían funcionar como estandarte, la imagen a seguir y/o la más feliz del mexicano aún en condiciones precarias, la fiesta, la maravilla que era aún prohibida o metida debajo del tapete, eran resaltadas. Las pulquerías comienzan a resurgir como el lugar de diversión: se conjunta a los mexicanos que participaron en la Revolución, y con la ayuda de los diarios, las películas incipientes que por ahí se escuchaba proyectaban, se mostraban la imagen, se codificaba en otros lenguajes, ya no se quedaba en texto, ahora se hacía dibujo, grabado, viñeta, lo mexicano se podía ver en forma, no sólo descrito, dejado a la imaginación, ahora se percibía, se veía a los habitantes de la ciudad, a los que iban armas en el lomo, calor

en el corazón. El mexicano, lo propiamente mexicano se vuelve visible, se le había nombrado pero ahora se ve, se puede reconocer, y si es algo que se puede ver, también se puede construir, armar lo que se quiere mostrar, lo que puede llegar al pueblo. Entre otras cosas, por eso se vuelve importante comenzar desde la superficie, para después de ahí saber lo que hay detrás.

Entre esas figuras y con todos los murmullos del pasado y el transcurso de la historia, el indio sigue siendo figura importante, la manera en que se le piensa, algo queda de esa historia y se le va a utilizar, se fundará con esa personificación de lo mexicano, al menos en apariencia, después en pensamiento, uno de los pesados yugos de la sociedad mexicana. “Ser indio” comenta Pérez Montfort para los tiempos posrevolucionarios, “equivalía a ser un personaje aparte, víctima de un pasado lejano y cuando mucho, simple pretexto para impulsar campañas políticas que a la larga se convertían en demagogia.” (1994: 168).

Entonces, ante la aparición de estos estereotipos, nuevas dudas se cocinaban. Nuevas corrientes de pensamiento y expresión artística llegaban a México, ya los vínculos y las llegadas convertidas en estancias en la Época de Porfirio Díaz dejaban abierta la vía para la comunicación. Se hacían viajes en grandes navíos, llegaban también las películas, los libros, las ideas imperantes y rozagantes de aquellos tiempos. Sucedió el movimiento cristero, lo que enunciaba la situación con la iglesia. La ciudad se comenzaba a organizar, lo cual, le volvía más *mapeable*, se podían también conocer los lugares de concentración, los sitios en donde se conjuntaba el pueblo. “En 1928, la ciudad de México se transforma profundamente: su composición pasa de municipalidades y ayuntamientos a delegaciones, incorporando a pueblos y barrios periféricos al lento proceso de urbanización que iniciaba de manera contundente en ese momento” (Portal; Ramírez, 2010: 92), comentan las autoras del libro titulado, *Alteridad e Identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*.

En medio de este tiempo de curso veloz, surgen preguntas acerca de eso llamado nacionalismo revolucionario, que desde las élites y puestos del poder,

buscaban transmitirse a los mexicanos. Surge el PRI con ideas conservadas aún de la revolución y sus rencores. Entre tanto, las mentes de los estudiosos mexicanos comenzaban a cuestionarse. “La pregunta de fondo en el debate era si los autores debían subordinarse a la demanda de la construcción de la auténtica nacionalidad o, por el contrario, habían de dar campo libre a la creatividad de las aristas.” (Portal; Ramírez, 2010: 129). Surgen textos que hasta ahora son revisitados para encontrar las dudas y testimonios que se generaban en aquellos tiempos en torno a lo mexicano.

SAMUEL RAMOS.

Entre los textos que despertaban aún más interrogantes y una que otra diatriba, se encontraba el escrito por Samuel Ramos en 1934, *El Perfil del hombre y la cultura en México*. Los tiempos de posguerra buscaban reubicar un orden mundial, México se encontraba en medio de variadas incertidumbres nacionales y su conexión con el exterior comenzaba a quedar rezagado en un mundo que se conectaba mediante transacciones, puertos e ideas. El texto de Ramos busca en la historia de México y encuentra, hasta ese momento algunos puntos relevantes, de los que más autores partirían, surge la incógnita de lo que ya se pensaba como lo mexicano, y nace también, un poco, en el sector popular. “Eminente figura del grupo de los Contemporáneos, Ramos expresa el pánico ante la masificación propia de la sociedad industrial y establece que los seres surgidos del progreso mexicano están heridos por un sentimiento de inferioridad.” (2002: 109). Esto comenta Roger Bartra acerca de las disertaciones del autor. Entre tanto hurgando las ideas de Samuel Ramos, podemos encontrar algunas que se insertan en este camino de lo estereotípico mexicano, visto y surgido desde el sector popular, y rescatando aspectos históricos, pues es posiblemente que estamos condenados a nuestra historia, o mejor aún, es ese peso que sentimos por las noches sin saber qué es, si el viento o un malestar muscular. Nuestra historia, los años en que México fue otro y los tiempos se vivían distinto.

Autores como Antonio Caso y Julio Guerrero ya habían ensayado algo acerca de lo propiamente mexicano, partiendo del estereotipo para después querer alejarse de

él. Julio Guerrero parte de la criminología para desentrañar la manera de ser del mexicano: un sujeto violento dadas las referencias que tenía de los hechos históricos que le precedían (Colonización, Independencia y intervención norteamericana). Pero, para entender un poco la cuestión del mexicano, Julio Guerrero, en un texto recopilado por Roger Bartra en su libro *Anatomía del mexicano*, parte de la definición legal del mexicano, para posteriormente ir desentrañando algunos aspectos de sus pasiones. Guerrero, menciona que ser mexicano “significa el individuo que por nacer en el territorio nacional, por provenir de padres mexicanos, por haberse naturalizado como tal, etcétera, goza en México de determinada clase de derecho” (1901: 49).

En tal caso, queda bastante claro lo que es ser mexicano y lo que en la legislación significa, pero la cuestión que se encontraba más allá del papel, es decir, del sentirse mexicano, del asimilarse como tal ante los demás, quedaba aún sin desmenuzarse en los estudios; la mención que se hacía del indígena mexicano, aquellos hombres y mujeres rezagados y convertidos en servidumbre o en figura de la historia, contenía este tipo de tintes,

Apenas en las rancherías de los pueblos vecinos se encuentran representantes puros de las antiguas razas aztecas, chalcas, mexicas, nahoas, etcétera, que antes poblaron estas regiones; pero están en un estado de degeneración tan honda y la depresión de sus espíritu es tan habitual, que si suele ser cierto que la alegría no les viene con la embriaguez, tampoco les viene con la ira. (Guerrero, 1901: 52)

Ese misterioso *etcétera* del que hablaba Julio Guerrero en su ensayo sobre las pasiones desbordadas al ingerir alcohol, esa parte de México quedaba a un lado al referirse de lo mexicano, se le mencionaba de esta manera, tratando de hacerla invisible pero presente, una especie de marca indeleble, cicatriz eterna.

Por otro lado, Samuel Ramos, glosa en su texto titulado *En torno a las ideas sobre el mexicano*, la importancia que tomó el flujo de personas durante la Revolución, lo cual iba formando el esqueleto de la Ciudad, sitio en donde se generaba esa idea de lo mexicano, “... los sacudimientos revolucionarios han tenido el efecto de movilizarlos

y hacerlos que se pongan en contacto. Especialmente la última Revolución, que los hizo desplazarse en todos sentidos, ocasionó una verdadera mezcla de todos los hombres del país” (Ramos, 1951: 111).

Entre tanto, Samuel Ramos acude a sus conocimientos filosóficos para proponer una visión del mexicano. Entre las aseveraciones que hacía el autor en su escrito, resaltaba para muchos el sentimiento de inferioridad, subrayado por Bartra, que acompañaba al mexicano durante su vida, un sentimiento que se detectaba en distintos niveles: en la política la adopción de ideas e ideales europeos que no eran completamente adaptables al tiempo mexicano, una especie de imitación de la vida y manera de pensar que se desarrollaba en la Europa de aquellos años. Y en lo individual, y en palabras de Ramos, “ (...) cada mexicano se ha desvalorizado a sí mismo, cometiendo una injusticia a su persona” (1934: 14).

Tal sentimiento de inferioridad, tiene para Ramos un principio bastante claro dentro de la mente de los mexicanos, “Me parece que el sentimiento de inferioridad en nuestra raza tiene un origen histórico que debe buscarse en la Conquista y Colonización. Pero no se manifiesta ostensiblemente sino a partir de la Independencia, cuando el país tiene que buscar por sí solo una fisonomía nacional propia” (Ramos, 1934: 15). La explicación del autor sonó poderosa entre los intelectuales de la época, y sigue resonando en las mentes actuales, basta acudir a otros textos también referentes en cuanto a la mexicanidad se refiere: por un lado, la soledad de los mexicanos explicada a través de sus momentos, figuras y actividades por Octavio Paz en su texto *El laberinto de la soledad*, del cual se tratará en otro momento en este texto. Y por otro lado el tono melancólico y metamórfico de Roger Bartra en *La jaula de la melancolía*. Si bien pareciera que los planteamientos de Ramos desataron varios textos en la misma sintonía, se debe a que sin duda pone de manifiesto el lugar que ocupaba en sus momentos históricos el mexicano, y logra dibujar varias dimensiones de éste mismo, sin quedarse en plantear una figura prevaleciente.

El mexicano ya no es sólo uno, sino comienzan a delinearse separaciones que ubican en distintos planos a la población de un México que terminaba de pasar la

saliva de la Revolución. Y es mediante las teorías psicológicas de Adler que Ramos habla sobre la inferioridad del mexicano:

Afirma Adler que el sentimiento de inferioridad aparece en el niño al darse cuenta de lo insignificante de su fuerza en comparación con la de sus padres. Al nacer México, se encontró en el mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores. (...) De esta situación desventajosa nace el sentimiento de inferioridad que se agravó con la conquista, el mestizaje, y hasta por la magnitud desproporcionada de la Naturaleza.” (Ramos, 1934: 51)

Así, Samuel Ramos comienza a encontrar una caracterización del mexicano, con relación a su historia, en una figura nombrada como *el pelado*, ya que para el autor, “constituye la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional”(1934: 53). Centrándose en una postura psicológica que envuelve todo su ensayo, ya que luego de que el nacionalismo revolucionario había puesto en la mira la figura, ahora habría qué preguntarse por las ideas contenidas en esas figuras, de tal modo, continúa el pelado

Es un individuo que lleva su alma al descubierto, sin nada que esconda en sus más íntimos resortes. Ostenta cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular (...) pertenece a una fauna social de categoría íntima y representa el desecho de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual es un primitivo (...) Ha creado un dialecto propio cuyo léxico abunda en palabras de uso corriente a las que da un sentido nuevo (1934: 54).

Como se puede observar, esta categoría atraviesa los ámbitos económicos y se sitúa en una escala social, ubicándose en un escalón nada privilegiado.

También, el pelado de Ramos, es agresivo y se ufana de su valentía, emparentándose así con el lépero descrito por Manuel Payno. Posteriormente, menciona que el pelado tiene dos personalidades, una real y otra ficticia, muy similar a las *máscaras* comentadas por Octavio Paz, muy al estilo en que el lépero se relaciona

con la vida, esa adaptación. Dichas personalidades tratan de encubrir una falta de la otra, casi siempre ocultando las debilidades y ensalzando cualquier voluntad y valentía, haciendo menor su sentimiento de inferioridad. Tales cuestiones, observa Ramos, podrían no converger con el aspecto de la nacionalidad, del ser mexicano, pues podrían ser provocadas por el hecho de ser proletario, mas, el pelado asocia, según Ramos, el concepto de hombría con el de nacionalidad.

Luego, en su escrito, Ramos hace un ejercicio similar, no tan profundo acerca del mexicano de la ciudad y el burgués, en donde las características que resaltan son la desconfianza y la inferioridad, el ocultar sus inseguridades aún a pesar de sus logros. En tal caso, el pelado representa para Ramos, el pasado y por lo tanto, el presente de lo mexicano, contiene los rasgos más identificables en la mayoría de los nacidos en México.

Como el mismo autor menciona, es en el pelado donde se encuentran con mayor claridad los presupuestos de Adler. El pelado es la figura que más reta dicho sentimiento de inferioridad, en su manera de ser y su ímpetu ante la vida que le toca vivir. Y es a partir de este texto y sus constantes revisiones que la identidad del mexicano se ha ido desarrollando, algunos coincidiendo y otros no, recordando que esta descripción hecha por Ramos se ubicó en un contexto particular, lo cual apunta a un progreso del mexicano mismo y de al forma en que se estudia. El fantasma del indigenismo sigue presente en los estudios forma parte innegable en las investigaciones que se elaboren sobre el mexicano.

Así, el pelado surge como otra metáfora para entender lo mexicano, ahora en los tiempos posrevolucionarios. Pareciera hasta aquí que el estereotipo seguía un curso evolutivo en el que a partir de los sucesos históricos, la aparición de nuevos pensamientos, tecnologías, comunicación internacional y el pasado propio, el mexicano del sector popular se iba acomodando en la nación mexicana. Samuel Ramos deja la duda abierta, pero también suma al estereotipo del mexicano características que antes no tenía, le dota de sentimientos, pensamientos, ideales, rencores, todo,

venido de una historia tatuada, rasgos que se aparecían ahí, en ese mexicano del estereotipo.

OCTAVIO PAZ Y EL MEXICANO PERDIDO EN EL LABERINTO.

El cine comenzaba a rescatar historias enmarcadas en el nacionalismo posrevolucionario, se compartían los resultados de toda una historia, “Las películas folclóricas y nacionalistas, de las que se hicieron en 1939 alrededor de veinte, siguieron ocupando un lugar privilegiado en el cuadro de la producción” (1992: 7-8), nos comenta el autor Emilio García Riera, en tal caso, había otra ventana que permitía conocer el ambiente y la vida que se buscaban transmitir al mexicano, y que en parte, también vivía. Por otro lado, el mural, *Sueño de una tarde dominical en la alameda central, (1947)*, realizado por Diego Rivera en encargo por los dueños del Hotel Prado; en el mural se puede ver en una especie de línea de tiempo congelada, mostrada horizontalmente y no vertical, como si se posicionara frente a nosotros, la historia de México con muchos de sus personajes, entre ellos y casi siempre en primer plano, queriendo salir del mural, el sector popular, indígenas de rebozos, el pelado, la china, la muerte, los policías, los héroes están ahí, aún, en ese mural que también da cuenta de lo mexicano. El muralismo en ese entonces, del cual Diego Rivera fue parte importante, se empeñaba en mostrar la mirada de un mexicano contemporáneo de aquel entonces; así, con esas ideas, esas formulaciones plásticas e ideológicas, se llenaron las paredes de edificios oficiales, lugares de concentración popular, se buscaba hacer latente una figura. En otro lado de la vida, el pintor José Clemente Orozco interpretaba el pasado mexicano y lo hacía aún más doloroso, lejos de lo colorido de Rivera, se insertaba en los colores del fuego y la tierra, en los grises que apabullan en sus obras, en las gigantes figuras que hacen incómodos gestos e insultan a la historia.

Los puntos de vista se polarizaban, se cuestionaba más y más a la historia, se encontraba en el sector popular algo de vestigios de lo que nunca pudo visualizarse como proyecto de nación, como lo propio de este nuevo continente, lo popular

catalizaba las preguntas, de las respuestas se obtenía varias interpretaciones. Por eso, se buscó desmembrar al mexicano a partir de los rasgos más característicos del sector popular, y no sólo eso, sino como lo había hecho Samuel Ramos, del sector popular y su entorno, los demás personajes de la vida nacional.

Parecía entonces que de estar solos y mantenerse alerta para sobrevivir, se trata la vida. México, el país del pasado enraizado y la rica historia, padecía de un mal que parece acompañarle por cada proceso histórico: la soledad. Roger Bartra lo apunta en su texto y lo acompaña de la melancolía, por su parte, Octavio Paz, en uno de los textos que ha marcado el pensamiento sobre el mexicano (y es notable referencia al hablar de la identidad del mexicano) elabora un ensayo crítico y abundante sobre la sociedad mexicana pos-revolucionaria. Una sociedad que se quedó en vilo, esperando una reordenación de modelos y pensamientos.

Pero para comenzar a hablar sobre el mexicano en su libro, *El laberinto de la Soledad*, Octavio Paz retoma una figura en donde a su parecer podría vaciarse lo que en su actualidad era el modelo del mexicano, un mexicano perdido, adueñado de un espacio que le toco construir debido a un autodesierto: testigo viviente de un fenómeno que se presentaba en la ciudad de México, la partida hacia otros rumbos. Aparece el Pachuco, al cual, el autor define así:

Como es sabido, los “pachucos” son bandas de jóvenes, generalmente de origen mexicano, que viven en las ciudades del Sur y que se singularizan tanto por su vestimenta como por su conducta y lenguaje. Rebeldes, instintivos, contra ellos se ha cebado más de una vez el racismo norteamericano. Pero los “pachucos” no reivindican su raza ni la nacionalidad de sus antepasados (...) El “pachuco” no quiere volver a su origen mexicano; tampoco – al menos en apariencia – desea fundirse a la vida norteamericana.(1950: 148).

Algunos aspectos me parecen peculiares de esta definición, de inicio, una pregunta, ¿por qué comenzar con una figura que se encuentra en los linderos de México, un ensayo sobre lo mexicano? Suele suceder que cuando uno mismo se ve desde afuera, desde los ojos de otro se pueden identificar aspectos que no hubiéramos visto desde

dentro, así, considero que para Octavio Paz, el pachuco era ese mexicano que ha buscado su propia sobrevivencia, que ha sobrevivido a la soledad de un país que es ciego ante unos y lúcido para los demás. El pachuco es usado como el pretexto para comenzar a hurgar en las entrañas de lo mexicano, es aquel que se lleva lo que le es propio y en donde es ajeno resalta por ser diferente, y ahí, en la diferencia, resaltan sus rasgos más notorios. Con esto no digo que el pachuco sea el mexicano en su máxima expresión, pues como lo afirma el autor en la cita, no quiere volver a su origen mexicano, pero tampoco puede deshacerse de él, lo tiene, lo conserva y cuando lo es conveniente, lo resalta. Es la figura de un mexicano marcado por su memoria, por su pasado, como el campesino de Roger Bartra.

Por un lado esto, y por otro, encuentro en la definición arriba citada un cierto eco de lo que Samuel Ramos entiende como el pelado, aquel sujeto que ha sido ninguneado y señalado por no pertenecer al mexicano común, al de esa época. El pelado, como el pachuco y el campesino, se caracterizan por un lenguaje peculiar, transformado y apropiado. La conducta, en el caso del pelado y el pachuco es resaltada por los autores: rebelde, retadora, a disgusto con aquellos que les toman por extraños y poco honorables. Entonces, podría ser, temiendo errar, el mexicano perdido, el mexicano que ha permanecido ahí, expectante del acontecer diario y la mirada displicente. Ambos, pueden compartir una especie de esencia mexicana.

Más adelante también, el campesino aparece en el Laberinto de la Soledad, ese ser que está presente en la mente de aquel que piensa en México, en su historia de Revolución y revuelta, de películas de Fernando de Fuentes y *Allá en el rancho grande*. El mexicano que se esconde tras el pasado y se convierte en un sucio espejo en donde no deseamos reflejarnos, “Los campesinos, remotos, ligeramente arcaicos en el vestir y el hablar, parcos, amantes de expresarse en formas tradicionales, ejercen siempre una fascinación por el hombre urbano. En todas partes representan el elemento más antiguo y secreto de la sociedad”. (Paz, 1950: 203). Es pues, el campesino una figura central de la identidad mexicana, está presente en la geografía, a veces convertido en paisaje, otras en atractivo turístico y otras menos en parte importante de la nación mexicana. Octavio Paz, le otorga entonces ese lugar que ya había mencionado Bartra,

esa parte de México que parece estar cada vez más borrada, que existió sólo en los libros y en las postales, pero sin duda alguna es una de las anclas en donde la identidad del mexicano se ase. Es el campesino en donde se pueden encontrar muchos rasgos del actual mexicano ciudadano, su manera de hablar, sus costumbres al comer, sus fiestas y celebraciones; y es también parte de varios fenómenos que se dan en la actualidad y ayudan a esa mutación en las identidades, me refiero a la migración y la veloz marcha de la urbanización hacia las circundantes del Distrito Federal. Tales fenómenos surgen de las necesidades y la cada vez mayor población citadina.

Estos fenómenos tienen ingerencia relevante en las actitudes y maneras de pensar de los mexicanos, particularmente de los habitantes de la Ciudad de México. También la migración hacia Estados Unidos y el constante regreso de los emigrados trae consecuencias que fomentan un cambio en la manera de asimilarse y relacionarse socialmente, pero ese será un tema a abordar más adelante.

Y es del pachuco de donde Octavio Paz parte hacia una de las premisas de su ensayo: la soledad, de los individuos y la sociedad, la propia y la del otro, aquella soledad que nos hace diferentes pero nos acerca en la medida en que la compartimos. El autor encuentra esa soledad en el mexicano, una soledad que no es comparable con la inferioridad, aquel rasgo que Samuel Ramos resaltaba en el mexicano, en este caso Octavio Paz discrepa con Ramos y apunta:

La existencia de un sentimiento real o supuesta inferioridad frente al mundo podría explicar, parcialmente al menos, la reserva con que el mexicano se presenta ante los demás y la violencia inesperada con que las fuerzas reprimidas rompen esa máscara impasible. Pero más vasta y profunda que el sentimiento de inferioridad, yace la soledad. (Paz 1950: 154).

Como el autor menciona, la soledad hace distintos a los sujetos, y ese sentimiento se acrecienta en el mexicano, que de su historia sabe los rumbos extraños, los atajos y las decisiones que en su momento han tomado los líderes, la búsqueda de un país, una patria, una república, una tierra. Un espacio en la historia en donde a todo momento se busca el pasado, la raíz indígena que fue concediendo el lugar a la colonia. “La

historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, “pocho”, cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea.” (Paz, 1950: 155).

Así, Octavio Paz va encontrando algunas rutas mediante las cuales encuentra esa búsqueda del mexicano en medio de su soledad. El lenguaje es una de ellas, la manera en que encarar la vida. El habla particular de los mexicanos atrae a Paz y encuentra en ella una especie de máscara con la cual enfrenta su día a día, además de encontrar piezas claves para identificar la manera en que piensa el mexicano y se relaciona. Encuentra en las palabras usadas un buen artefacto para definir algunas actitudes del mexicano, diferente a otros:

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la “hombría” consiste en no “rajarse” nunca. Los que se “abren” son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre en otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, “agacharse”, pero no “rajarse”, eso es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad (Paz, 1950: 75).

Desde este ejemplo parte a su propuesta de las máscaras, entendido aquí como los roles que en el mexicano estaban latentes en el momento en que Paz escribió su ensayo; roles que sin duda aún pueden encontrarse en nuestros tiempos, en donde definitivamente los pensamientos sobre los papeles de hombre y mujer que se desarrollan en las ciencias sociales del mundo tienen gran ingerencia, pero también es notable el particular modelo de familia que en nuestro país sigue prevaleciendo, cuestiones que saltan a la vista en diversos blancos a los que se dirige la mirada como los medios de comunicación que día a día presentan una programación en donde se manejan los roles tal como Octavio Paz lo presenta, con la figura del hombre predominante y la mujer merecedora de todo respeto, pero también ama de casa y de oportunidades pocas.

No obstante, el autor va más allá de sólo los roles, asiste al término de la simulación y la disimulación en tanto estrategias de los mexicanos para salir de su soledad.

No sólo nos disimulamos a nosotros mismos y nos hacemos transparentes y fantasmales: también disimulamos la existencia de nuestros semejantes. No quiero decir que lo ignoremos o lo hagamos menos (...) Los disimulamos de manera más definitiva, radical: los ninguneamos. El ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien, Ninguno (Paz, 1950: 183).

Paz ha añadido un concepto que parece importante rescatar, la simulación, aparentar y esconder algunos rasgos, algunas cualidades que de pronto nos surge como incómodas, entonces encontramos una manera de hacernos diferentes, simulando, haciendo de nosotros una página en blanco en donde podemos trazar otra geografía de nosotros mismos, un *nuevo rico* que pretende no ser más aquel que de días pasados, de gustos humildes. La simulación entonces nos puede permitir, en dado caso, retar y afrontar el presente desde una posición distinta.

Ahora bien, destacando los puntos que en el ensayo se proponen, aparece el tema de la muerte y la aparente actitud desfachatada y de celebración que en los mexicanos es notable y reconocida en muchos lugares del mundo. La muerte en la visión de los mexicanos merecen un apartado en *El laberinto de la soledad*, como lo hizo Bartra y lo han hecho otros autores, pues es sin duda uno de los rasgos más recurrentes, que entre otros temas tiene que ver con la herencia prehispánica, con la relación que existía entre la muerte como suceso necesario entre las civilizaciones precolombinas.

La reflexión que Octavio Paz elabora acerca de la muerte, rebasa el simple hecho de verse sin temor, pues lo entiende también como una indiferencia ante la vida misma, ya no es ese paso de un ciclo a otro, es simple. Y sin embargo, al muerto se le sufre, se llora porque no estará más y se pasa una noche en vela esperando su buen descanso. Pero el mexicano se refugia en la fiesta para evadir a la muerte, se hacen versos de ella, burlándose, retándola y haciendo de la muerte un personaje, una

caricatura. El mexicano no le teme a la muerte, tal vez, se tema a sí mismo y busque en la muerte una aliada para no perecer entre su soledad. Sin embargo, queda claro que esta relación íntima con la muerte, con el suceso obligado tiene que ver con su pasado y con la historia de los antiguos pobladores.

Dentro de su ensayo, Octavio Paz asevera algunas definiciones acerca del mexicano, concepciones que devienen de un transcurso en el tiempo, de un constante dibujo que se hace del mexicano tanto en otros continentes como en su mismo espacio. El mexicano puede ser visto como una caricatura, sentado bajo el cactus en donde se esconde de las penas que el viento le sopla, compartiendo la tristeza con la fealdad de la luna, bebiendo tequila para no olvidar su tierra y limpiando su bigote para que no se le diga que es un pinche mexicano más. Sí, suele ser caricatura como muchas otras, como el gringo, como el gachupin, el sudaca, el amarillo. Pero para Octavio Paz, “ El mexicano es un ser insondable (...), traición y lealtad, crimen y amor, se agazapan en el fondo de nuestra mirada” (1950: 202).

Y no es gratuito que Octavio Paz vaya perfilando en los últimos capítulos de su ensayo, una breve narración crítica de los sucesos que fueron marcando y dejando todas estas huellas en los mexicanos; esa serie de acontecimientos que fueron creando a ese mexicano solo, inseguro, inferior, agachado del que algunos autores hablan.

La conquista y la colonia son los cimientos de la soledad del mexicano, ese proceso en donde la llegada de los conquistadores significó todo un descubrimiento y una ruptura también con los saberes de los habitantes de Tenochtitlan. Pero como lo menciona el autor, bajo esas ideas occidentales aún se encuentran antiguas creencias y costumbres, y son esas las que hacen del mexicano un ser particular, pero también son aquellas de las que reniega, de las que quiere olvidarse por no ser más que rescoldos de la historia, sucesos de un libro que no existen más y no habría porque rescatar. Pero están, sobreviven y se transmiten.

Los ideas de construir a la Nueva España se olvidaban de que los habitantes de ese nuevo descubrimiento estaban ahora desolados, apartados de lo que era su momento y ahora, dentro de su creencia, comenzaba otro ciclo ante el cual estaban

dóciles. El mexicano, de alguna manera, se fue construyendo solo, con el mando de unos cuantos. El mexicano se fue haciendo de muchos colores y su sangre parecía no ser una, sino muchas.

La historia de México y su desarrollo ha marcado a sus habitantes y por más que las marcas sean señaladas por las ciencias sociales, siguen ahí, porque es la historia que llevamos tatuada, que pesa y duele, y en el dolor profundo posiblemente esté la negación. Una negación a esa espina que no se puede salir, que viaja por la sangre y nos hace del mexicano ese ser que describe Octavio Paz, insondable, el macho, la Virgen, la creencias. Esa espina que el autor encuentra, como se ha dicho, en la Colonia, y es ahí en donde la identidad del mexicano tiene su molde primigenio, "(...) el carácter de los mexicanos es un producto de las circunstancias sociales imperantes en nuestro país; la historia de México, que es la historia de esas circunstancias contiene a todas las preguntas. La situación del pueblo durante el periodo colonial sería así la raíz de nuestra actitud cerrada e inestable" (Paz, 1950: 208).

Y es posible que esta aseveración contenga alto grado de razón, que los fantasmas que se encuentran detrás de la identidad del mexicano tengan su hogar ahí, en la Colonia, en donde comienzan a surgir los mexicanos, desde su origen han padecido los males que los autores de la identidad han identificado, el ser agachado, el estar dominado, el ser un subordinado, es un reflejo lastimero de lo que fue la Nueva España. El tiempo sigue su curso, con los rumores de un pasado que aun manda y se mantiene vivo en las voces y el andar de los mexicanos. Paz determina, " (...) el mexicano no quiere o no se atreve a ser el mismo" (1950: 210). Pero en dónde encontrarse si parece ser que un recuerdo maligno mantiene bajo el hechizo de la noche triste al mexicano, cómo atreverse a ser él mismo sin saber con plenitud lo que no quiere ser, cómo encontrar otro camino del que se ha seguido hasta ahora y el cual parece tener tatuado en su seno. El mexicano cruza entonces por un llano extraño, lleno de fantasmas y paisajes, con la voz del viento haciendo eco de Juan Rulfo. Para tal imagen, servirá una cita de Octavio Paz,

Es imposible no advertir la semejanza que guarda la figura del “macho” con la del conquistador español. Ése es el modelo – más mítico que real- que rige las representaciones que el pueblo mexicano se ha hecho de los poderosos. Caciques, señores feudales, hacendados, políticos, generales, capitanes de industria. Todos ellos son machos, chingones (1950: 220).

La historia entonces parece haberse quedado congelada, o ser una acuarela eterna que aún no pierde el color y el mexicano está destinado a verla por mucho tiempo.

No obstante, para Octavio Paz se vuelve importante escudriñar en el orden Colonial, pues es “(...) imprescindible la determinación de las notas más salientes de la religiosidad colonial (...) nos mostrará el sentido de nuestra cultura y el origen de muchos de nuestros conflictos posteriores “(1950: 241).

Y puede haber mucho de razón de su comentario. En tal caso, el ensayo de Octavio Paz trata de hacer de la historia un espejo en donde podamos observarnos y así mirarnos para identificar nuestras marcas y las huellas que siguen ahí, para después tratar de descifrar cómo borrarlas.

El mexicano y la mexicanidad se definen como ruptura y negación. Y, asimismo, como búsqueda, como voluntad para trascender ese estado de exilio. En suma, como viva conciencia de la soledad, histórica y personal. La historia, que no nos podía nada sobre la naturaleza de nuestros sentimientos y de nuestros conflictos, sí nos puede demostrar ahora cómo se realizó la ruptura y cuáles han sido nuestras tentativas para trascender la soledad” (Paz, 1950: 227)

Entonces es en el espejo, en donde al vernos podemos descubrir más de lo que vemos, la historia del mexicano actual, como se ha venido resaltando es la historia de su país; habrá entonces que encontrar su interacción y la manera en que se han ido dejando en la historia. Es pertinente resaltar la importancia que Octavio Paz otorga a la palabra chingada, una palabra que parece develar una parte del mexicano, que insinúa una radiografía de su identidad y la manera en que se relaciona con los otros. La chingada,

una mala palabra, un saludo, un halago y hasta un insulto de muerte, es la chingada particular en el mexicano, es la palabra y el concepto, es pensar en una manera de enfrentarse al mundo. Una grosería que en el español suele usarse bajo distintas connotaciones, pero que sin duda, y luego de la revisión de Paz, toma una importancia mayor en nuestro país; "(...) conocerla, usarla, arrojándola al aire como un juguete vistoso o haciéndola vibrar como un arma, es una manera de afirmar nuestra mexicanidad." (Paz, 1950: 212), el autor encuentra en el variado tono de la palabras esa afrenta que el mexicano tiene con la vida, con sus similares y ajenas, aún mejor, es para el mexicano la palabra que los separa de los demás, la chingada le vuelve mexicano y no más, porque como menciona el autor, la chingada es la madre, es de donde venimos, es la Malinche y es la madre que parió. Aludir a la chingada es aludir a la madre, a la figura femenina que subyace en la piel del mexicano. La chingada resuena en las cabezas de los mexicanos y les apasiona, torna la felicidad en violencia, pero también la chingada envalentona, agrade y lastima. Sí, la chingada separa al mexicano de los demás, de todos aquellos hijos de la chingada, "¿Y quiénes son los demás? Los demás son los "hijos de la chingada", los extranjeros, los malos mexicanos, nuestros enemigos, nuestros rivales, en todo caso, los otros" (Paz, 1950: 212). Puede ser la chingada ese extraño cristal por el que mira el mexicano, aquel que siempre se está cuidando de no ser chingado y de encontrar la manera de chingar.

Así la palabra se ha extendido hasta la literatura, pues su uso constante merece una atención especial, más aun cuando detrás de ella se esconden tantos significados, tantas visiones y percepciones de un exterior que a todas luces quiere chingar. Carlos Fuentes escribe en el mismo tono que Octavio Paz acerca de la chingada en su libro, *La Muerte de Artemio Cruz*:

Tú la pronunciarás: es tu palabra: y tu palabra es la mía; palabra de honor: palabra hombre: palabra de rueda: palabra de molino: imprecación, propósito saludo, proyecto de vida, filiación, recuerdo, voz de los desesperados liberación de los pobres, orden de los poderosos, invitación a la riña y al trabajo, epígrafe del amor, signo del nacimiento, amenaza y burla, verbo testigo, compañero de fiesta y de la borrachera, espada del valor, trono de la fuerza, colmillo de la

marrullería, blasón de la raza, salvavidas de los límites, resumen de la historia, santo y seña de México: tu palabra (...)(Fuentes, 1987: 143).

Es la chingada una palabra en donde pueden verse distintos matices del mexicano, de ese mexicano que carga con el costal de la Colonia, con esa historia marcada en su frente; la chingada le llama al mexicano y el obedece para no salir de ese molde.

El mundo atravesaba la segunda guerra mundial, crisis económicas, la vida nacional se relacionaban aún más con lo externo, las políticas cambiaban. Los sectores subalternos se comenzaron a congregarse en el mundo y como si se estuviera haciendo una copia calca del pasado, comenzaba la detonación en Europa y así seguía la cadena, llegaron los movimientos de los sesenta, los cambios en nuevos conocimientos, en los pensamientos, la química, la filosofía. Las revoluciones en Latinoamérica y el Caribe despertaban nuevos ideales, los mexicanos accedían a nuevas maneras de vivir, a nuevos lenguajes, muchos provenientes de Estados Unidos. Aparecían importantes estudios sobre lo mexicano, se sumaba la literatura de la onda, los escritos de Carlos Monsiváis, la música, lo mexicano se expandía y arrastraba aún su historia, sus extraños valores.

También en otro ámbito, la nación se dividía con tinta fluorescente, entre lo rural y lo campesino, y dentro de lo rural aún se mantenía la estructura social y económica, pero lo rural y lo campesino parecían dos ideas que no se confrontaban y menos se sumaban, la vida rural era para los rurales, la campesina para los campesinos.

Entre los estudios, nuevas escuelas y vertientes comenzaban a polemizar el tema, la antropología mexicana se preocupaba por los temas propios de su historia, y su presente también. Lo campesino se aparecía entre las interrogantes, lo campesino fuera del sector popular, un tanto aislado, fuera de lo rural.

Las interpretaciones orientadas por el materialismo histórico fueron ganando terreno en un contexto social caracterizado por la emergencia de una serie de movilizaciones campesinas, en las que se expresó, como tendencia central, la demanda

por la redistribución de la tierra. Entre estos pensamientos en ebullición, surgiría un texto que pondría a interactuar antiguos personajes, estudios, reflexiones, estereotipos, ideas de lo mexicano, y además le dotaban de una cualidad a la historia mexicana: la melancolía. Roger Bartra, en 1987, escribía la *Jaula de la Melancolía*. El texto surge importante porque recababa lo ya trabajado y se cuestionaba, desde su lugar, lo mexicano. Y para hablar un poco de la formación de Roger Bartra, pido licencia a las autoras Xóchitl Ramírez y María Ana Portal,

(...) reconocido por su impulso de la discusión sobre el modo de producción asiático (...) y en general por su esfuerzo editorial para la difusión de la teoría marxistas, desarrolló una interpretación problemática agraria en la que el concepto de *modo de producción* constituyó su punto de partida en cuanto que éste permitía comprender el conjunto de las relaciones sociales. Identificó la coexistencia, en la agricultura mexicana, de dos modos, de producción: el capitalistas y el mercantil simple (...). Desde este punto de vista afirmó que, en sentido estricto, sólo existían tres clases sociales fundamentales: *la burguesía agraria, el proletariado rural y el campesinado*(...). En la perspectiva de una mayor penetración de las relaciones capitalistas en el campo, (Roger Bartra) concluyó con una tesis que causó un gran debate: el aceleramiento de los procesos de descampesinización y la tendencia a la desaparición del campesinado lleva a engrosar las filas del proletariado agrícola (...). Bartra introdujo una serie de cuestiones fundamentales que tanto él como otros autores desarrollarían en el futuro, entre los más sobresalientes: la caracterización del Estado mexicano, la construcción del discurso del nacionalismo revolucionario y el ejercicio del poder e mexicano. (Portal; Ramírez, 2010: 236)

Con estos antecedentes, herramientas teóricas, habiendo estudiado otras maneras de relacionarse con el entorno, y una distancia considerable de los hechos revolucionarios, Bartra somete a cuestionamiento y juicio los puntos que en su manera de observar eran medulares de lo mexicano en ese momento, con la carga histórica, con las figuras típicas rondando las fiestas, las celebraciones. Roger Bartra

pudo identificar un tema que no había salido a la luz de los cuestionamientos, un tema que tenía que ver con lo político, económico y social, y estas tres cuestiones ya presentaban avances en cuanto al análisis y reflexión. La manera en que lo llevó Bartra fue una particular y despertó varias opiniones.

ROGER BARTRA Y EL AXOLOTE.

En Roger Bartra, hallamos una voz crítica y juguetona, que reta a las antiguas voces que han estipulado lo que es ser mexicano, cómo se conforma, cómo piensa, por qué lo hace. Bartra toma varios estereotipos de lo mexicano y los cuestiona y ubica en un ensayo agrisulce en donde impera la duda y rudeza contra el mismo mexicano y contra aquellos que han conformado el perfil del mexicano. Da una revisión a autores y los pone a conversar. Todo en sincronía con breves comentarios sobre el axolote, que para el autor “es una metáfora viva de la soledad” (Bartra, 1987: 62).

Entre tanto y comenzando con la crítica que el trabajo de Bartra plantea, asume que

Los estudios sobre lo “mexicano” constituyen una expresión de la cultura política dominante. Esta cultura política hegemónica se encuentra ceñida por el conjunto de redes imaginarias de poder, que definen *las formas de subjetividad* socialmente aceptadas, y que suelen ser consideradas como la expresión más elaborada de la cultura nacional. Se trata de un proceso mediante el cual la sociedad mexicana postrevolucionaria produce sujetos de su propia cultura nacional, como criaturas mitológicas literarias generadas en el contexto de una subjetividad históricamente determinada (...) (Bartra, 1987, p. 15).

Como hemos mencionad *La Jaula de la melancolía*, busca desentrañar esos mitos del mexicano, esa base en donde se cimienta el orgullo y el nacionalismo, en este caso el campesino es una de las primeras figuras que surgen como emblema de lo mexicano,

El héroe (...) es un personaje singular, pues pertenece a una estirpe de seres dolientes y agraviados. Es un ser extremadamente sensible, temeroso, receloso y susceptible. Este héroe campesino ha sido encerrado en un calabozo lógico, emparedado entre un pasado de salvaje miseria y un presente de bárbara riqueza. Ha sido éste el punto de partida de la definición del mexicano del siglo XX. (Bartra, 2006: 38).

Ahí en donde el campesino sufre y aguanta, puede ubicarse la figura del naco, que si bien, como he mencionado, no es el mito que se ensalza y se ubica en museos, es otra parte del mexicano, una porción acompañada de sentimientos de falta, de nostalgia y de recuerdo. Bartra, prosigue y encuentra en la creación literaria de autores como José Revueltas, esa nostalgia y drama que acompaña al campesino. Y la historia le da la razón a Bartra, cuando asegura que, “El estereotipo del campesino, como ser melancólico, ha llegado a convertirse en uno de los elementos constitutivos más importantes del llamado carácter del mexicano y de la cultura nacional” (Bartra, 2006: 47). Ahora conviene poner atención en las palabras de Bartra cuando se refiere al mexicano moderno,

El mexicano moderno aparece aún más borroso y desconocido que el indio: su invención, sin embargo, es indispensable para fundamentar y consolidar el nacionalismo del nuevo Estado de la Revolución mexicana. El mito del indio, con su inevitable caudal de tristezas rurales, no es suficiente; el mexicano moderno debe contener la tragedia del mestizaje en un contexto urbano. (Bartra, 2006: 123).

Y continúa caracterizando al pelado:

(...) el *pelado* desconfiado, realista, escéptico, pesimista, indisciplinado, desordenado, terco y manifiesta una “crueldad doblemente ancestral” (indígena y española) (Bartra, 2006: 123).

En su recorrido por la historia, Bartra identifica problemas latentes de la vida mexicana, que se guardan en sus libros, en sus maneras de contarse y guardarse en el

tiempo. En los estereotipos se pertrechan faltas y huecos, vacíos que apelan a la organización de una sociedad, de un país que surge de la mezcla, se acomoda entre revueltas y vaivenes de intereses. El caudillismo contribuía a erigir héroes y personas en las cuales confiar en la tarea de llevar el país, de establecer las normas y leyes que permitieran una estabilidad, una especie de calma en donde cupiera el orden, que no siempre beneficiaba a todos los habitantes del país.

Con el libro de Roger Bartra se dejan abiertas varias preguntas, la historia sigue siendo una fuente de respuestas, ahora hay que comenzar a retomar textos, a generar nuevas formulaciones. El sector popular ya se ubicaba en la ciudad, se sabía que ahí vivía, se desenvolvía. El mexicano aún sigue teniendo su espejo, un espejo empañado y roto, en el sector popular. Ese sector popular, esa manera de habitar de la cual surgen los personajes, las maneras de entender el desarrollo de la vida cotidiana. Roger Bartra, igual que sus antecesores, busca entre la maquinaria nacional, las ideas generadas en ciertos contextos que dieron vida a la figura de la mexicano. En el presente, ¿qué estereotipo nos mira a los ojos y nos brinda una sonrisa socarrona? Ya Octavio Paz adelantaba la migración hacia el norte de los mexicanos, no podemos dejar de contemplar la migración dentro de nuestro país, la llegada de grupos de Sudamérica, la salida de mexicanos a Europa, la conexión que se tiene con el mundo, y el mundo como está conectado se presentan como marco en el panorama de lo mexicano. Las representaciones en el arte, la literatura, la música, hablando del sector popular, también cambia, se adecua al presente y algo debe de estar cambiando.

IV.

NAQUITUDES DEL SIGLO XX DANDO ARAÑAZOS AL BINARIO SIGLO XXI

naco², ca.

(Quizá de *totonaco*).

1. adj. *Méx.* indio (|| indígena). U. t. c. s.

Diccionario de la Real Academia de la Lengua.

Qué deja comenzar este apartado con la cita de una definición, que más allá de ser rebuscada y especializada, es cotidiana, es aquella a lo que cualquier sujeto tiene acceso, es aquella información que de no saber su significa correcto, se le ha encapsulado en unas cuantas ideas, curioso caso, pues aunque la definición no se aleja de lo trabajado en la teoría, expresiones artísticas, entre el cotidiano suelen tener mucho más que una definición, algunas no tan particulares como la del diccionario.

El escritor, Enrique Serna parece ser mucho más categórico cuando se refiere al naco en su ensayo, *El naco en el país de las castas*, pues ubica en un momento específico su nacimiento como hasta ahora se entiende, con ese tono despreciativo e insultante. Comienza su trabajo señalando que el término naco “Es empleado con un sentido a la vez racista, clasista y esteticista” (Serna, 1997: 747). Comparte con Bonfil Batalla, Bartra y otros autores, la polisemia del término y de la enunciación de éste en un contexto particular, sin embargo es bastante claro al poner de manifiesto tres categorías que pueden ayudar a encontrar mejores resultados, me refiero a la cuestión de clase, raza y estética, tres aspectos que pueden ubicarse muy bien en el personaje del naco y a partir de los cuales se puede hacer una mejor cartografía de ese personaje. Al respeto de la raza, Serna hace una mención importante que puede contrastar con la idea de que el naco hoy día se refiere sólo a las personas de rasgos indígenas, quizá cuando la palabra comenzó a ser usada sí era totalmente notorio y es, como se ha dicho, esa vena a seguir para llegar a un mejor entendimiento del naco, no obstante, el autor comenta que, “El naco pertenece por lo común a la raza de bronce, pero los blancos no tenemos garantizada la aprobación de la casta divina” (1997:747),

asistimos entonces a una mayor ambigüedad del término, que nos hace pensar que entre menos absoluto es el término más complejo es definirlo, pues por una parte podríamos entender al naco como aquel de Bonfil Batalla, sin embargo, en el presente podemos intuir la dificultad de una aseveración así ya que rebasa la subjetividad de aquel que señala a otro como el naco, pues cualquier puede ser naco a los ojos del otro, así como aquéllos pueden ser nacos para mí, tengan o no una filiación indígena.

De igual manera, el naco en el presente ha rebasado, en muchos casos los prejuicios de antes, pues ya no sólo es aquel del barrio, de las series de televisión, o el Cantinflas.

Para seguir con el texto *El naco en el país de las castas*, el autor sitúa al naco en una etapa histórica de México y relaciona el tema con la economía y la oportunidad adquisitivas de la población, lo que pudo hacer menos visibles la líneas que separaban a las clases sociales; así, el autor menciona,

Cuando el naco irrumpió en el escenario capitalino, México no era un país rico, pero había cierta movilidad social y el PIB crecía más aprisa que el índice demográfico. Los años 60 y 70, comparados con el derrumbe en cámara lenta que vino después fueron una época de relativa prosperidad en la que había posibilidades para la clase trabajadora (Serna, 1997: 749).

En una situación así, los que antes eran menos favorecidos podían aspirar a una vida de lujos y de apariencia mucho más notable, una especie de nuevos ricos repuntó en la Ciudad de México y pudieron observarse cualquier cantidad de excesos, que pueden verse en el estereotipo del naco y su ostentación al grado de crear un Partenón en un hogar, con esculturas y pieles de animal decorando suelos, paredes, y hacer de cada mueble una muestra de 24 kilates de baño de oro. Esta idea también se popularizó entre la gente debido a los medios de comunicación que comenzaron a crear personajes con tales características y que se colocaban cada vez más en el gusto del público, como lo menciona Martha Delfin Guillaumin, en su trabajo titulado *La cultura mexicana a través de la mirada de Monsiváis: el naco, ¿el actual salvaje urbano de la Ciudad de México?*, en donde otorga una importancia relevante a la labor de los medios

en cuanto a la creación de un estereotipo del naco, “La propia tragedia de la vida en forma de farsa, de burla, de comedia, ya no es la tragedia lo que permite la catarsis, es la parodia de la tragedia lo que la posibilita. La reproducción de esta figura será permitida merced a los medios masivos de comunicación, primero el cine, luego la televisión.” (Guillaumin, 2011). Eran entonces los años que Enrique Serna menciona, la economía favorecía a algunos y era reflejado en la sociedad mediante los gustos, sobre esto el autor comenta, “Quizá la discriminación del naco fue en sus orígenes una embestida contra la masa favorecida por el precario bienestar que empezaba a mitigar la desigualdad social (....) Al pelado se le echaba en cara su vulgaridad, pero al naco se le reprocha también su mimetismo agresivo.” (Serna, 1997: 749).

Y el trabajo de Serna es revelador en varios sentidos, pues es un texto bastante citado por los autores que trabajan el tema, ya que sus ideas se alejan un poco de la concepción de que el naco lleva en la sangre y pensamiento la identidad mexicana traducida en el indígena. En su texto ofrece algunas descripciones que suenan frescas y dan un giro importante al entendimiento del naco: “Pero el naco quiere ser lo que es y no acepta cargar sobre sus espaldas el peso de una idiosincrasia pulverizada” (1997: 750); y continúa, “(...) el naco es una especie de saltapatrás, un mestizo que no acaba de ser indio, sencillamente lo deja fuera de cuadro (...) Como la pureza étnica es el origen de todos sus males –miseria, enfermedades, alcoholismo, caciques opresores de su propia raza- no vacila en canjearla por una vida mejor” (1997: 752). El naco surge ahora como el mexicano que quiere desprenderse de esa idea de lo indígena a lo que se la ha venido relacionando, es él mismo quien identifica que es su pasado el que lo condena, e interpretando las palabras de Serna, es él mismo quien quiere incorporarse al progreso, la urbe, a la civilización.

Y la presencia del naco en la sociedad suena contradictoria y es complejo tratar de determinar las características con la cuales definirlo, al respecto, Enrique Serna escribe, “El naco ha sido víctima de un doble lenguaje: de dientes para afuera sus patronos lo quieren mucho, pero cada vez que intenta levantar la cabeza le dan un madrazo para que se vuelva a agachar.” (Serna, 1997: 754), y la autora Martha Delfín Guillaumin comparte tal enunciado al mencionar en su texto lo siguiente, “naco se lee

en dos sentidos, uno que insulta y el otro que reivindica, por eso me imagino al *naco rebelde*, al *naco redimido* frente a aquél que lo nombra como tal y se convierte en su verdugo.” (2011). Y es posible entrever en este par de aseveraciones la dificultad que representa ubicar al naco en la actualidad, así como nos da algunas pistas sobre la reivindicación de su identidad, sobre todo en cuanto a su pasado indígena. Y para sumar a tales ideas, Guillaumin hace referencia a la posibilidad de que lo naco mantenga su cimiento en la parte racial al comentar en su trabajo, “(...) el poder paralizante de la voz naco, que en última y primera instancia no designa conducta sino fisionomía” (2011). Aparecen ahora dos conceptos más: conducta y fisionomía para llegar a la categorización del naco.

La autora también subraya un tema que no se ha tocado hasta el momento y que es, posiblemente, el espacio en donde confluyan muchas de las ideas que se atribuyen al naco y se manifiestan en el estereotipo: la cultura popular. Con relación a este tema, Guillaumin plantea,

“(...) en el sentido de que ciertos rasgos de la cultura popular pueden ser considerados “nacos” (vestimenta, marca de auto, arreglo personal, decorado de la casa o del automóvil, “tono cantadito del arrabal”, por ejemplo), es decir, estos atributos permiten a los que se colocan como jueces identificar quiénes son los “nacos” y, asimismo, que ellos se reconozcan entre sí.” (2011)

Hablamos entonces de un auto reconocimiento como naco en algunas situaciones, momentos y espacios, aquellos que se ven iguales entre sí y comparten gustos y prácticas. Son estos nacos dueños del estereotipo, pero también dueños de su misma imagen, vocabulario, tradiciones, creencias. El naco del estereotipo, el mismo que Serna propone como el mexicano tratando de dejar su pasado atrás. Pero no se puede reducir a sólo estos aspectos la cultura popular, mucho menos hablando de un personaje en donde se vierten diversos atributos de lo mexicano, en su lado menos decoroso, que no se presume, más bien, se queda en la negación.

Observamos entonces una especie de clasificación, en donde los rasgos distintivos son evidentes, pero toda orden clasificatorio merece que alguien la

enuncie, para el caso de los nacos (siguiendo toda el discurso del naco como el no aceptado, el de la raíz indígena, de mal gusto, poca educación etcétera) se enfrentaría a la imagen hegemónica, a lo que pretende seguir. Una idea acerca de esto podemos encontrar en esta cita de Martha Delfín Guillaumin:

Así (...) podría pensar que este racismo forma parte de la dominación cultural simbólica que la cultura legítima de los dominantes ejerce sobre la cultura de los dominados (la no cultura, la que deriva en la de los miserables), la creación de un mundo abestializado en la que algunos son los que nombran a los nacos y los otros los que se asumen como tales (...)”(2011).

Entonces, ante estos textos, podemos ir ubicando las vetas por dónde ir deshilvanando la concepción del naco en la actualidad, que cada vez se hace más ambigua, pero sin duda alguna tiene interesantes caminos para seguir indagando. Mientras tanto, hemos podido encontrar algunos temas para abordar de aquí en adelante, como son: las cuestiones de raza, clase y estética; de igual manera, el naco como parte y en la cultura popular; y también conductas y prácticas. Mediante la revisión de estos conceptos se podrá obtener un cuerpo mucho más favorable para encontrar al naco en este extenso mar de posibilidades.

AH QUÉ INDIO TAN NACO...

Los textos encontrados en la red suenan un tanto más frescos de aquellos que se han podido revisar en las páginas de algún libro, quizá se deba a la complicación imperante en un tema como el naco, en algo que al parecer suena a tema de segunda, o a tópico del cotidiano. También, los textos encontrados en la red deben ser tomados con cierta precaución, no obstante, son un punto de vista en medio de la era en donde la tecnología, sí, trivializa la información, la hace inmediata y pone a la orden de cualquier usuario de una computadora y una conexión a Internet, un espacio en donde poner sus opiniones acerca del momento que vive. Estas voces pueden acercar la opinión pública, sobre un tema que se inserta en los sectores populares. Los textos en

Internet se permiten un poco más de libertad y hablan del tema con mayor soltura. Si bien es cierto que la discriminación no formaba parte del todo en el inicio de esta investigación, ahora se vuelve casi necesario abordar tal temática en relación al naco. Esto luego de identificar la notable referencia de los autores hacia un escondido sentimiento racista en un país que se jacta de multicultural desde su conformación como país, como República. Indios y mestizos, blancos y morenos, el color de la piel marca la diferencia y a partir de ahí nacen los estereotipos que permanecen en las mentes, rebasan los bloques históricos y van dejando rastros: el naco es uno de ellos.

México, en su histórica tensión racial ha dejado esas marcas en los individuos, comenzando por el indio, por marcar esa división y hacerla notoria por cualquier lado, las artes, la educación, el consenso social. Como ya se ha visto, el tema del naco atraviesa cuestiones de clase, raza, estética, cultura popular. Identificamos a través de la historia que los conflictos de raza, de clase, provienen de algunos pasajes de la historia mexicana, y tienen su reflejo en la estratificación étnico-social del país, aún hoy en día bastante evidente. Y es posible que suene repetitivo el hecho de encontrar en lo llamado indio, el trasfondo del naco, en esa tensión racial existente en México, pero no deja de convertirse en una referencia obvia una vez entrando en el tema, pues si se toma desde lo superfluo, la voz naco no tendría mucha relación con el indio, sería una especie de eco, pero la resistencia del término hacia cierta definición se dirige hacia un resultado del conflicto étnico existente en nuestro país. Conflicto que da como cifra muchas otras cuestiones referentes a la social, en este caso en la creación de estereotipos y ciertos rencores.

Así, para continuar con esa línea del indio, y tal vez para dar con uno de los primeros usos de la palabra naco en relación con el indio, acudo a Julio de la Fuente, que en su texto *Relaciones Interétnicas*, muestra una preocupación por la definición de lo indio, así como por un tema que en el tiempo en que escribió su texto era de suma importancia para el país en general: el lugar del indio en la sociedad mexicana, ¿qué debía hacerse con él? (tal como si fuera una clase de objeto por el cual se podría decidir), ¿qué hacer con esos individuos aislados, ¿integrarlos?, ¿enseñarles cómo ser mexicano?, ¿conservarlos como un estandarte de la historia mexicana? Es tal vez en

esa clase de *trato especial*, de preocupación en donde comienzan a surgir las tensiones raciales, de clase, en esa necesidad de encumbrar o esconder a los indios, que son parte del pasado mexicano, pero también lo eran (en aquellos tiempos y aún hoy) parte del presente. En su preocupación, los autores abocados al tema de la indianización, tal vez, sin quererlo, apoyaban la división entre lo indio y lo mexicano. Bien es cierto que en un país en donde las diferencias de clases se vuelven evidentes cada día, los indígenas comienzan a tener necesidades propias, distintas a los habitantes de una ciudad, de un espacio urbanizado. En esa diferencia de necesidades, la incorporación del indígena a la ciudad genera opiniones variadas y *jaloneos* entre capitalinos y aquellos que buscan su espacio en la ciudad. Es complejo pensar en un aislamiento de los indígenas, complejo y cuestionable por todos lados, pero en el mismo tamaño de complejidad se encuentra la integración del mismo indígena, más si la integración es planeada por un habitante de la ciudad, que poco sabrá de las necesidades del otro y ante esto, buscará hacerlo parecer similar a él, despojándolo a veces de lo suyo, de lo que en su sangre y mente guarda, conserva y reproduce, entonces tal forcejeo dará pie al nacimiento de estereotipos, imágenes y conflictos como lo es hoy el naco.

En tal sintonía, Julio de la Fuente, escribe en uno de sus capítulos, con relación a la problemática del indio en México,

(...) se entiende que la definición del indio proporciona el punto de partida para determinar, entre otras cosas, la medida en que el problema indígena tiene caracteres raciales o culturales; en que una equivocada política indigenista pueda hacer de él, si cultural, un problema racial, o en que esta misma política pueda conducir a la pérdida de una *indianidad*, presumiblemente valiosa. (De la Fuente, 1989: 68).

Como vemos, se vuelve compleja la cuestión racial en nuestro país, dado el surgimiento de la nación mexicana. Es entonces que comienzan a hacerse evidentes las diferencias entre los habitantes de la ciudad, o un espacio cada vez más urbanizado y los que se quedan resguardados u olvidados en sus espacios: indígenas, campesinos,

artesanos. Lo extraño es lo que no pertenece a un espacio específico y al ser diferente habrá que señalarlo, reflejándose esto en el aspecto racial y social.

Ahora bien, para ir identificando el nacimiento del naco, citaré nuevamente a Julio de la Fuente que hasta este punto de la investigación es el primer autor que menciona el término naco en relación a lo indio, todo enmarcado en un cuadro racial y étnico. El autor menciona:

En cuanto a las actitudes raciales, es evidente que existen. Al color oscuro, de indio o de negro, se liga un bajo *status*, consecuentemente extendido a la extracción biológica. Las nociones que se refieren a la inferioridad innata del indio son comunes, y es casi general el empleo de términos como indio, indio, naco y otros, en sentido denigrante. El no-indio generalmente ve al indio con menosprecio y tanto el uno como el otro tienden a racionalizar las condiciones indeseables en que viven, arrojando la responsabilidad de éstas a la extracción indígena. "(De la Fuente, 1989: 70)

De esta cita me gustaría comentar un par de cosas: primero, me parece importante para el futuro de esta investigación conservar la idea de no-indio, aplicada en este caso como lo no-naco, aquello que podría auto enunciarse como lejano y sin características propias de lo naco, y además enuncia al otro como naco, posiblemente por ser diferente a él y no compartir su características raciales, de estatus social, hasta estéticas; en segundo lugar es clara la exposición del autor en cuanto al menosprecio a cualquier actitud y práctica proveniente de lo indio, así, el naco comenzaría siendo aquel que comparte rasgos de lo indígena, sin embargo, al tiempo que se realiza esta investigación debemos dejar en claro que lo naco no tiene absolutamente que ver con lo indígena, la valoración tanto hacia lo naco, como hacia lo indígena guardan una proporción un tanto elástica, pues si bien el naco tendría su raíz en lo indio, la transformación que tiene hoy rebasa cuestiones que no son propiamente del indígena, sino de ciertos intentos de incorporación de algún estrato social a otro, sin ser el primero indígena, pues es claro que, partiendo de un ejemplo un tanto superfluo, si no se tiene la suficiente capacidad monetaria para comprar ropa de marca y se adquiere

la imitación estrafalaria, no significa que tal sujeto sea indígena, o como lo mencionó De la Fuente, sea de extracción indígena, sino de una clase baja. En tal caso, el término naco presenta ahí un cambio, por lo menos en la teoría, faltaría identificar ese cambio en los individuos.

Entre tanto, es importante pensar de dónde surge ese idea de relacionar directamente a la naco con lo indígena, quizá, en principio se desprenda de algunas relaciones etimológicas que algunos autores han realizado. Para hacer mención de este tema, tomaré como base el texto de Philippe Schaffhauser, quién en su texto hace un recuento sobre la palabra naco, que como se ha mencionado conserva una especie de misterio en cuanto su surgimiento, pero aún más, su relación con lo indígena. El lado etimológico no compete absolutamente a esta investigación, pero me parece importante dejar estas pistas que puedan colaborar a un mayor entendimiento de la relación entre lo naco e indígena que varios autores han manifestado.

Philippe Schaffhauser, encontró en primera instancia, la relación de la palabra naco, con el vocablo chinaco, a continuación cito su explicación,

La voz “chinaco” significa gente desarrapada (deseharrapada), lo cual alude de algún modo a la desnudez que es el significado de la palabra *xinácatl*. Según la etimología náhuatl, la palabra “chinaco” es un sintagma conformado de las voces *tzintli*, que significa “culo” y *nácatl* “carne desnuda (...) (Schaffhauser, 2003: 62)

El autor continúa sobre el mismo tema,

(...) los chinacos (...) De extracción rural, son campesinos, e indígenas alzados en armas no uniformados y por tanto considerados desarrapados de acuerdo a la vestimenta militar reglamentaria en aquel entonces (Schaffhauser, 2003, p. 62).

Como se puede leer, la palabra naco en relación con “chinaco” funcionan como figuras metafóricas para designar a alguien dadas sus características. Queda claro que la metáfora sigue un sentido negativo en relación con lo “normal”, es decir se plantea

como la diferencia ante algo reglamentario, como el autor menciona. En tal medida, el autor consigue dilucidar lo siguiente, “La palabra “chinaco” es al mismo tiempo predicado y sustantivo para menospreciar al pueblo calificándolo de hez. Es un ser y un estar. De estas definiciones se desprende ya un problema de discriminación estética” (Schaffhauser, 2003: 65).

Me valgo de este texto en donde se elabora una reflexión sobre la palabra naco, su significado y la representación que dicho vocablo hace de la sociedad mexicana, particularmente de la capital, para ir entendiendo la fuerza de la palabra y su filiación con el pasado indígena. Así, retomando otra reflexión del autor, en cuanto al poder discriminatorio de la palabra naco, entonces, “En todos los casos etimológicos que he venido revisando, es de notar la conexión de la palabra “naco” con lo campesino, lo indígena, lo popular, lo bárbaro, lo feo y repugnante. Lo naco es una categoría lingüística y cultural mexicana para significar discriminación.” (Schaffhauser, 2003: 73).

Antes de seguir invito a la revisión del *texto La naquez: estudio de una categoría cultural mexicana*, para una mayor profundidad en la locación etimológica del término naco, así como también para revisar las interesantes interpretaciones que hace el autor sobre la palabra naco y sus diversos orígenes. Considero importante traer aquí a dicho autor porque, como he mencionado, es relevante saber cómo es que se da la relación del naco, o lo naco, con lo indígena, desde dónde se parte para atribuir a alguien rasgos propios de un indígena, o de algo fuera de lugar y mal hecho según las formas establecidas.

En relación a esta búsqueda de los orígenes de la palabra naco, Carlos Monsiváis, citado autor en el tema de lo naco dadas sus capacidades para hablar acerca de la cultura popular, y por el prestigio que tuvo dentro de los escritores de la vida cotidiana mexicana, escribe sobre el surgimiento del naco: “El término –aféresis de *totonaco*- empieza a circular a mediados de los años cincuenta, como referencia a lo que el mestizaje no disipa: los rasgos de origen indígena, el signo de la Raza de Bronce (...) (Monsiváis, 1995: 170).

Así, como motiva el autor del texto sobre la naquez, “el vocablo “naco” es, a mi juicio, un concepto clave para describir y entender de qué se conforma la identidad social en México, a sabiendas de que dicho concepto se aplica sobre todo en el centro del país y gravita alrededor de la ciudad de México” (Schaffhauser, 2003: 11). Relacionándolo con esto, es importante dar cuenta, más allá del origen de la palabra, sin restar importancia a dicha tarea, quién es el que enuncia el término naco, quién identifica al naco, en dónde, a partir de qué. Se ha hablado que es un término que viene de la hegemonía y que es el señalamiento por parte de la élite o clase dominante en cierto momento. Se ha comentado que es la clase beneficiada aquella que comienza poniendo el dedo y marcando quién es qué. Así, retomando el texto de Julio de la Fuente en cuanto al uso de la palabra naco, es el no-naco quien identifica al naco, ya sea por tintes raciales o culturales. Los espacios y tiempos en que se determina quién es el naco tiene mucha importancia para poder identificarlo, pues si bien, en tiempo de Julio de la Fuente, la problemática tiene que ver con la desindianización de un sector de la población mexicana, en los tiempos en que Enrique Serna ubica al naco es distinta la definición, pues el tema de la desindianización y la políticas sobre el tema habían quedado rebasadas u olvidadas, por tanto ahora eran nacos aquellos que intentaban ser eso que no son, ya no lo no-indio, sino no-naco, es decir, aspirar a otra clase, quizá hasta una vida norteamericana, con viajes a las vegas, coches lujosos que a duras penas podían pagar, aparatos electrónicos por todos los rincones de las casas y deudas por créditos llamando cada semana a la puerta.

En alguno de estos ejemplos aún se guarda una especie de rencor al identificar a alguien como naco, se aprietan los dientes para manifestar aún mayor desprecio, “ah qué pinche naco eres, no sabes comer con cubiertos”, “chale qué naco eres, no pudiste aguantarte ese pedo”, “chale más naco tú que dices *pedo*”, así, entre el lenguaje de la *banda*, del *guarro*, conviene traer a Carlos Monsiváis en una cita que acerca un racismo con algunos personajes particulares de la vida mexicana,

La persistencia del racismo es una de las señas de la sociedad mexicana. Crear zonas de aislamiento y de condena es un recurso típico del criollismo, y del mestizaje pretencioso que lo siguió. Y un método histórico del racismo es la

construcción de personajes a modo de tiro al blanco, vertederos del odio o el desprecio. Nada más cómodo que inventar seres a los que adjudicarles, como destino inescapable, una fisionomía, una psicología y una conducta fijas para siempre.”(Monsiváis, 1995: 169)

Incómodo o no, el comentario tiene ciertos rebotes en la sociedad mexicana, en una sociedad actual, que lejos de obedecer órdenes sobre quién es el naco, no se empacha en decirle a su hermano o colega de trabajo que es un tanto naco por escupir en la calle, o por comprar ropa pirata en el tianguis, o por acudir a las clase de albur impartidas por Lulú, campeona nacional en la rama del albur.¹² Es decir, llamar a alguien naco no necesita propiamente, en la actualidad, ser impuesto por algún modelo imperante, sino tiene diferentes niveles, como ya se ha visto, desde la teoría, los estudios, reflexiones antropológicas, lo naco tiene que ver con lo indio; desde los medios de comunicación con una apariencia estética un tanto desagradable, del barrio y del mexicano del estereotipo, un cantinflas encerrado en la televisión. Y por otro lado está la vida diaria, en donde un sujeto sale de su casa mentándole la madre al vecino por no recoger las cacas de su perro, “pinche vecino naco” podría escucharse en su mente. Así, es muy posible que entre los individuos que experimentan tal interacción con el naco, o lo naco, cada día, no tienen muy clara la idea del naco en relación al indígena, en un nivel de convivencia diaria será naco aquel que no actúa como yo lo haría, dentro de mis esquemas de lo que está bien hacer y que contribuiría a mi ideas de buena convivencia con los demás. En este caso el naco es aquel que irrumpe e irrita, como el conductor del colectivo que lleva a todo volumen su música del reggaeton, con letras sexuales, manejando micro a ritmo y olvidándose del pasaje; pero también podría ser naco aquel que va en ese colectivo y grita con toda justicia y voz en cuello, “¡Órale no trais cascajo!”, naco ante aquellos que no toman en cuenta la música del microbusero y ocupan su tiempo pensando en la compañera de la escuela, “qué se veía bien naca con esas botas que a leguas se veía había comprado en la

¹² Dicha nota es cierta, fue publicada en la gaceta diaria llamada *Publimetro*, bajo el título de “Dan clases de albur en Tepito”. La nota fue publicada el lunes 21 de Febrero del 2011.

lagunilla”, o aquel otro que recuerda a “vaya naco nuestro presidente, quién pensaría esas cosas de él”.

En este breve pasaje, poco se ha mencionado la cuestión racial, nos hemos fijado más en gustos, en rasgos estéticos, y el nivel de desprecio (por así llamarlo) se ha ubicado en otro lugar. Aquí el naco no está creado por una élite, golpea a los formas de cada individuo. Se podría relacionar de una manera más directa con la estratificación social del país y no tanto con el hecho de que el estereotipo del naco surge de aquel que no lo es, de la oposición, sino, muy posiblemente de un similar, del que viaja en el microbus, del que trabaja ocho horas diarias, igual que el otro.

Las élites podrán enviar mensajes en razón del que podría ser naco, usarán estrategias y artefactos como los medios de comunicación como la televisión, creando un programa llamado *Los Sánchez*¹³, en donde los personajes principales son de estrato bajo, viven en vecindades, mascan chicle de manera exagerada, tienen un tono de hablar cantadito, nunca han comido con más de dos cubiertos y visten de manera estafalaria. Dichos personajes se parecían quizá a un vecino, a un amigo, a mí mismo y me hacían ver que eso era lo naco, que si naco es en la televisión, entonces lo será en el cotidiano. O aquél personaje chusco, alburero, de acento peculiar, gustos exagerados, que conduce un micrubús y trata de ganarse la vida de la manera más honrosa posible, siempre pesando episodios chuscos en donde, en un juego de poder, se ve metido en líos por su mujer: hablo del *Vítor*, un personaje que ha creado Televisa para decirnos cómo es el naco, para ponerlo en la pantalla y mirar las actitudes de la gente en la calle, claro, desde ese punto de vista torcido que suelen tener las empresas televisoras en México.

Sin embargo, habremos de mencionar que la recepción de eso tipo de contenidos no se da la misma manera en cada individuo, y será muy arriesgado decir que aquellos que asumen a un individuo como naco lo retomen de dicho programa.

¹³ Producción de la televisora mexicana TV Azteca, transmitida en el año 2004.

Aquí lo que surge más importante es identificar cómo es que los individuos asumen a otros como nacos, a partir de qué, cómo se genera esa idea en un grupo mayor de personas. Y aún más complejo es hallar desde dónde sea crea al naco, ¿de alguna élite, de grupos minoritarios, del día a día? Tales preguntas son importantes tenerlas en mente y responderlas podría arrojar resultados importantes para esta investigación.

Por otro lado, en Internet se pueden encontrar diversos contenidos acerca del naco. Estas páginas pueden ser creadas por cualquier personas, además de que existe la opción de generar retroalimentación con otras personas con acceso a Internet, lo cual también pone en duda la influencia que pueden tener dichos contenidos en la sociedad, ya que es sabido que no todos los habitantes de la ciudad cuentan con acceso a Internet, pero sí pueden interpretar o identificar desde su lugar a un naco. Dichos blogs y páginas se basan en contenidos que caracterizan a los nacos ya sea con fotos, frases, test para identificar cuán naco eres, textos sobre la naquiza, videos, todo en relación a hacer del naco un figura identificable. En alguno de los blogs que aparecen al introducir la palabra “naco” en un buscador puede leerse lo siguiente (tomaré sólo algunas partes del texto):

Una teoría muy fuerte de la Nacología, impuesta recientemente por el padre de esta ciencia social (su seguro servidor), es: “el mundo se divide en dos: los nacos y los no nacos”. ¿Usted, de qué lado está?

En la actualidad el amplio tema de los nacos nos preocupa terriblemente, no sabemos si reírnos, sentir pena ajena, ignorarlos o unirnos a ellos. Quizá estas personas justifiquen sus actitudes “porque no hubo nadie que les brindara una adecuada educación, porque no tienen recursos, porque no pertenecen al jet-set de México...” En fin, hay una gran cantidad de pretextos que son utilizados para defender su estado. Es preciso aclarar que un naco no es aquel que carece de dinero, no es un limosnero, no es un indigente. Un naco puede ser un millonario, una figura pública, su vecino, sus familiares... Usted puede ser un naco.

Lo preocupante de este asunto es que estas personas, al caer en cuenta de que están haciendo o diciendo una “nacada” (vulgaridad), se excusan diciendo: “digo lo que todos están pensando, pero nadie se atreve a expresar”, “¡ay!, no estoy diciendo nada que no hayas oído antes”, o “todo el mundo la hace”.

Si empezamos a decir y a hacer lo que nos plazca en el momento que queramos, no sólo sería el fin de la educación y la etiqueta, sino que la sociedad se vería afectada profundamente.

Observamos que en este texto no hay rastro alguno de lo indígena, toma partido por cualquier clase social y adjudica a la “nacada” un valor de vulgaridad, de reto y grosería. También, es notorio un tono ácido e irónico, y quizá poco comprometido con el tema, pero como he dicho, son las voces que están ahí, que por algo se generan y ese algo, esa maquinaria queda como asignatura pendiente.

V.

EL NACO EN SU REFLEJO CON LOS VIDRIOS DE LOS EDIFICIOS

*Cierto día Don Palabras/me contó una extraña historia/de
cómo nacen las cosas/cada vez que uno las nombra*

“Don palabras” La Maldita Vecindad

A ciertos habitantes de la Ciudad de México se les ha nombrado de manera diferente, como si con el tiempo y suceso de los hechos le permitiera mutar en algo distinto o se les fueran sumando rasgos peculiares. Hasta aquí hemos realizado una breve revisión acerca de estos cambios, es a través de las miradas ajenas que el atavío de los sectores populares cambia, se modifica, se transforma.

Todos estos ropajes que hemos observado se entallan en lo que se ha llamado lo mexicano, una idea viscosa y que a fuerza de querer dejarla clara y bien definida se ha escurrido entre los autores que trabajan el tema. Los momentos históricos y las particularidades de cada contexto contribuyen a moldear esa identidad mexicana la cual parece tener ya varias cicatrices imborrables, una ellas, podría ser el naco.

Hasta el momento hemos tratado de buscar las derivaciones del naco, sus antecedentes, que como hemos visto se anclan en el pasado y la construcción de México como nación. Además, se ha podido notar que si bien el naco, hasta el momento, no se ha podido desentrañar como identidad en sí misma, es, aún más relevante, la piedra de toque que nos permite descubrir otras tantas problemáticas de la cultura mexicana, particularmente en el centro del país. Temas como el racismo, la exclusión, la división de clases y el profundo rastro de la división étnica brotan en la revisión y búsqueda del naco.

Ahora bien, en este punto del texto hace falta identificar la presencia del naco en la sociedad mexicana y el tiempo en el que acude a ella. Pues si bien, más allá de tener ese vínculo directo con problemas étnicos y de división de clase, el término naco

aparece en la historia mexicana en un periodo particular. Para poder identificar su aparición se puede acudir a la cultura popular y los medios de comunicación, que mediante un uso y mención de tal término contribuyeron a la conformación de lo que se conoce como naco. Por otro lado, el autor Carlos Monsiváis es una referencia importante al hablar de la cultura popular en la ciudad de México, pues es mediante sus crónicas que se puede mirar el tránsito de diferentes personajes ciudadanos. Igualmente la literatura, el cine, como expresiones artísticas traducen cierto momento y lo convierten en un testimonio de un tiempo particular, así como también de sectores que funcionan como caldo de cultivo y generan discursos, prácticas, que luego son retomadas y reinterpretadas por otros sectores.

Con respecto a la aparición del naco en el escenario de la Ciudad de México, podríamos ubicarlo primero en la cultura popular, entendida en este texto a la manera que propone Gilberto Giménez en un breve texto titulado “Cultura, identidad y discurso popular”, a razón de un texto mayor que lleva por nombre “El verbo popular”; entre tanto, Giménez entiende a la cultura popular como,

(...) cultura popular significa reconocer que existe una expresividad propia de las clases llamadas populares en la producción de formas simbólicas, sea en el ámbito de lenguaje y el discurso, sea en la producción estética, sea en el de la estilización de la vida festiva y cotidiana (Giménez, 1995: 15).

Entendiendo los enunciados del autor, el surgimiento del naco como una producción simbólica, surge de una figura que se mueve en un sector particular, que, en un principio se deja ver, y luego nombrar, en una clase social determinada, la clase baja, de menor posibilidad económica, dueña de ese pasado del que se ha hablado. Así, el naco comienza a tener mayor visibilidad cuando se le nombra y señala, cuando surge de los ojos del otro aparece y no como igual, sino como diferente, distinto a aquel que podríamos decir pertenece a otra clase (hablando de una primer aparición del naco, pues con el tiempo naco se dice entre amigos del mismo barrio).

Ya hemos visto cómo es que se comienza a entender al naco, desde dónde y las grandes referencias que tiene hacia lo indígena, muchos puntos de vista se encuentran

ahí y la mayoría son estudios teóricos. Mientras tanto, en las expresiones artísticas, la figura e idea del naco se moldeaba de una manera distinta, más apegada a la cultura popular, por ende al sector urbano, entrado a la modernidad, con el ideal de la vida americana y el resultado de la segunda guerra mundial.

El globo terraqueo se dividía y Estados Unidos comenzaba a ser la punta y tendencia para el resto del planeta, más aún para el país al que le divide sólo una quisquillosa frontera: México, con el rastro de la Revolución Mexicana aún en los labios y muros de los edificios, pero también la entrada a la presidencia de un civil, un no hijo directo de la Revolución, el caudillismo, en la imagen parecía irse difuminando. La ciudad y su manera de habitarla estaban cambiando, aún se podía escuchar algún mambo en las colonias y una frase rimbombante y elaborada de Agustín Lara saliendo de alguna sinfonola.

En el sexenio de Miguel Alemán Valdés, las expresiones artísticas comenzaron a mirar hacia otros rumbos, el nacionalismo revolucionario comenzó a ser cuestionado, es el tiempo en que aparece el Laberinto de la Soledad, y el grupo Hiperión lleva la filosofía “a la calle”, Jorge Portilla fue uno de los integrantes que se preocupó por el pensamiento mexicano. En este periodo, el cine mexicano presentó una película de fuerza arrebatada, provocando comentarios de todo tipo, *Los Olvidados* (1950), dirigida por Luis Buñuel, puso en las pantallas de México y el mundo a un sector que incomodaba la vista de muchos: los pobres, los que vivían en vecindades y se ganaban la vida como podían. *Los Olvidados* mostraba una realidad que de tan directa parecía quemar, un poco a la manera en que se estaba haciendo las cosas en Italia y el Neorrealismo.

Con Buñuel y *Los Olvidados* (1950), lo popular toma una tonalidad distinta, si bien el sector menos beneficiado ya había sido puesto en la pantalla con historias como *Nosotros los pobres* (1947), *Esquina Bajan...!* (1948), *Campeón sin corona* (1945), entre otras, la visión fatídica de Buñuel coloca la suerte de los estereotipos del sector popular mexicano en un ámbito más cruel, ya no es la caricatura del pobre muy a la Pedro Infante, en *Los Olvidados* la vida invita a la decepción.

A través de estas obras vemos cómo el estereotipo del mexicano comienza a moldearse de una manera distinta, queda presente en cada una de ellas, una visión clasista, fragmentada de la sociedad.

Por otro lado, en la literatura, el tema de lo indígena, la secuela de la Revolución sigue dando temas para la escritura, José Revueltas y Juan Rulfo, por mencionar a los más recordados, aún mantenía su literatura en el espacio agrario, en contraste de lo que sucedía en otras expresiones.

Pero, algo surge peculiar en este tema que más allá de parecer datos vanos y de una temática lateral a la que aquí se trata, pues es de notar que los autores y creadores de estas obras surgen de estratos de clase media, algunos diplomática y otros de clases más altas de la sociedad mexicana, tal peculiaridad hace notar cómo es mediante los sectores mayormente beneficiados, o pertenecientes a los grupos dominantes son aquellos que construyen hacia abajo los estereotipos y las maneras en que se ven entre sí los individuos de sectores populares. Esto, más allá de servirnos como mera crítica a la visión absoluta y a veces fabricada de los personajes sociales, nos permite encontrar las figuras existentes en la sociedad mexicana, pues como he señalado, las expresiones artísticas son reflejo de un tiempo en particular.

Ahora bien, quiero acudir de nuevo a Gilberto Giménez, que en el texto citado podría apoyar la idea de la conformación de estereotipos desde ciertas clases sociales, “Los grupos culturalmente dominantes tienen acceso a los códigos populares y pueden apropiarse de ellos pero no a la inversa: por definición los sectores populares son excluidos de la “alta cultura” legítima.” (Giménez, 1995: 17). Hasta este momento, la cultura popular mexicana es vista como algo alegre y chistoso, o hasta desesperanzador. Dentro de este festín de estereotipos, el naco no tendrá su presencia, pero es desde estas miradas que también se le comenzará a moldear, de estos escenarios de azoteas llenas de tendederos de ropa, o el tono cantado y el albur en la lengua. Los pobres se diferencian de los “ricos” porque no tienen y reclaman a toda costa su desgracia.

Pero sigamos en el tiempo. Los sexenios transcurrían, “el milagro mexicano” se consolidaba con cada presidente y la industrialización y modernización eran ya resultados de los periodos antecedentes. En la década de los cincuenta, la televisión se consolida con la puesta en marcha de tres canales de televisión, XHTV-Canal 4, XEWTV-Canal 2 y XHGC-Canal 5. La música de procedencia norteamericana se comenzaba a oír en los sectores de clase media; la música de mariachi, José Alfredo Jiménez seguían presentes en los radios de los hogares que aún no contaban con un aparato televisivo.

En los últimos años de esta década aparece *La Región más transparente* (1958), de Carlos Fuentes, que más allá de ser un retrato de la Ciudad de México y sus distintas clases, las pone a convivir y para realizar esta labor se vale de Ixca Cienfuegos, personaje central, de profundas raíces indígenas; sujeto que deambula por la ciudad y sus rincones entre los cuales se respira un olor a pretensiones extranjeras, a olvido del México y sus antepasados. En el libro de fuentes quedan propuestas las capas en que se segmentaba la Ciudad de México.

Ya para finales de los años cincuenta e iniciada la década de los sesenta, algunos escritores comenzaron a incidir en el cine mexicano adaptando cuentos y novelas al cine. Entre ellos Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Gabriel García Márquez. Los temas abordados en estos guiones iban desde el México rural, hasta historia de jóvenes de clase media en el caso de *Los bienamados* (1965); hacia esos momentos, el cine mexicano no contaba con buena fortuna debido al poco apoyo por parte del Estado hacia la industria cinematográfica. La incursión de nuevos guionistas trajo consigo nuevas temáticas, personajes y maneras de representar a la sociedad mexicana. Es en este punto en donde el naco comienza a ser nombrado en la pantalla grande y se comienza a reconocer a ese personaje de cierto mal gusto y pretensiones ajenas a sus posibilidades. La sociedad en general se comienza a disputar su ascenso en la escala social y la vida norteamericana sigue siendo una meta para muchas familias que cada vez más se ven influidas por la televisión y el cine en general. Pero no será hasta la venida de un movimiento en particular que el naco aparece con mayor claridad, sobre todo en una generación de jóvenes.

Los sesentas estaban a punto de ser rebasados y los movimientos sociales en el mundo hacían despertar a ciertos sectores de la sociedad. Los jóvenes se veían motivados por diferentes razones, el movimiento hippie comenzaba a ser recibido y reinterpretado, la Onda se situaba como un movimiento con un buen número de seguidores. Carlos Monsiváis, escribió posteriormente sobre el surgimiento de la Onda, en su libro *Amor Perdido*,

Límites aproximados: 1966-1972. En seis años, un fenómeno social espontáneo, sin organización posible, tan derivado como original, se introduce primero en el Distrito Federal y ciudades del norte (Tijuana, Monterrey) para infestar a continuación el resto del país. Un nombre para este caos o esta ambición de orden: la Onda. En el origen, características comunes a millones de jóvenes en todo el mundo: “norteamericanización” cultural, devoción por el rock, “gusto generacional por la mariguana. En el transcurso de sus diversas empresas, los unificará un deseo confuso (...): crear, a semejanza de lo que ocurre en Estados Unidos, una sociedad aparte, una nación dentro de la nación, un lenguaje a partir del lenguaje (Monsiváis, 1977: 229).

Es de una de las alas de este movimiento de donde surgen algunos escritores que comienzan a usar palabras específicas con el fin de otorgarse una manera propia de hacer, de escribir, y de enfrentar el entorno en tal momento histórico. En la literatura de la onda se puede escuchar las voces de esa juventud creadora, de una parte de la sociedad mexicana. Los escritores de la Onda buscaban inventar términos, hacerlos ambiguos, dotarlos de sus propios significados para así hacerse particulares. En algunos autores como José Agustín, Gustavo Sainz y Parménides García Saldaña se puede encontrar al naco, un personaje con esa carga indígena, o aquél que no es parte de sus convicciones y manera de vivir. Un ejemplo lo podemos observar en el libro *Pasto Verde*, de García Saldaña, en el que se puede leer,

Sabiendo que sus pinches vibraciones no tolero no sé qué viene a hacer este güey a mi modesto cuarto budista digo siempre es así muy calmado y muy amable pero es un cerdo el desgraciado que está lleno de veneno y a quien

puede corrompe porque él tiene un complejo de naco de venir directamente de la clase de los aztecas tlamemes. (García Saldaña, 1975: 31).

Los escritores de la Onda, en su mayoría, pertenecían a la clase media, tenían mayor acceso a los productos norteamericanos y manejaban con mayor fluidez el idioma inglés. Desde esa postura, el naco era mencionado y señalado. No obstante, existe un registro previo, desde un lugar de mayor reflexión, atendiendo a un personaje que no surge de la Onda, sino que se ha ido construyendo hasta tener su ubicación en el movimiento de la Onda, el naco era ya revisado por Carlos Monsiváis y lo deja patente en su aparición en la película *Los Caifanes* (1966). Cinta que cuenta con la colaboración de Carlos Fuentes en el guión, relata un viaje por la vida nocturna de la Ciudad de México; entre los personajes principales se encuentran un hombre y una mujer de la clase alta, de conocimientos refinados y costumbre recatadas; por otro lado el Capitán Gato y sus Caifanes, provienen de los barrios, de manías un tanto violentas y con preferencias mucho más populares. En esta película, Carlos Monsiváis deja en clara su preocupación al tener una breve aparición en donde defiende a la *naquiza*. Su aparición deja latente la configuración del naco hasta ese momento: aquel sujeto que no pertenece a las clases dominantes, que vive en las vecindades, se divierte con el fútbol y acude a centros nocturnos de mala muerte. La *naquiza* hasta esos momentos, y como también lo muestran los escritores de la onda, se encuentra entre los jóvenes, es una parte de ellos.

Y aún más evidente lo hace el mismo autor en el texto ya mencionado, cuando ubica a la nacos en el festival de rock de Avándaro. En este texto, Monsiváis encuentra al naco en aquellos jóvenes de escasos recursos y poco contacto con la música rock, que tuvieron la oportunidad de asistir al festival. Ajenos a todo lo que ahí acontecía, los nacos se pudieron fusionar con el ambiente, se ubicaron en un espacio al que de entrada no habían sido convocados, no por desprecio (¿o tal vez sí?) sino por la falta información necesaria. Así, Monsiváis presenta a los nacos,

Los resultados de Avándaro se miden por las vibraciones divertidas o negativas de los jóvenes de clases medias y también, básicamente, por su influencia sobre

la mayoría de los asistentes adolescentes de colonias populares, los racistas y clasistamente llamados “nacos”, que en Avándaro viven la sensación, confusa, instintiva y jubilosa, de abandonar un país y elegir otro. (...) En Avándaro los nacos se apropian vicaria y desclasadamente de las peripecias de la pequeña burguesía y hacen suyos el modo de oír música y el estilo de los espectáculos (Monsiváis, 1977: 252).

Es curiosa la atención que el autor presta a este sector de la clase popular, pues en otros textos sobre el acontecimiento no existe ya un registro que haga hincapié en tal hecho. Es por eso, por ese agudo punto de vista hacia la cultura popular en general, que el autor surge importante para su revisión. De igual manera, elaborando una equiparación entre los escritores de la Onda y el texto de Monsiváis, nos podemos dar cuenta que no está nada lejana la concepción que se tiene del naco y mejor aún, que es en la cultural popular en donde se puede encontrar mayor material para esta investigación. En tal caso conviene seguir poniendo atención en la cultura popular, y aún en lo que Gilberto Giménez define como discurso popular,

(...) es el discurso de los actores colectivos que ocupan posiciones subalternas – económica, política o culturalmente- en la estructura social (...) El discurso debe entenderse aquí como un “proceso semiótico” complejo en el que lo propiamente discursivo se prolonga en el gesto, en el rito, en el modo de vestirse o de peinarse, en las pintas o murales callejeros y hasta en los tatuajes(Giménez, 1995: 22-23).

Y es constante la aparición del naco en la cultura popular, hemos visto que desde los años sesenta comenzaba a ser un personaje relevante en la vida de la ciudad, por lo menos así se hacía percibir en las constantes menciones en medios de comunicación y expresiones artísticas. Podríamos decir que el término se personificó de una manera muchos más clara en estas figuras que de a poco se fueron convirtiendo en públicas, tal como sucedería con Cantinflas; así, la familia mexicana en su lado populachero se introdujo en el cine con mayor notoriedad, un ejemplo de esto es *Mecánica Nacional* (1971) de Luis Alcoriza, que presenta a personajes de rasgos que lindan con el

estereotipo de lo que en la cultura popular acontecía. Mientras tanto, fuera de las pantallas, en la verdadera historia, la vida se desarrollaba dentro de espacios en donde circulaban toda clase de secretos y la ropa se tendía en espacios comunes, las vecindades eran aquellos lugares que se buscaba retratar como cultura popular. Ya desde finales de los años cuarenta Gabriel Vargas busco hacer esa fina parodia con la historieta *La familia Burrón*, antecesora de todas las imágenes de lo popular, la tira cómica hacia referencia a varios temas de la vida citadina, muchos de ellos aún tienen vigencia en nuestros tiempos, tal es el caso de una sociedad estratificada, en donde la convivencia entre personas de diversas clases sociales se da en un espacio común, como es el hogar, y la familia como estandarte de una vida llena de nostalgias y deficiencias.

En esta historieta se puede encontrar un discurso claro acerca de la cultura popular, esto a través del lente de su creador, este discurso se torna, por decirlo de una manera, poderoso y tiene importancia cuando se observa el éxito obtenido entre los lectores, ya que el humor de Gabriel Vargas llegó a rehacerse en más de mil quinientos números en donde las anécdotas establecían una delgada frontera con aquello que sucedía en la vida cotidiana, esa vida que se miraba a sí misma en los dibujos, en la familia Burrón Tacuche y sus peripecias para sobrevivir.

La cultura popular en la ciudad de México tenía una voz particular y se hacía evidente en trabajos como los de Gabriel Vargas, la naquiza se mantenía presente en espacios como las vecindades, propicios para encontrar eso que llama popular, no sólo en las ficciones, sino también en la calle, como menciona Carlos Monsiváis, en una introducción a un texto que relata la historia de la tira cómica mexicana, “La Vecindad: la institución hoy olvidada o relegada (...) ha sido un elemento clave en la definición de lo popular urbano.” (2009: 15). Pero el autor no sólo manifiesta que la Vecindad sea el espacio propicio para un reconocimiento de la cultura popular, Monsiváis continua,

Otras “instituciones” de la etapa anterior a 1968 o 1970: la Calle, el *Dancing*, el Cine de Barrio, el *Cabaret*, la Fiesta de Quince Años, la Carpa (donde hacen su

debut Cantinflas, Medel, Resortes, Pompin Iglesias), el Teatro de Revista, la Línea de Autobuses (...), la Taquería, el Café de Chinos y, muy destacadamente, el Zócalo, el recinto de las masas cuando se sienten solas, y la Basílica de Guadalupe a donde van las multitudes cuando se quieren sentir acompañadas.” (2009: 15)

De tal manera que la ciudad y sus espacios comenzarían a albergar personajes que de algún u otro modo serían retomados más adelante, como hemos visto, y formarían parte de una idea sobre la gente como si pareciese que desde esos lugares se conformara una particular manera de ser, una identidad específica de un sector de los mexicanos, para enmarcar aún más el tema, de la ciudad de México: el sector pobre, los de bajos recursos, los amontonados; sumándole también los que iban llegando de a poco a la Ciudad, los migrantes, aquellos que se acoplaban a la urbe, que se rehacían y aportaban al lugar que habitaban algo de sí mismos, de sus lugares extraviados en las necesidades, mismas que les llevaron al lugar de las oportunidades, a donde sí hay para comer, en donde se puede vivir mejor, hay trabajo, hay diversiones y hay un montón de gente que no dejará de señalarlos.

Los lugares, entonces, se convierten en libros abiertos en donde se escriben historias y se moldean los personajes, la vecindad es uno de ellos, tan pintoresca y tan llena de sus lugares comunes, hoy en día las vecindades han perdido su lugar, las ubicadas en el centro fueron derrumbadas luego del temblor del ochenta y cinco, otras fueron remodeladas pero perdieron algunas de sus características comunes: los amplios patios, los lugares comunes para lavar ropa, preciso instante en que se compartían las últimas noticias del derredor. Evidentemente, en la actualidad no se ha desvanecido la posibilidad de intercambiar los datos puntillosos de los vecinos, pero la vecindad como hoja en blanco, ha quedado en otros tiempos. Monsiváis recolecta algunos aspectos que daban color a las vecindades

Desde la década de 1930 la Vecindad se vuelve un espacio de reconocimientos y críticas (...). Lo popular urbano se esclarece si se acepta que su punto de partida (su “Aztlán” de los orígenes) es la Vecindad. Allí la comunidad

capitalina, (...) aprende el habla del momento y el vocabulario que cada cinco o diez años varia; el sentido del detalle y su conversión en chismes y apodosos y burlas y admiraciones... (2009: 26).

Las señas se vuelven claras, los espacios están ahí y la gente los habita, la manera en que lo hace le puede dotar de características, de rasgos que se van convirtiendo en estereotipo y si te escucho que andas de chismoso *pareces vieja de vecindad*; o ya te fueron con la buena nueva y quieres saber más, porque es un buen *chisme de lavadero*, las particularidades se van extendiendo y se convierten en cuestiones negativas o de diferente índole cuando se ubican fuera de otro contexto, en este caso, el sector popular es acto y efecto, a partir de su hacer es juzgado y mediante juegos y variaciones en las palabras se va conformando la diferencia, y tú por chismoso me caes mal, no te enseñaron en tu casa que eso no se hace, que es de mala educación, entonces las personas que habitaban las antiguas vecindades, por amanecer y sacar a secar la traza, no tienen modales y andan por ahí con ese rótulo en la espalda, que muy posiblemente no les importe, seguramente hasta les provocó risa haberse mirado tan parecido a Pepe El Toro, o a la Chorreada, personajes extraños, “tomados” de una realidad concreta, de un espacio conocido, ¿pero qué tanta influencia tuvo el cine para conformar la idea que ahora se tiene de la vecindad? ¿Qué tanto se apreciaban retratados los habitantes de una vecindad en la colonia Guerrero?

Como he comentado, las vecindades hoy crecieron para arriba, las familias se acomodaron en los pequeños espacios de la unidad habitacional y aprendieron a cocinar en espacios reducidos.

Por otro lado, no es casual que la vecindad, como espacio, como hogar, como lugar de encuentro, aparezca en un varias expresiones artísticas, ya hemos mencionado el cine y la historieta, en la música y tiempo después del auge y la reproducción de los estereotipos, aparece la Maldita Vecindad y Los Hijos del Quinto Patio, con tremendo nombre, una banda de rock mexicano retoma del imaginario su nombre de batalla y comienza a generar música que habla acerca de los más necesitados, de lugares populares como son los centros de baile, La Maldita, se

convierte en una especie de cronista para los jóvenes, sus letras denuncian y divierten, hacen bailar y provocan el slam en cualquier lugar en donde se presenten. Varios integrantes de la banda toman sus ajueres y vestimenta de otro personaje salido de las venas populares: Germán Valdez “Tin Tán”, en su lado más pachuco: pantalones amplios que se cierran en los tobillos, zapatos bicolor, grandes cadenas de metal pendiendo de la cintura, sombreros de ala corta con pluma que a veces se asoma al cielo.

La Maldita Vecindad canta acerca de las calles, las personas y los personajes que en ellas surgen; La Maldita se ubica en lo que podría ser llamado como popular, no cesa en su labor de transmitir al pueblo lo que es del pueblo, hacerlos parte de sus demandas, provocarles el baile y motivarlos a alzar la voz. La Maldita Vecindad rescata mediante sonidos, letras y actitudes los rasgos que Monsiváis resalta, y conforman un discurso popular a la manera en que Gilberto Giménez lo entiende, lo discursivo entonces, se vuelca en aspectos como la ropa, los ritmos musicales que se rescatan: cumbia, salsa, calipso, cha-cha, estos y más aspectos, sumados a la posición social de donde surgen y en donde se mantienen estos músicos, una lugar desde donde se muestran diferentes y discordantes con ciertos rasgos que pueden caer en la diferenciación y el estereotipo.

Posteriormente, un escritor del barrio, del albur de cada día y oriundo del barrio de Tepito, Armando Ramírez, también haría lo propio en las letras. Con novelas de lenguaje fluido y situaciones lejanas a la felicidad plena, elabora en sus textos imágenes que evocan a lugares como la vecindad, a un México de la pobreza, por allá de los años ochenta. Con su novela Chi Chin el teporocho, que después sería adaptada al cine, transmite un lenguaje particular y que en momentos suena bastante cotidiano. Ramírez, comienza su carrera novelística a finales de los años ochenta, casi a la par del inicio de La Maldita Vecindad..., los temas, las figuras, no están nada lejanos entre estas dos expresiones, los ochentas, década en que la música rock mexicana comenzaba a tener gran auge, entre tanto impulsado por grandes disqueras. Datos más, datos menos, ambas son consecuencia, son un reflejo de momentos particulares, pero también de rastros en la memoria, pues hemos visto que, al menos la vecindad,

data su existencia antes de que *Pata de Perro* escuchara, o Armando Ramírez escribiera los ecos de su barrio.

Hablamos pues, de la vecindad y no dejamos fuera al naco, pues es posible que desde ahí podamos encontrarlo, no sólo eso, en tales espacios se conforma y comienza a obtener una significado particular, en sus acciones y actitudes, en su manera de hablar, se comienza a conformar, si no una identidad, una manera propia de actuar frente al cotidiano. A propósito de identidad, estableciendo un vínculo con Gilberto Giménez, quisiera anotar un comentario del autor con respecto a la identidad y la manera en que se da su existencia, "(...) no basta que las personas se perciban como distintas bajo algún aspecto. También tienen que ser percibidas y reconocidas como tales. Toda identidad (individual o colectiva) requiere la sanción del reconocimiento social para que existan social y públicamente" (1997: 3). Así, podemos observar que al pasar de los años, el reconocimiento, en las canciones, las novelas, los relatos, se manifiesta al hacer aparecer a los sujetos, como personajes, al tomar del ambiente datos relevantes para poder crear algo similar, además de auto-reconocerse como parte de un grupo.

Por otro lado, está ese mismo reconocimiento pero de manera negativa, que se acerca más al estigma, a valoraciones que agrandan las diferencias, la identificación que se elabora del otro, contrario y negativo con respecto a mí. Reconocimientos que están cargados de significaciones provenientes de espacios, tiempos, historias particulares, lugares en donde se genera el discurso popular, el cual, a vistas de otros sectores, otras clases, surge desdeñable.

VI.

CRÓNICA ENTRE AIRES REFLEXIVOS y/o CONCLUSIÓN LICENCIOSA

El paso de los segundos pesa tanto que las muñecas se desmayan de cansancio sólo de portar la amarra del tiempo. Salgo de la UAM Iztapalapa. Los días de julio se han vuelto una incógnita. Lluve y entre más se suman las tardes de mirada cabizbaja y llanto melancólico, la Ciudad de México se hace agua, las calles se inundan: se ha desbordado el Río de los Remedios, por allá, por Ecatepunk, en el Estado de México. También, recientemente, le ha llovido vigorosamente a las colonias Rockma, la Fondesa, tanto, que los grandes cúmulos de hielo se retiraban en grandes camiones del gobierno del Distrito Federal. A los vecinos de la colonia Buenos Aires se les tuvo que responder por el daño que sufrieron sus autos, aun estacionados en los cajones correspondientes a cada departamento de las unidades habitacionales. En estos días, llueve y así se mantienen, entre bochornos, carga de abrigos y sombrillas que funcionan de bastón, de arma para abrirse camino en el transporte, y por supuesto, para guarecernos del llanto de julio.

El extraño cambio climatológico les ha puesto un pretexto para comunicarse a los habitantes del defe, *¿Qué clima, no?, Sí, vaya clima, está muy raro, uno sabe si salir con paraguas o no; Sí, míreme a mí, salgo con suéter, chamarra, calentadores, guantes y además de estar muriendo de calor cargo como burro; sí, pero pues ya se vienen los tiempos de lluvia fuertes; juh, no! Ya se pasaron, nada más que ya ve, el tiempo cada vez está más loco; eso sí.* Sorteando charcos, abandono la guam. El viernes pasado no dejó de llover en todo el día. En la portada del sangriento periódico El Gráfico, se podía leer el curioso encabezado, *Iztapalagos*. Esos jefes editoriales del Gráfico vaya que se esmeran para hacerle agradable el día al paseante, hasta con las desgracias ajenas. Justo en la puerta de la casa abierta el tiempo, me topo con una mesa que ofrece, en oferta, algunas publicaciones impresas, de reojo miro la revista Algarabía. Sin dudarlo demasiado e impulsado por un aire, extraño aire, de julio, la tomo entre mis manos y

sin hojearla demasiado, la compro por la cuarta parte de su precio en tiendas. El número es atrasado, no esperas gangas así de una publicación reciente.

Me expulso de la guam. No me detengo en nada más y abordo el microbús que ha de encaminarme a la ruta de casa. Pago. Tres pesos aquí nada más a Ermita. Tomo asiento y recordando el chusco encabezado del Gráfico, ocupo mis ojos en leer la portada del ejemplar recién adquirido. Un impulso me ha llevado a comprarla, y una motivación parecida, nacida de un julio de nubes incontinentes, relaciono datos: ¿en qué ciudad vivimos?, ¿qué tiempo estamos habitando, qué espacio? Arranca el pesero invitándonos a distraer el paisaje con una selección cortesía de Mix fm. Miro las calles de la Purísima, las bardas pintadas con algunos mensajes enamoradizos y otros un tanto marcando el territorio con aerosol. Qué calles estoy transitando, encharcadas, con basura nadando en aguas que se niegan a la evaporación. Tomo la revista y comienzo a hojearla, me detengo y leo, un breve artículo: *De dónde viene,*

El valle donde se asienta la ciudad capital era conocido en el mundo prehispánico como Anáhuac, “junto al agua”, en tanto que la ciudad que la recibía, como ya dijimos, el nombre de México-Tenochtilán- este último “lugar de Tenoch”, fundador de la ciudad y jefe de los mexicas durante el siglo XIV -, que Sahugún registra como « lugar de la tuna silvestre en medio del lago de la luna», lo que corresponde a la leyenda fundacional del águila posada en una nopalera en el centro de un lago. (*Algarabía*, Noviembre, 2010: 31)

No encuentro al autor de dicho texto. Comienzo a pensar en mi tema de trabajo final de maestría. Alcanzo a percibir la mirada del chofer del microbús por el espejo retrovisor. Parece juzgarme, yo sé que no lo hace, pero así lo siento. ¿Qué me está motivando a pensar en mi tema de investigación; por qué estoy pensando, ahora, luego de algunas revisiones bibliográficas, vueltas de la mente, dolores de cabeza?, ¿Por qué ahora estoy pensando en el naco, en lo popular, en los estereotipos nacionales? Releo el texto de la revista y me doy cuenta de lo histórico que se ha vuelto mi trabajo, que trato de encontrar relación entre el pasado y el presente; que entre las cosas surgidas de mis visitas a la UAM, las lecturas, mis pensamientos, puedo notar que todo me lleva

a realizar una, en este caso, breve revisión histórica para encontrar las conexiones de Iztapalagos y aquella Tenochtitlán transformada, esa historia de lo mexicano. En estos momentos, me estoy preguntando qué maquinaria me tiene pensando ahora en lo naco, por qué se vuelve prudente pensar en ese tema, en esa parte, esa borla en las ropas de lo mexicano, esa careta, metáfora. Me doy cuenta de la importancia del tema, de la relevancia que toma para mí en mi entorno, darme cuenta que no es gratuito pensar ahora en lo naco, y no sólo pensarlo, sino mirar su entorno, su vida nacional y saber por qué toma importancia en un tiempo particular, quizá el siglo xx. Entonces, entre talleres mecánicos, tiendas de abarrotes rotuladas con nombres de mujeres, me doy cuenta de lo amplio del tema, ubicado primero en la ciudad, luego, en lo nacional, en lo propio del mexicano, ese personaje que se construye, ahora más, desde diversas posiciones geográficas, el naco es una careta del mexicano, un mexicano de los sectores populares.

Y dentro de mis indagaciones he encontrado algunas cuestiones que ahora formulo como incógnitas, ¿por qué todo indica a que lo naco tiene que ver, o guarda su relación, con la historia mexicana, con lo indígena, el México sufrido, ese eructo atorado en la garganta que aún no ha podido salir con todo su estruendo? Parece que todo es evidente, que una cosa lleva a la otra y listo, la Real Academia de la Lengua no se complica y lo define en una palabra: indio. Indagando en la historia, buscando en algunos antecedentes, el naco parece estar contenido de nostalgias. Me doy cuenta también que lo popular en nuestro país también tiene una fuerte carga indígena, lo popular visto como lo alterno a la hegemonía, alterno en sus versiones pasivas y otras más ruidosas. Pero también me cuestiono, ¿por qué entre lo popular sólo se busca, o resalta dando sustos, lo indígena, aquello que se relaciona con el pasado? Hará falta entonces un proyecto de nación que vuelva a preocuparse por esos temas añejos, que derribe los estereotipos y deje a los ciudadanos desarrollarse sin estas figuras que moldean su manera de ser mexicanos. Sé que no sólo eso hace falta. Pero ¿falta para qué? Para habitar mejor nuestro país, para pensarnos diferente, para saber que tal vez no seamos ese “auténtico caballero azteca” del que habla el cronista de fútbol en un partido de la selección mexicana. ¿Hemos perdido algo entre nuestra historia, se nos

ha olvidado algo? Atendiendo a la historia, tal vez. Pero qué tengo yo de indígena, el vecino, mis compañeros, como para sentirme tan identificado con esa parte de la historia de México. ¿No ha sido ése el pensamiento de Cortés, Hidalgo, Iturbide? ¿De qué servirá entonces pensar desde lo antiguo para sortear mejor el presente; qué ideas preconcebidas, arraigadas en nuestra mente de mexicanos nos mostrará pensar en los rezagos de la vida nacional? Posiblemente encontremos escollos en los pensamientos, también puede ser que sí, efectivamente encontremos ese pasado guardado, idealizado, el indígena que tanto trabajo le ha costado a la historia.

He trabajado mi tema, y entre más me acerco a la historia, a los pensamientos generados alrededor de lo mexicano me surgen muchas más dudas. Puedo decir hasta el momento que he revisado fuentes interesantes, que se acoplan a lo pensado por mí, sé que no es toda la bibliografía y es posible que se me culpe de acotadísimo, sin embargo, me ocupo, soy un mirón con breves bagajes de la historia y maneras de pensar, y eso me hace verter algunas breves e incipientes reflexiones.

Entre lo leído, me he re encontrado con Carlos Monsiváis, no el autor de mis predilecciones, es simplemente que a veces concuerdo con su manera de explorar la vida mexicana que es vasta y bastante alumbradora. En tanto, me ocupo de una parte de ese conjunto de individuos llamado sector popular, de una máscara, un personaje. Habrá otros, claro, pero busco no ser ambicioso. Tomo algunas *herramientas* de la antropología, mis antecedentes en Comunicación Social, mi acercamiento al cine, a la literatura y desde ahí, no sin agotar las posibilidades y puntos de vista, miro el entorno, trato de describirlo y organizármelo de una manera particular, que, por supuesto no sea sólo mía, pero surge de mí. Tomo un pretexto en particular, un tema que tendrá, en estos tiempos más, muchos lados por el cual verse, estudiarse, desentrañar. Mientras tanto, trato de hacerle al cirujano de aquellos años de primaria en donde al diseccionar una rana y ver sus vísceras, sus conexiones, fluidos, se elegía una parte para estudiarla. Yo, en este caso, he elegido la piel, para después adentrarme en otras estructuras más complejas, más del pensamiento, de las relaciones sociales. Tomo al naco y eso me lleva a las preguntas, los cuestionamientos, me sugiere otros temas que están detrás de ese disfraz de lo mexicano.

Pero también, al tomar un punto en específico, me llevo algunas sorpresas, como por ejemplo que el vocablo, el sentido atribuido, las características estéticas, sociales, de lenguajes propias del naco, están en desuso, es un tema que entre los tiempos se va perdiendo casi como una moda. Pero a pesar de ese desgaste, no se ha podido responder con claridad a lo naco, no sólo en su definición, si no todo lo que le circunda y le crea. Pero eso no debe detener la tarea de investigar un tema así, pues podemos observar que en estos tiempos se elaboran investigaciones acerca del pelado, el lépero, y no son sólo acercamientos al personaje, sino a su entorno, a su momento. El naco, aplicando métodos similares, o diferentes, diseccionándolo con la transdisciplinarietà, puede mostrarnos algo de nuestro momento al ser el naco un personaje, aunque menor, construido en los tiempos actuales.

El tema me lleva a pensar lo mexicano en medio de un mundo en donde si se inserta la palabra naco en Google arroja alrededor de 10,200,000 resultados en 0.15 segundos, que van desde la mención, la región de Sonora, ensayos, críticas, mentadas de madre, marcas de ropa que conceptualizan lo naco, lo convierten en un producto; blogs en defensa, en contra, muy en contra, tantas menciones que el tema se vuelve vano. Resalta su peculiar característica de ser un personaje malvado, de contener, casi siempre, una carga denigrante, negativa, pero mexicana.

Me pregunto entonces, ¿se ha agotado el tema del naco? Tal vez no, posiblemente no se le ha estudiado con profundidad y no soy yo, hasta ahora, quien indague con mayor profundidad el tema. Podemos asistir, ahora mismo, en el siglo XXI, en el año 2011, que el término se va transformando, podemos identificarlo por cosas simples como percatarse que antes usar sombrero vaquero, botas exageradamente orgánicas: de piel de serpiente tibetana, diente de oro, hablar mal o con groserías, era (y sigue viéndose así en algunos sitios de la ciudad) naquérrimo, ahora, podría ser entre secretos, un narco, podría serlo porque a los llamados reguetoneros son tachados de narcomenudistas, o ladrones, y más aún sin usan motoneta y visitan la iglesia de San Judas cada 28 de mes. Y esto sólo en apariencia, pues el narco comienza a surgir como una manera de sobrevivir en nuestros tiempos, sobrevivir entre los sectores populares, en este país en donde la situación económica

depende de algunos pocos y las decisiones en el ejercicio del poder no dan abasto a las exigencias del pueblo. El narco, surge, en apariencia muy parecido al personaje del naco, como una manera de adecuarse al país, de acomodarse en un mundo. El narco se ha estereotipado con mayor vigor en la actualidad, se programan series de televisión en donde el héroe es el narco, el individuo común que sabe moverse y ganarse la plata, aquel que no tiene escrúpulos pero sufre su patria, su país, su gente, su mujer, su situación económica. El narco aparece como otra manera de habitar, de entender las relaciones sociales, los procesos del país.

El naco en nuestro país aparece (cargado y luego exagerado de sentido) cuando una clase, un sector, una persona puede acceder a algo distinto a sus necesidades, cuando puede ubicarse en otro contexto, surgir con otra máscara. El naco compra, viaja, gasta y presume que puede, y se instala en otro ámbito. ¿Pero que no todos podrían hacerlo? ¿No podrían acceder a ciertos beneficios, gustos? Sin embargo, el mexicano del sector popular ya no puede acceder a otros lujos, a otras formas de convivir, de gastar, de relacionarse, no hay dinero suficiente. Tiene entonces que inventarse otras formas de llegar a eso, para comprar las playeras de imitación, los lentes apócrifos. Detrás del naco hay una manera de pensar, de asumirse como mexicano, y detrás de esa manera de pensar, existen otros estímulos que, entre tanto, le ayudan a moldearse, no sólo al naco, sino a los mexicanos. Mensajes llegados de los medios de comunicación, el arte. Obviamente el mensaje no es recibido e integrado sin más, existen otros estímulos y necesidades que le configuran como ser humano, individuo, mexicano.

Y en esta manera de buscarse la vida, de escalar, de saber moverse, me llega el recuerdo del lépero descrito por Manuel Payno y que aquí hemos citado, el lépero que sabes buscarse la vida, el mexicano vivillo. Pero qué circunstancias han llevado a la existencia de ese mexicano, personificado en el lépero, el pelado, el naco, el cholo, el campesino. Personajes que, en principio son superficiales, pero que también se construyen a partir de ideas venidas de distintos lados, del cotidiano, de las instancias gubernamentales, de los medios. Acercarse primero a lo de afuera nos deja escudriñar en las ideas, la superficie es lo primero para acercarse a un tema más amplio.

Vemos entonces que cuando una clase escala a otras oportunidades, otros ámbitos que exigen otros conocimientos, y posturas ante la vida, es por múltiples razones, que van de lo fortuito a lo obligado, pero aquel que va y vuelve, que se camufla y metamorfosea, ese podría ser el naco y los demás personajes que le antecedieron, ese migrante de clases. El Ixca Cienfuegos de Carlos Fuentes, El Periquillo Sarniento, historias que relatan lo popular, aquel que no es rígido en la posición otorgada por su nacimiento, ése que aún se mueve para salir, ese mexicano podría ser lo que se llamaba naco. Eso, quizá, también, sea el mexicano que no se ha sabido explorar, entender, porque de poder escalar todos, sería un caos.

Salgo un poco de mi perdición y me doy cuenta que el microbús aún no sale del barrio de Iztapalapa, no me sorprende pues el camino de esta ruta es una verdadera pausa en el tiempo, acelera apenas diez kilómetros por hora. Y vuelvo en mí, y trato de pensar que el trabajo que entregue será breve, pero no deja de estar comprometido, (no es muy inteligente, pero es muy luchón). ¿Que pequé de limitar mis fuentes, sí, pero con los consultados me han surgido muchas más dudas. Posiblemente llegué tarde al intento de reflexión, que es apenas una de tantas, pero tarde es cuando la muerte te acaricia, y ella y yo, vivimos una situación apasionante.

En la calle se puede escuchar música a la menor provocación, no es un lugar común, así es, la calle se llena de música, de ruidos. Levanto la mirada y la asomo por la ventana sucia, embadurnada de gel o alguna asquerosa sustancia viscosa y puedo mirar una patrulla de policías, entonces me recalco que cada vez hay más policías al acecho, bajo instrucciones del presidente Felipe Calderón. Ese presidente y su lucha antidrogas, su tema en el que según gasta todos sus esfuerzos y mientras brinda todas las concesiones posibles e imposibles a los dueños de las empresas televisoras y telecomunicaciones que parece han tomado nuestro país. En el Estado de México, ha ganado el representante del PRI y en los periódicos se anuncia con el ceño fruncido algunos, otros con la calma de un *antes estábamos mejor*, la llegada del PRI a la presidencia, Enrique Peña Nieto y toda su maquinaria. Regresa el PRI porque hace falta algo. El movimiento promovido por el poeta Sicilia parecía atender a cuestiones básicas en los seres humanos, lo cual apuntaba a una unión mayor en nuestra sociedad

segmentada en clases. Pero parece que no, parece que se busca otra figura paterna que nos salve. El Internet cada vez toma más espacios y se clava en las vidas de los individuos, estamos viviendo una ruptura interesante, muchas cosas se ponen en duda, en jaque. Surgen como virus movimientos que incitan al cambio a la fuerza, el grupo *Anonymus* que circula por youtube busca cambios, pero tras de una máscara y motivaciones ficticias como la historia creada por Alan Moore y David Lloyd: *V de Vendetta*. Nos comunicamos por todos lados, o intentamos hacerlo. En medio de esto y más que ahora no recuerde o se me escapa, me da por pensar en lo naco, y ¿por qué será?

Dejo preguntas abiertas porque quiero resolverlas, quiero indagar en el entorno del naco, de ese personaje, de lo mexicano. En esta ocasión tal vez mis herramientas teóricas fueron limitadas, pero existe el compromiso de que se puede acceder a más y así desentrañar con mejor pulso a la rana, para entenderla.

El microbús está por llegar a avenida Ermita. Los pensamientos me llegan en ventarrones. En realidad, con mi trabajo de maestría no me estoy mirando a mí, no soy eso de lo que hablo, investigo. Habito un departamento en unos condominios ubicados en la delegación Tláhuac, lacustre lugar, lindero de Iztapalagos. Viajo una hora con treinta minutos para llegar al centro de la ciudad. Me miro ajeno, a veces, en cualquiera de mis destinos. Los paisajes cambian, la gente, el transporte, los colores de piel, los gestos, maneras de hablar, de habitar, de vestir, de escuchar, de ver. Miro varias formas y estrategias de habitar, vivo la mía y me observo como un fugitivo del centro y la periferia, con opción de estar equivocado. Y veo, y me intereso por algo, un tema, una manera de interpretar la vida. Comienzo por la superficie. Recuerdo haber leído, en otra revista (ésta, publicación gratuita tomada en un lugar de Coyoacán) alguna cita de Monsiváis, tan sólo para alivianarme, trato de recordarla, “No a decir la verdad, porque ese es un terreno al que pocos tienen acceso. No mentir, es a lo que más uno aspira. Si me pronuncio ante un tema, no creo estar diciendo la verdad, sino no estar mintiendo de acuerdo a lo que yo conozco.” Suena curiosa la frase. A mí me interesa, me surge importante conocer más. He dejado algunas preguntas abiertas, que podré responder en adelante. Guardo mi revista en la mochila. Me levanto del

asiento. Giro el rostro para revisar que no olvidé nada. Toco el timbre que suena furioso. Se detiene el micro. Bajo los escalones. Piso la banqueta, miro a mi alrededor. Recuerdo que debo seguir redactando mi trabajo final. Me pongo mis audífonos y la canción que se escucha me entrega estas frases, “nada que pueda perder, nada que no pueda hacer, algo que te alivie, algo que me cure”.

VII.

BIBLIOGRAFÍA.

BARTRA, ROGER

(1996) *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo..

(2002) *Anatomía del mexicano*, México, Debolsillo.

BONFIL BATALLA, GUILLERMO

(1994) *México Profundo. Una civilización negada*. México, Grijalbo.

(1991) *Pensar nuestra cultura*. México. Nueva Imagen

CELORIO, GONZALO

(1997) *México, ciudad de papel*, México, Tusquets.

DE LA FUENTE JULIO; AGUIRRE BELRÁN GONZALO

(1989) *Relaciones interétnicas*. Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989

GARCÍA RIERA, EMILIO

(1992) *Historia documental del cine mexicano, Tomo I (1929-1937)*, México, Universidad de Guadalajara

GARCÍA SALDAÑA, PARMÉNIDES

(1968) *Pasto verde*, México, Diógenes.

GIMENEZ, GILBERTO

(1995) *Cultura, identidad y discurso popular en "El Verbo Popular"*, Zamora Mich., El Colegio de Michoacán.

(1997). "Materiales para una teoría de las identidades sociales". En: *Frontera Norte* # 18. julio-diciembre. México. El Colegio de la Frontera Norte.

JIMÉNEZ, ARMANDO

(2000) *Lugares de gozo, retozo, ahogo y desahogo en la Ciudad de México*. México, Océano.

GUERRERO, JULIO

(2005) *Pasiones mexicanas*, en "Anatomía del mexicano", Roger Bartra, México DeBolsillo,.

MONSIVAIS, CARLOS

(1995) *Léperos y catrines, nacos y yupis*, en "Mitos mexicanos", compilación de Enrique Flores Cano, E. Aguilar, 1997.

(1997) *Amor perdido*, México, Era.

(1980) *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era.

(2009) *De San Garabato al callejón del Cuajo*, México, Museo del Estanquillo.

OROZCO Y BERRA, MANUEL

(1973) *Historia de la Ciudad de México*, México, SEP.

PAYNO, MANUEL

(1861) *El hombre de la situación*. México, Porrúa.

PAZ, OCTAVIO

(1950) *El laberinto de la soledad*, México, Cátedra.

PEREZ MONTFORT, RICARDO

(1994) *Estampas de nacionalismo popular mexicano. Ensayos sobre la cultura popular y nacionalismo*, México, CIESAS.

(2007) *Expresiones populares y estereotipos culturales en México. Siglos XIX y XX. Diez Ensayos*, México, CIESAS.

PORTAL MARÍA ANA; RAMÍREZ XOCHITL

(2010) *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*. México, UAM-Iztapalapa.

PORTILLA, JORGE

(1966) *La fenomenología del relajo*, México, Fondo de Cultura Económica.

RAMOS, SAMUEL

(1934) *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa.

(2005) *El complejo de inferioridad*, en "Anatomía del mexicano", Roger Bartra, México, DeBolsillo.

REYES, ALFONSO

(1956) *Visión de Anáhuac*. México, FCE.

SERNA, ENRIQUE

(1997) *Las caricaturas me hacen llora*, México, Joaquín Mortiz,

(2004) *Ángeles del abismo*, México, Joaquín Mortiz.

SCHAFFAAHUSER, P.

(2003) *La naquez: estudio de una categoría cultural Mexicana*, México, Marges.

VIQUEIRA ALBÁN, JUAN PEDRO

(1987) *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica.

VALENZUELA ARCE, J. M.

(2003) *Los estudios culturales en México*, México, FCE.

FUENTES ELECTRÓNICAS.

GUILLAUMIN DELFÍN, Martha, *La cultura mexicana a través de la mirada de Monsiváis: el naco, ¿el actual salvaje urbano de la Ciudad de México?*, en http://www.ciberjob.org/etnohistoria/naco.htm#_ftn45. Consultado el 3 de enero, 2011.

Artículo *NACOS*, en www.angelfire.com/nt/vinformemex/nacos.htm. Consultado el 15 de febrero, 2011

WASSERMAN, FABIO, *El concepto de nación y las transformaciones políticas en Iberoamérica (1750-1850)*, en <http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/foro/data/adm31884.doc>. Consultado el 8 de mayo, 2011.